

Joan Elliott Pickart

una
VISITA
al pasado



e lit

Una visita al pasado

Joan Elliott Pickart

1º Serie Multiautor Enfrentarse al pasado

Sinopsis

Once estudiantes, una reunión y un secreto que les cambiaría la vida...

Habían pasado los años, pero no había podido olvidar a David Westport. Su habilidad en el campo y sus dotes de estrella eran legendarias. Sin embargo, su corazón pertenecía a una chica llamada Sandra. Fue una lástima que hubieran dejado el instituto antes de graduarse para ser padres, aunque parecían tener una buena vida. ¿Lamentaría David las decisiones que había tomado? A juzgar por las ojeras de Sandra, parecía que sí, aunque David debería darse cuenta de todo lo que tenía.

Quizá una visita al pasado le abriera los ojos y le hiciera ver la maravillosa vida que llevaba... y todo lo que podría conseguir teniendo a la mujer adecuada a su lado.

Capítulo 1

SANDRA Westport se puso los guantes protectores y sacó la bandeja de doradas magdalenas del horno. Después de colocarla sobre el mostrador, metió otra hornada y se quitó los guantes. Sentándose a la mesa, retomó la interrumpida labor de espolvorear chocolate sobre la masa recién preparada.

Sopló hacia arriba, intentando en vano apartarse el rizo que le había caído sobre la frente húmeda de sudor. Justo cuando acababa de colocar el chocolate en polvo en su sitio, su marido entró en la cocina.

—Me estoy muriendo de calor —se quejó David Westport—. Se pueden freír huevos en la acera.

Inclinándose, apoyó las manos en las rodillas y aspiró varias veces antes de incorporarse de nuevo.

—Ven aquí, esposa amada —dijo, abriendo los brazos—, y dame un gran abrazo.

—Ni lo sueñes, amigo —Sandra se echó a reír—. Estás hecho un desastre, todo sudado y pegajoso. Dúchate primero y luego hablaremos. Hay que estar loco para salir a correr en Boston en pleno mes de julio.

David sacó una botella de agua de la nevera y bebió unos cuantos tragos.

—Lo mismo podría decirse de una mujer que decide ponerse a hornear con este tiempo, ¿no te parece? —estiró una mano para tomar una magdalena.

—Eh, no toques eso. Son para venderlas en la iglesia mañana. No sé en qué andaba pensando cuando me ofrecí voluntaria para esto.

Debería existir una ley por la cual sólo a la gente que tuviera aire acondicionado en sus casas se le permitiera hacer este tipo de tareas — suspirando, se quedó con la mirada perdida durante un instante —. Aire acondicionado. Tengo entendido que es un invento maravilloso.

—Yo también he escuchado ese rumor — repuso David—. Ya lo compraremos uno de estos días, corazón —se comió la magdalena en dos bocados—. ¿Sabes? Soy especialista en probar delicias como éstas y puedo decirte que las magdalenas están soberbias, Shirley Temple.

—Te lo advierto, David Westport: no vuelvas a llamarme así. Ya sabes que mi pelo se vuelve como loco con esta humedad. A lo mejor me hago un corte como el de Michael. Te lo juro, David, nuestro hijo jamás me perdonará por haber heredado mi melena rubia y rizada, todo lo contrario que Molly, que ha salido a ti con su pelo negro y liso. Uno de estos días Michael me demandará por ello.

—Hablando de los mellizos, supongo que aún seguirán durmiendo.

—Sí. Es una de las ventajas de tener diez años. No tienes que levantarte para hacer un millón de magdalenas en un día como éste — se interrumpió por un momento—. Ah, David... lo del aire acondicionado no era una indirecta.

Sonó el timbre del horno y Sandra se apresuró a sacar la bandeja del horno. Mezcló la hornada anterior con la última y la llevó a la mesa.

—Ya casi está —lo informó, volviendo a sentarse—. He perdido la cuenta, pero debería haber suficientes para vender y además quedarnos unos cuantas.

—Eso espero yo también —comentó David, tomando otra magdalena.

—Vete de aquí —le ordenó Sandra, salpicándole la mano con el polvo de chocolate que había quedado en la paleta—. Hazle un favor

al mundo y dúchate de una vez, hombre sudoroso.

—De acuerdo —se lamió el chocolate de la mano.

—Maleducado —exclamó Sandra, riendo.

—No hay nada como un poco de sudor salado mezclado con el chocolate en polvo —y se marchó.

Sandra se volvió en su silla para mirarlo mientras se alejaba por el pasillo. Era tan sumamente atractivo... Llevaban casi once años casados y seguía acelerándole el corazón como el primer día. Era alto, moreno y guapo, con el singular detalle de unos increíbles ojos verdes. No pesaba ni un kilogramo más de lo que pesaba cuando se conocieron en el instituto, se conservaba esbelto y en forma. Y tenía una figura tan impresionante con aquellas espaldas tan anchas, aquella cintura tan estrecha y aquel...

De repente experimentó una punzada de deseo. Volviéndose, prosiguió con su tarea.

—Ya hace bastante calor aquí como para encima pensar en esas cosas —murmuró para sí misma—. Así que, Sandra... contrólate.

Continuó espolvoreando la masa de chocolate mientras dejaba vagar la mente. Cada año repetían el mismo ritual. Ella hacía nostálgicos comentarios sobre el aire acondicionado, y David le respondía que lo comprarían uno de aquellos días. Pero ambos sabían que eso nunca sucedería. No tenían dinero suficiente para permitirse ese tipo de lujos. Y jamás lo tendrían.

Por supuesto, habían instalado aparatos de aire acondicionado en su tienda de comestibles, el Westport's Emporium, porque era bueno para el negocio. De esa manera los clientes se quedaban más tiempo y compraban más, retrasando la hora de volver a salir a la calle.

—Por fin —rezongó mientras terminaba con la última magdalena.

Levantándose, se dirigió a la pequeña despensa para sacar los recipientes que utilizaría para llevar las magdalenas a la iglesia, al día siguiente. Ya había empezado a guardarlas cuando de pronto frunció el ceño. ¿Por qué acababa de gastar tanta energía mental pensando

en un aparato de aire acondicionado que no tenían y que jamás tendrían? Ella era una mujer inteligente, una periodista a tiempo parcial que publicaba en la página diez del semanario del barrio, el North End News. Y además estaba camino de sacar una gran primicia.

De hecho, al día siguiente cubriría como reportera un gran acontecimiento: la venta de confitería con fines benéficos que tendría lugar en la iglesia de St. Luke después de la misa de once...

—Estás degenerando, Sandra —se recriminó—. Tantas horas delante del horno te han achicharrado el cerebro.

Mientras continuaba con su tarea, soltó un involuntario suspiro. Con los grandes sueños que había tenido tantos años atrás... Como aquél en que se veía a sí misma recorriendo el mundo como periodista famosa, perseguida por editores deseosos de publicar los ingeniosos artículos que brotaban sin esfuerzo de sus dedos...

Rebañó con un dedo el borde del cuenco de chocolate y se lo chupó con la mirada perdida en el vacío. Sueños. Hacía mucho tiempo que había renunciado a todos aquellos sueños para concentrarse en su familia, sus adorados hijos, el marido al que seguía queriendo tanto como el día de su boda, si no más. No se arrepentía ni por un segundo de haber tenido que olvidarse de aquellos sueños profesionales.

Pero... ¿y David? El potencial de David para triunfar no había sido ningún sueño. Lo había tenido todo para convertirse en jugador de béisbol profesional. Sólo había tenido que graduarse en la universidad y esperar a que lo contratara un gran equipo. Podía haberlo tenido todo: fama, dinero... y una casa con aire acondicionado.

Había estado cerca, muy cerca, de ver realizados sus sueños. Pero entonces... ella se había quedado embarazada. Acababa de cumplir los diecinueve y se había llevado un susto tan grande... Todavía se acordaba de los cubos de lágrimas que había derramado abrazada a

David.

Él se había portado maravillosamente, recordó mientras limpiaba el mostrador de los restos de horneado. Le había asegurado, con tono firme y convencido, que todo saldría bien. Se habían casado casi inmediatamente.

Ella había dejado la universidad para ponerse a trabajar de camarera, y David encontró un empleo a tiempo parcial en una gasolinera, para poder pagar el pequeño y destartalado apartamento que habían alquilado. Pero no todo había salido bien. David no pudo soportar un ritmo tan duro y se vio obligado a abandonar los estudios sin graduarse.

Sus sueños de convertirse en jugador profesional habían quedado enterrados bajo pañales y biberones. Pañales y biberones para dos bebés. Mellizos. Los maravillosos Michael y Molly.

Y todavía ahora, se dijo Sandra mientras terminaba de limpiar la mesa, seguía creyendo, o más bien lo sabía a ciencia cierta, que David se resentía de lo que había sucedido. Que no era del todo feliz. Por supuesto, era un padre devoto y ejemplar, trabajaba duro en la tienda y daba la impresión de estar contento con su vida.

Pero Sandra ya ni se acordaba, por mucho que se esforzara, de la última vez que David le había dicho que la amaba. ¿Cuándo sucedería?, se preguntó, parpadeando para contener las lágrimas. ¿Cuándo se cansaría de una vez por todas de aquella farsa y la abandonaría? ¿Esperaría diez años más como castigo a aquel fatal error de juventud? ¿Y qué podía hacer ella para que la quisiera de nuevo, para recuperar o resucitar su amor? Lo amaba tanto que no podía soportar la perspectiva de perderlo, pero tampoco sabía qué hacer para evitarlo.

—Hola, mamá. Huelo a pasteles o algo así.

—Oh, Molly —exclamó Sandra, agradecida de que su hija la arrancara de tan deprimentes pensamientos—. Buenos días. He preparado magdalenas para la venta de confitería de mañana, en la

iglesia, y también hay para nosotros. Pero tendréis que desayunar antes de comer una.

—¡Qué aburrimiento! —se quejó Molly mientras se sentaba a la mesa. Llevaba una enorme camiseta a modo de pijama—. Odio los desayunos. Me aburren.

—Qué pena. Esa camiseta de tu padre que llevas... ¿no te está un poco pequeña? —se burló.

—A mí me gusta —bajó la mirada al logotipo estampado: el de la Universidad de Saunders—. Papá iba a usarla para secar el coche después de lavarlo, pero yo lo convencí de que me la regalara. Mi amiga Becky duerme con una camiseta de su padre que pone Harvard, pero él nunca estudió allí. Al menos papá sí que fue a Saunders, ¿no?

Pero no se graduó, pensó Sandra con un suspiro.

—Sí, sí que fue a Saunders —exclamó con tono desenfadado—. Y yo también, aunque por poco tiempo: Bueno, lo que decíamos antes: a desayunar. ¿Cereales? ¿Crepés? ¿Huevos? Tus deseos son órdenes. Ah, aquí llega el perezoso de tu hermano. Así terminaré con los dos a la vez y podré salir de este horno de cocina...

—La casa entera es un horno —se quejó Michael, sentándose frente a su hermana—. Qué fea esa camiseta que llevas, Molly.

—No es fea —replicó—. Te dedicarías a buscarla en una tienda de segunda mano si no la hubiera visto yo primero, Michael Westport, y lo sabes.

—¡Eh! Posponed vuestra guerra hasta después del desayuno —intervino Sandra—. ¿Qué os apetece desayunar?

—Crepés —respondió David entrando en la cocina, con el pelo todavía húmedo de la ducha—. Soy especialista en hacer crepés de arándanos.

Sandra se echó a reír.

—Pues tendrás que prescindir de ellas porque no quedan arándanos. Ya me pasaré después por la tienda para comprar. ¿Hay

en el Emporium?

—No, se nos han agotado, pero no hay problema —dijo David, frotándose las manos—. Te compensaré la falta con mis famosas crepés con formas de animales.

—Estupendo —aprobó Michael—. Yo quiero uno de dinosaurio.

—¡Puaj! —exclamó Molly—. Yo quiero un montón de bonitas mariposas.

—¿Y usted, señora? —David se dirigió a Sandra.

—Bueno, veamos... —se frotó la barbilla—. Yo me decantaré por un osito de peluche.

—Hecho. Muy bien, Michael y Molly: id a vestiros, haced vuestras camas y para cuando volváis ya estarán listas las crepés.

Los mellizos salieron disparados de la cocina.

—Son un encanto... —comentó Sandra—. Los diez es una edad de lo más estrambótica, ¿verdad? Llevas haciendo crepés con formas de animales desde que los sentábamos en las tronas y todavía siguen entusiasmados con ellos. Tan pronto se hacen los mayores como al momento siguiente vuelven a ser unos bebés.

David se dispuso a sacar todo lo que necesitaba de los armarios.

— Sí, al final crecerán del todo y estarán fuera de esta casa antes de que nos demos cuenta. Detesto imaginarlo, la verdad, pero no es posible detener el reloj. Cuando les llegue la hora de irse, se irán.

Sandra se estremeció, clavada la mirada en la espalda de David. ¿Era ésa la decisión que había tomado?, se preguntó, desesperada. ¿Habría decidido apretar los dientes y aguantar hasta que los mellizos abandonaran la casa, por el mucho amor que les tenía? La perspectiva era horrible. ¿Estaría destinado a perder a toda su familia de golpe?

—¿Sabes? —dijo con tono firme—. Creo que yo prescindiré de la crepé. David. He estado rebañando el plato del chocolate y me temo que me he hartado de dulce.

—Como quieras —empezó a hacer la mezcla—. Los niños y yo nos

comeremos la tuya.

—No lo dudo. Voy a poner una lavadora.

Y salió a toda prisa de la cocina. David la observó marcharse ligeramente extrañado. Luego encendió la radio y se puso a tararear una canción country.

El hogar de los Westport era un apartamento en el cuarto piso de un antiguo edificio de ladrillo. El comedor estaba en la cocina, y la puerta se abría directamente a un vestíbulo común. Los tres dormitorios eran de pequeñas dimensiones, aunque el salón era bastante grande. Había un cuarto de lavado en el sótano de la casa.

Los padres de Sandra les habían prestado el dinero para la entrada del piso cuando David dejó los estudios. Hacía ya mucho tiempo que habían pagado el préstamo. Al principio David se había puesto a trabajar en una tienda de comestibles del barrio mientras Sandra continuaba de camarera, hasta que el médico le prescribió reposo si quería llevar a buen término el embarazo de los mellizos.

Cuando tres años atrás el propietario de la tienda decidió jubilarse, le ofreció a David la oportunidad de comprarla por un precio razonable. Westport's Emporium había nacido y crecido gracias al esfuerzo de David. Servía una buena cantidad de productos importados de Italia, ya que la mayoría de los residentes del North End procedían de allí.

David innovó el negocio en numerosos detalles: regalos especiales, ofertas de todo tipo, determinados artículos que podían adquirirse en grandes superficies pero que de esa manera quedaban al alcance de los residentes del barrio... La tienda marchaba bien, pero había alcanzado todo su potencial económico, mientras que los gastos de la familia no hacían más que aumentar.

Las colaboraciones de Sandra en el semanario local ayudaban al presupuesto familiar, pero nunca parecía quedar dinero suficiente para gastos suplementarios. Para colmo, la reciente noticia de que los mellizos iban a necesitar correctores dentales había sido motivo de

una preocupación adicional.

En aquel momento, mientras recogía la ropa sucia de los dormitorios, Sandra se sorprendió a sí misma, una vez más, dándole vueltas al problema económico. David seguía insistiendo en que no hacía falta que se pusiera a trabajar a tiempo parcial: quería que ella estuviera en casa cuando los niños volvieran del colegio. Se oponía a que los críos se quedaran solos en casa, por muy ajustado que fuera su presupuesto. Y Sandra estaba totalmente de acuerdo con él.

Otra posibilidad que David le había sugerido era adquirir el local contiguo a la tienda, derribar la pared y ampliar el negocio.

De regreso en la cocina, seleccionó la ropa en montones y volvió a llenar la cesta. Si conseguían un crédito para comprar el local vacío, se endeudarían hasta el cuello, eso suponiendo que se lo concedieran. Con todo y eso, había concebido una tímida esperanza cuando David le sugirió la idea, ya que en buena lógica nunca se le habría ocurrido ampliar la tienda si hubiera estado en su ánimo abandonarla porque ya no la quería.

Sin embargo, aquella misma mañana había hecho aquella referencia a lo rápido que estaban creciendo los mellizos y a que se marcharían de casa antes de que se dieran cuenta... Y Sandra no podía borrar de su mente la imagen de David siguiendo sus pasos cuando llegara ese momento.

Habían sido tan felices, habían estado tan enamorados, pero ahora... ¿cuándo había empezado a estropearse aquel paisaje idílico de los primeros años? En algún momento una distancia, una brecha había empezado a abrirse entre ellos. David estaba cada vez más concentrado en los niños y en el negocio, sin que aparentemente tuviera tiempo para ella.

Habían pasado demasiados años. David no se había olvidado de lo lejos que habría podido llegar como jugador profesional, y se resentía de haber dejado atrás sus sueños. Y si alguna vez se olvidaba de ellos, su padre siempre se encargaba de recordárselo.

—¿Hablando con la ropa sucia? —le preguntó David, asomando la cabeza con la puerta.

—¿Qué? —inquirió Sandra, volviendo bruscamente a la realidad—. David, ¿cuándo vamos a seguir hablando de la posibilidad de ampliar la tienda?

—Estoy rumiando la idea. Y además quiero hablarlo con el contable y pedirle su opinión.

¿Y qué pasaba con su opinión?, se dijo Sandra. David nunca le había preguntado directamente lo que pensaba o sentía al respecto. Simplemente se lo había soltado un día, como al descuido.

—Ya. Bueno, estaba pensando que podríamos sentarnos los dos a analizarla, elaborar una lista de ventajas e inconvenientes... Ya sabes: pros y contras. Hacer un *brainstorming* juntos.

—Sí, quizá. Escucha, voy a llevar a los niños a la piscina municipal. Es una pena que a ti no te guste nadar, porque es lo mejor que se puede hacer con este tiempo tan horrible. Nos vemos después.

—Hasta luego.

Sandra recogió el cesto de la ropa y sólo entonces advirtió que David había recogido los platos del desayuno y ordenado la cocina. ¿Cuántos hombres se habrían molestado en hacerlo? Se detuvo en medio de la habitación a escuchar la algarabía de voces y risas que se iba perdiendo en la distancia, hasta desaparecer... dejando solamente un inquietante silencio.

David se puso a tararear otra una balada country mientras se dirigía a la piscina con los pequeños, bajo el sol abrasador.

—¡Papá, por favor! —protestó Molly, poniendo los ojos en blanco—. Ya nadie escucha a ese grupo. Está anticuado.

—Yo sí que lo escucho —replicó con tono alegre.

—Bueno, ya. Pero ningún joven lo hace.

—¡Ya estamos otra vez! —rió David—. Tienes razón, cariño: a los treinta y dos años, ya tengo un pie en la tumba. Dale una alegría a

este pobre viejo y déjalo disfrutar de la música que le gusta antes de que se marche al otro mundo... Eh, quiero pasarme un segundo por la tienda para asegurarme de que todo va bien.

—Estupendo —aprobó Michael—. ¿Puedo llevarme un chicle?

—Claro. Si lo pagas, por supuesto.

—Ésa es una regla absurda. La tienda es nuestra y ni siquiera puedo llevarme un paquete gratis de chicles o una golosina o...

—Ni hablar, Michael. Estoy harto de tus quejas. Si quieres el chicle, te lo compras. Y si no, se acabó la historia.

—Qué malo eres —rezongó el crío.

—Papá, mi amiga Angela se ha puesto un corrector dental de color rosa —le dijo Molly—. ¿Me podrás comprar uno a mí cuando tenga que sufrir esa tortura?

—Ya veremos.

—Mmmm. Detesto ese «ya veremos» porque siempre suele terminar en un «no».

—Bueno, todo depende de si esos correctores de color rosa valen más que los normales. Lo estudiaremos a fondo, te lo prometo. ¿De acuerdo?

—Bueno —suspiró Molly—. Ojalá fuéramos ricos.

—El dinero no puede comprar la felicidad.

—¿Tú eres feliz aunque no seamos ricos? —quiso saber Molly.

—Sí.

—¿Y cómo es eso?

—Es una pregunta muy fácil —dijo David mientras se acercaban a la tienda—. Me casé con tu madre y tengo dos hijos bastante raros pero fantásticos.

—Nosotros no somos raros —rió Michael.

—¿Quieres que lo sometamos a votación?

El trío ingresó sonriente en la tienda por la puerta trasera. David barrió con la mirada los estantes y asintió con la cabeza, aprobador. Olía a pan fresco y especias. Las plantas colgantes y el suelo

empedrado creaban un ambiente cálido, invitador. Lo mismo que los atractivos arreglos de la multitud de ofertas y anuncios de productos.

Y todo había sido obra de Sandra, pensó David por enésima vez. Había convertido una tienda normal y corriente en un establecimiento especial, lleno de encanto. Era una mujer maravillosa.

—Hola, Henry. ¿Qué tal?

—Muy ocupado —respondió el joven dependiente—. Vendiendo pan, queso y vino toda la mañana.

—La gente sabe que el pan de tu madre es el mejor de todo North End.

—Desde luego. Hola, Molly y Michael. ¿Qué planes tenéis para hoy?

—Nos vamos a nadar —respondió Michael—. En casa no tenemos aire acondicionado y hace mucho calor. ¡Qué suerte tienes de trabajar en un sitio tan fresco!

Henry se echó a reír.

—Y que lo digas. Aunque si los clientes dejaran de venir y de molestarme a cada momento, podría avanzar un poco más en mis estudios. Nunca me convertiré en un gran abogado si no consigo pasar este curso.

David sonrió y se dio un paseo por la tienda mientras los mellizos seguían charlando con Henry. Había tenido tanta suerte de conocer a la familia Capelli... Formaban un nutrido equipo de italianos que trabajaban para él durante sus horas libres. La madre, María Capelli, era la abastecedora oficial de pan fresco y pasteles, que prácticamente volaban de los expositores. Había clientes que sólo aparecían cuando había un Capelli atendiendo, porque de esa forma podían practicar el italiano.

María Capelli había bautizado a cada uno de sus siete hijos en honor de un estadounidense famoso, para diversión de su despreocupado marido, Carlo. El nombre completo de Henry, por

ejemplo, era Henry Ford Capelli. El pobre ponía los ojos en blanco, resignado, cada vez que lo llamaban así.

David se detuvo al final de un pasillo, contemplando un expositor perfectamente dispuesto. Se imaginó uno igual en el local contiguo, el que estaba en venta. Si lo adquirirían, se endeudarían hasta las cejas. Pero si no asumían el riesgo, nunca conseguirían más de lo que habían conseguido hasta ahora. Las facturas mensuales serían terribles. Lo malo era que Sandra no dejaba de mencionarle a cada momento el tema del aire acondicionado, dejándole más que claro que estaba harta de vivir en un apartamento tan caluroso y que...

Se frotó la nuca, maldiciendo para sus adentros. Llevaba semanas dándole vueltas a aquello, volviéndose loco. Definitivamente había llegado la hora de sentarse de una vez por todas con su contable y empezar a hacer números. Pero ese día no, desde luego. Ese día pensaba disfrutar de sus hijos y refrescarse en la piscina, que por cierto estaría hasta los topes.

—Nos vamos, chicos. Hasta luego, Henry Ford. Inventa un coche nuevo cuando termines tus estudios.

—Eso, idos de una vez. Estoy harto de tus bromas sobre los coches. Y mi hermano Roy lo mismo. Siempre le estás diciendo que se compre un caballo...

David se echó a reír.

—¿Y qué esperas de alguien que se llama Roy Rogers? Chicos, vamos a darnos ese chapuzón.

Cuando Sandra terminó con la ropa, preparó una gran ensalada con todo tipo de ingredientes, menos arándanos, y puso carne a descongelar. Harían una barbacoa: de esa forma no tendría que volver a encender el horno y la casa se refrescaría un poco. Era un buen plan. Pero aun así necesitaría pasar antes por el supermercado para comprar algunas cosas que no tenían en la tienda. Quizá incluso le diera tiempo a terminar su artículo sobre las rosas premiadas del jardín de la señora Capelli.

Estaba elaborando la lista de la compra cuando reconoció el sonido de la traqueteante furgoneta del correo, y bajó al vestíbulo a recoger la correspondencia. Fue revisándola en el ascensor. Había una carta de la universidad de Saunders para David. Era extraño. Sólo los graduados entraban en la lista de correo. ¿Qué podían haberle enviado?

Levantó el sobre a la luz, pero no consiguió distinguir nada. Probablemente se trataría de alguna petición de dinero, a pesar de que David no había llegado a graduarse oficialmente. Lo dejó sobre una mesa y regresó a la cocina.

Su mente estaba ya nuevamente concentrada en lo que necesitaría de la tienda, con lo que se olvidó por completo de la carta.

Capítulo 2

EL ARQUITECTO que diseñó el edificio de apartamentos donde vivían los Westport había sido muy generoso con la plataforma de la escalera de incendios que comunicaba con el dormitorio principal.

Tres años atrás, cuatro familias del edificio, incluidos los Westport, habían elaborado un plan para arreglar las plataformas. Los hombres habían aportado su trabajo por las tardes, puliendo, lijando y barnizando la madera. Las mujeres habían preparado comida para todo el mundo, además de coser los almohadones. Todo para ganar un espacio adicional en cada piso, una zona fresca en previsión de los calurosos veranos como aquél. Y para disfrutar de las barbacoas.

A las diez de aquella noche, David y Sandra estaban cómodamente instalados en los almohadones, contemplando las luciérnagas que salpicaban la noche. Habían encendido una vela, que proyectaba un pequeño círculo de luz dorada.

Habían pasado una tarde muy agradable con los chicos, que incluyó un festín de hamburguesas cocinadas en la barbacoa y complementadas con ensalada, además de un partido de frisbee en la pista de juegos del barrio. Y como remate final antes de que los mellizos se fueran a la cama, dos buenos cuencos de helado.

David bostezó.

—¿Qué decías? —le preguntó Sandra, bromista.

—Tanto sol en la piscina me ha dejado agotado. Pero era de esperar. ¿Sabes? Nuestros encantadores hijos me han informado hoy de que estoy mayor porque me gusta la música country.

—Bueno, corazón, está claro que vas cuesta abajo. Yo, en cambio,

a mis veintinueve, estoy todavía en mi primera juventud.

— Desde luego —asintió David. Entrelazando los dedos sobre el estómago, cerró los ojos—. Quizá duerma aquí esta noche. Se está más fresco que en nuestro dormitorio.

—Los mosquitos evidentemente piensan lo mismo —repuso Sandra, matando de un golpe uno que acababa de posarse en su brazo. Se quedó callada durante unos segundos—. ¿David?

—¿Mmmm? —inquirió, sin abrir los ojos.

—¿Vas a decirme qué te contaban en esa carta de la Universidad de Saunders?

—¿Qué... —bostezó de nuevo— carta?

—La que te llegó hoy en el correo. Me había olvidado hasta ahora. David abrió los ojos y se volvió hacia ella, frunciendo el ceño.

—No he mirado la correspondencia. ¿Hay una carta de la Universidad de Saunders? Sería la primera vez. Durante todos estos años no he recibido una sola petición de dinero suya debido a que no soy un alumno. Ventajas de no haberse graduado.

—¿No tienes curiosidad por leerla?

—No lo suficiente como para levantarme a buscarla —contestó, riendo—. Pero evidentemente tú has estado tentada de abrirla disimuladamente, ¿verdad?

—En absoluto —replicó indignada, pero al momento se echó a reír—. La verdad es que sí. Voy a buscarla, ¿de acuerdo?

—Eh, puedes abrir mis cartas cuando quieras...

—No —dijo mientras se levantaba—. Nunca he abierto una carta tuya y nunca lo haré.

Volvió minutos después y le lanzó la carta sobre el pecho. Esperó. Transcurrieron unos segundos interminables sin que David moviera un músculo, hasta que la recogió y lo golpeó en la cabeza con ella. Riendo a carcajadas, le quitó el sobre de las manos.

—Te estaba poniendo a prueba, a ver cuánto durabas —rasgó el sobre. Sacó el papel doblado y se acercó a la vela para poder leerlo—.

Maldita sea.

—¿Qué pasa? ¿Qué dice? —preguntó Sandra, expectante.

—¿Te acuerdas del profesor Harrison? ¿Gilbert Harrison?

—Harrison... —repitió lentamente, intentando hacer memoria—.

No, yo... Sí, espera. Era mi asesor. Lo vi dos veces, para unos trámites de notas. La última vez para que me firmara mi carta de renuncia. ¿Es suya la carta?

—Sí. Léela tú misma.

Sandra la tomó y se acercó aún más a la vela.

—Vaya. Quiere celebrar una reunión restringida de antiguos alumnos y te invita a asistir... —continuó leyendo— con tu encantadora esposa Sandra. Es consciente de que te avisa con muy poca antelación, pero le gustaría que todo el mundo asistiera enseguida y, como sabe que eso no es posible... espera que estemos en el campus antes de que empiece el semestre de otoño. Esto es muy extraño, David. Es una manera muy poco común de convocar una reunión. A lo mejor es que tiene demencia senil y..

—¿A sus cincuenta y tantos años? Porque no tiene más. Lo dudo. A esas edades una persona no padece demencia senil.

—Lo sé, pero ese párrafo donde dice que es textualmente imperativo que todos los invitados nos presentemos antes del semestre de otoño tiene un tono como... como desesperado, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que tu imaginación de periodista está trabajando en exceso. Es lógico que quiera celebrar el encuentro en verano, y no en otoño, cuando las clases ya han comenzado.

—Mmm... De acuerdo. ¿Pero y eso del selecto número de antiguos alumnos? ¿Y por qué a ti entre ellos?

—No tengo ni idea.

—Y nunca lo sabremos, porque no vamos a ir. Y menos a una reunión convocada con tanta precipitación.

—¿Por qué no? Dentro de dos semanas los niños se irán al

campamento deportivo. Dispondremos de una semana entera libre. Bueno, tendremos que pagar a Henry y a los demás para que se encarguen de la tienda, pero... — se encogió de hombros—. Qué diablos, al fin y al cabo sólo se trata de dinero...

—Pero... yo esperaba que tú y yo pudiéramos pasar unos cuantos días en un romántico bed and breakfast. Ya había recopilado unos cuantos folletos turísticos para que les echaras un vistazo y... — suspiró—. No importa. En cualquier caso, nuestro presupuesto no nos lo habría permitido.

—Escucha, cariño... —le dijo David, tomándole una mano—lo del bed and breakfast suena maravilloso, de verdad, pero... verás, cuando estuve en Saunders, me llevaba especialmente bien con el profesor Harrison. Era mi tutor. Lo tuve en el primer y en el segundo curso de inglés, y era el entrenador del equipo de béisbol.

—Oh. Me había olvidado de eso.

—Le debo muchas cosas a ese hombre — continuó David—. Conmigo se portó muy bien, fue un verdadero amigo. Cuando dejé los estudios, se disgustó mucho. Pero no conmigo, sino por mí, ¿entiendes lo que quiero decir? Mi padre, en cambio, casi me repudió porque no pude convertirme en jugador profesional. De hecho, aún no me lo ha perdonado, porque desde la muerte de mi madre proyectó tantas esperanzas y expectativas en mi carrera... Ya sabes lo tensa que todavía hoy está nuestra relación.

Sandra asintió con la cabeza. Lo sabía de sobra.

—De todas formas, si el profesor Harrison quiere que vaya a esa reunión, sea para lo que sea, iré. Él siempre estuvo a mi lado cuando lo necesité.

— Lo entiendo perfectamente, David. De acuerdo. Pero me pregunto cuántos días querrá el profesor que te quedes en el campus... El trayecto de ida y vuelta a Saunders es bastante largo y... Bueno, es igual.

—Te propongo algo. Sé que estás decepcionada por lo del plan del

bed and breakfast. ¿Qué te parece si nos alojamos en un hotel del centro mientras tanto? Incluso podremos visitar un par de museos. Estaremos toda la semana en el hotel y desde allí podremos acercarnos a Saunders.

Sandra sonrió, encantada.

— Eso suena maravilloso, David. Es un gran plan. Pero no dejo de preguntarme cuánto tiempo querrá Harrison que te quedes para esa reunión.

—Lo que me pregunto yo es para qué diablos nos habrá convocado con tantas prisas.

Al día siguiente, en la venta benéfica de confitería celebrada en la iglesia, Sandra y una de sus mejores amigas, Cindy Morrison, disponían los postres en la gran mesa haciendo sitio para los donativos. Mientras trabajaban, sonriendo a los parroquianos que se iba acercando, Sandra le contó lo de la carta del profesor.

—Eso no es una reunión normal —concluyó Cindy, sacudiendo la cabeza—. Es una exigencia. De acuerdo, seré buena: una petición a un grupo escogido de antiguos alumnos para que vuelvan al campus. Una reunión de universidad es un puñado de gente que se reúne por pertenecer a la misma promoción o a la misma clase, esas cosas que suelen hacerse. Pero jamás he oído nada parecido a lo que ese profesor le ha pedido a David. Parece el argumento de una película de suspense. O de terror.

Sandra se echó a reír.

— No hay nada siniestro en todo esto, Cindy. Es simplemente algo inusual. Extraño.

—Bueno —suspiró Cindy—, lo único que podéis hacer es presentaros allí y enteraros de una vez. Y además disfrutarás de un tiempo precioso con ese marido tan guapo que tienes. La última vez que le sugerí algo semejante a Paul, me dijo que le parecía estupendo... y que se aseguraría de que el hotel que reserváramos estuviera cerca de un campo de golf de dieciocho agujeros. Es tan

romántico como un canto rodado.

—Pero lo quieres —repuso Sandra, sonriendo.

— Sí. Es un imbécil, pero es mi imbécil. Puede que incluso le perdone el haberme regalado una salsa la pasada Navidad. Volviendo al misterio que nos ocupa... Conoces los nombres de los antiguos alumnos a los que ese profesor ha convocado, ¿cierto?

—Cierto.

—Puede que por ahí encontremos alguna pista —se rascó la barbilla—. Si todos jugaban al béisbol, a lo mejor le ha entrado nostalgia y quiere reunir a su viejo equipo, el gran equipo que entrenó. El *dream team*.

—Sí, probablemente sea tan sencillo como eso. Te daré un informe completo cuando vuelva.

—¿Detalles incluidos de tus momentos íntimos con David? —inquirió Cindy arqueando una ceja.

—¡Eso no!

—Mamá — Michael la reclamó en aquel momento, acercándose con un plato—. ¿Me vendes una magdalena?

—Michael, te recuerdo que las he hecho yo. En casa todavía quedan.

—No tantas. Y son tan ricas...

—Vaya, muchas gracias. Pero será mejor que elijas algún otro dulce, para que puedas llevarte una agradable sorpresa.

—¿Y si están malos?

—Entonces moriremos todos envenenados. Venga, Michael. Arriésgate. Vive peligrosamente.

—Qué mala eres —y se alejó. Era su frase preferida.

—Es un encanto —comentó Cindy.

—Eso lo dirás tú —replicó Sandra—, porque el tuyo lleva pañales y aún no puede hablar. Los diez es una edad horripilante. Para Michael, todo el mundo es «malo». En cuanto a Molly, su frase predilecta es «¡qué aburrimiento!», lo cual incluye por supuesto los

desayunos. Ya lo irás descubriendo.

—Bueno, la verdad es que los desayunos son un poquito aburridos, ahora que pienso sobre ello... —murmuró su amiga, con la mirada perdida.

—No con mis crepés de arándanos y formas de animales —pronunció David, apareciendo de pronto.

—Hola, David —lo saludó Cindy, sonriente—. Sandra y yo estábamos intentando resolver el misterio de la famosa reunión, pero no somos precisamente Agatha Christie. Me sentiré terriblemente decepcionada si esto resulta al final tan aburrido, por utilizar el término preferido de tu hija, como un simple encuentro de antiguos compañeros de béisbol.

—¿Antiguos, dices? —exclamó David, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué piensas tú de la música country? Tengo entendido que Paul y tú recibisteis lecciones de bailes del Viejo Oeste el año pasado, si no me falla la memoria. Según Molly, eso te cualifica como probable candidata a ocupar una plaza en una residencia de ancianos.

—A mí antes me gustaban tus hijos —repuso Cindy, riendo—. Bórralo. Como si no hubiera dicho nada.

—Sandra —David se volvió hacia su esposa—, he estado hablando con Clem Hunter. Madge y él se irán a Europa la semana que viene —hizo tintinear las llaves que llevaba en la mano—. Nos ha dejado su coche para el viaje a Boston. Con aire acondicionado... ¿qué te parece?

—Pero David, Clem tiene un Lexus. No podemos pedirle prestado un coche tan caro y meternos en una ciudad como Boston con él. ¿Y si se lo arañamos o chocamos con otro vehículo?

—¡Vaya! —exclamó Cindy—. ¿Te acuerdas de lo que acabas de decirle a tu hijo? Arriégate, Sandra. Vive peligrosamente. Y súbete a ese Lexus.

—Amén —asintió David—. Nos iremos en el Lexus. Mi camioneta no tiene aire acondicionado. Ni calefacción. Oh, por cierto, he

comprado varias exquisiteces de este vasto surtido vuestro.

—¿De veras? Pues Michael también se está abasteciendo mientras hablamos —lo informó Sandra—. ¿Qué has comprado?

—Tus magdalenas.

Cindy estalló en carcajadas.

El viernes por la tarde Sandra contrató a una adolescente, vecina suya, para que llevara a los mellizos a la piscina.

Había decidido comprarse un vestido nuevo. No se acordaba de la última vez que se había permitido un capricho semejante. Ni tampoco de la última vez que había tenido a David para ella sola...

Ignoraba para qué necesitaría el profesor Harrison a David, pero seguro que no lo retendría a su lado veinticuatro horas al día. Y cuando llegara la hora de acostarse, estarían los dos solos en el lujoso hotel que su marido había reservado. Su primer impulso había sido comprarse un camisón seductor, un picardías, pero luego cambió de idea y se decantó por un vestido de noche. Para las noches que salieran a cenar juntos.

Ésas eran sus reflexiones mientras recorría una de las tiendas de ropa del barrio, de precios asequibles. Confiaba en que aquel viaje le devolviera la chispa a su matrimonio. Quería que David la mirara y se diera cuenta de que todavía la amaba, y que se lo dijera con un brillo de emoción en los ojos. Quería quitarle de la cabeza aquella absurda idea de marcharse cuando sus hijos se hicieran mayores. Quería que le hiciera el amor durante horas...

Suspiró mientras descolgaba un vestido para examinarlo. ¿O quizá era demasiado tarde para eso?, se preguntó, súbitamente entristecida. Tal vez el regreso de David a la Universidad de Saunders le recordara precisamente lo cerca que había estado de realizar su sueño de convertirse en jugador profesional. Un sueño que había quedado destrozado por el inesperado anuncio de su embarazo. Aquel viaje... ¿haría acaso más daño que bien a su matrimonio? Eso sí que era un pensamiento deprimente...

Sandra regresó a casa con un vestido nuevo, pero sin su anterior entusiasmo. En la ducha soltó un grito con todas sus fuerzas.

El lujoso Lexus ya estaba aparcado frente al edificio de apartamentos cuando Sandra se negó a llevar a los niños en un coche tan caro hasta Connecticut, donde los dejarían en casa de sus padres. Ellos se encargarían de cuidarlos durante su ausencia, así como de llevarlos al campamento deportivo.

—Ni hablar, David —se le encaró, las manos en las caderas—. No quiero montar a los niños en ese coche. Seguro que les entrará hambre por el camino. ¿Y si manchan o estropean la tapicería? No quiero correr el riesgo. Los llevaremos en la camioneta.

—Pero...

—¡He dicho que no!

David asintió.

—Tengo una idea. Llevémoslos en la camioneta.

—Eres un hombre sensato, David Westport.

El domingo, ya en Connecticut, salieron a comer en familia, con los niños y los padres de Sandra.

—Toda esa historia de la reunión en la universidad es fascinante —comentó su madre en el restaurante.

—¡Bah! Lo que pasa es que ese profesor Harrison ha utilizado la palabra «reunión», que suena como solemne, en vez de invitar amablemente a sus antiguos alumnos, sus favoritos, a verse con él —explicó el padre de Sandra—. Estas mujeres lo exageran todo, ¿verdad, David? —miró a su yerno—. ¿A que sí?

David se encogió de hombros.

—No lo sé. Había un tono... no sé, algo extraño en la carta del profesor. Debería haberla traído para enseñároslo. La verdad es que en esta ocasión estoy de acuerdo con las mujeres. Todo esto es un poco misterioso.

—Un punto para nosotras, querida —dijo la madre de Sandra, palmeando el brazo de su hija.

—El profesor Harrison le lavó el cerebro cuando estudiaste allí — intervino Michael simulando la voz profunda y cavernosa de los malos que veía en las películas—. Estás bajo su control. Obedeces sus órdenes. Esa vez quiere atraerte para encargarte una misión secreta, que sólo yo conozco: te ordenará que encargues pizzas a casa tres veces por semana durante los próximos ciento cincuenta años. Ese es el misterio de la famosa reunión.

Molly se echó a reír.

—Entiendo —repuso David, ahuecando también la voz e imitando el tono de su hijo—. Sólo tengo una pregunta, Todopoderoso Michael.

—Habla.

—¿De qué quieres las pizzas?

—¿Me puedo ir a vivir contigo? —le preguntó Sandra a su madre, bromista.

—No, querida. Me temo que esos dos nos encontrarían. Te veo cada vez peor. ¿Has hecho ya testamento? Me gustaría heredar ese precioso jardín de gnomos que os habéis montado en la escalera de incendios.

—Oh, por el amor de Dios —exclamó, riendo—. Toda mi familia está loca de remate...

Cuando salían del aparcamiento del restaurante, Sandra le comentó a su marido, casi llorosa:

—Los niños me parecen de repente tan pequeños, David... Me cuesta muchísimo dejarlos una semana entera solos.

—Te entiendo perfectamente. Si te soy sincero, hace unos segundos, cuando me estaba despidiendo de ellos, me entraron ganas de cancelar todos los planes para llevármelos con nosotros —rió entre dientes—. ¿Pero te has fijado en que nosotros dos somos los únicos que sentimos la separación? Porque los críos estaban encantados.

—Tienes razón —suspiró Sandra—. Bueno, al menos estarán con

mis padres... Eso es un gran consuelo.

—Mientras tanto... —David se volvió para mirarla— nosotros viviremos nuestra propia aventura.

—Sí. Nos alojaremos en un fantástico hotel, comeremos en restaurantes... y podremos concentrarnos el uno en el otro sin interrupciones —soltó un suspiro nostálgico—. Desde luego que será una aventura. Y muy romántica, ¿no te parece?

—Oh, por supuesto...

De repente Sandra frunció el ceño.

—Aunque, hace un momento, cuando dijiste que íbamos a vivir una aventura... te referías a la reunión con el profesor Harrison, ¿verdad?

—Bueno...

—¿David?

—Sí, soy culpable —reconoció, sonriendo—. Pero sólo porque el tema prácticamente ha monopolizado la conversación de la comida.

—Mmmm —Sandra puso los ojos en blanco. Segundos después se volvió nuevamente para mirarlo, alarmada—. ¿Avisaste al profesor de que íbamos para allá?

—No. Pensé en hacerlo —le explicó mientras conducía, concentrado en el denso tráfico—, pero cuando me detuve a pensar en la cantidad de veces que hemos tenido que cancelar planes a última hora por diversas razones, desde enfermedades repentinas de los niños hasta inoportunas averías de la camioneta, cambié de idea. Nos presentaremos allí y le daremos una sorpresa.

—En nuestro Lexus —aprobó Sandra—. Estupendo.

—No te hagas ilusiones, porque pienso ponerle un cartel en el parabrisas trasero —sonrió—. Un cartel que diga «cuidado con este coche, que es prestado». Por cierto que... si llegamos a casa a una hora decente, todavía tendremos tiempo, antes de salir, para dedicarnos a una placentera actividad...

A Sandra le dio un vuelco el corazón. Una placentera actividad...

¿como hacer el amor? Podrían hacerlo en cualquier parte, porque la casa sería toda suya. O quizá en la ducha... ¿Cuántos años habían pasado desde la última que lo habían hecho en la ducha?

—¿De veras? —murmuró esforzándose por conseguir un tono seductor. Y fracasando, debido a la emoción que la embargaba.

—Sí. Podría ver la final de la copa de béisbol que dan en la tele. Una cerveza, una caja de palomitas, los pies en alto... y a disfrutar.

—Bueno, como quieras, David —repuso, decepcionada—. Pero quiero que sepas que si alguna vez me regalas una salsera por Navidad, no te lo perdonaré, al contrario que ha hecho Cindy con su marido.

—¿Qué?

—Es igual —desvió la mirada por la ventanilla—. Tengo ganas de llegar a casa para darme un baño de burbujas.

—Buena idea —comentó, acelerando—. Está claro que ambos tenemos un par de buenos planes para esta tarde.

«Sí, pero separados», pensó Sandra, entristecida, ¿Cómo no se daría cuenta David de que cada vez se estaban separando más? Quizá sí se daba cuenta, pero no le importaba. Se lo pasarían bien, estaba segura de ello. No discutirían, se reirían, hablarían, harían el amor cuando no estuvieran agotados, pasarían de un día al otro concentrados, como siempre, en el bienestar de sus hijos.

Suspiró. Pero David ya no volvería a decirle que la amaba.

Capítulo 3

DAVID se pasó la mañana del lunes en la tienda, y después de comer cargó el equipaje de Sandra en el Lexus. Acto seguido le abrió la puerta y, haciendo una pequeña reverencia, la invitó a subir.

— Oh, Dios mío, David —rió deleitada mientras se hundía en el asiento—. Es maravilloso viajar así. Es como sentarse en... en... mermelada.

—Buena comparación.

—¿Sabes? Creo que podría acostumbrarme a esto... —de repente frunció el ceño—. Olvídalo. Será mejor que no me acostumbre demasiado.

David cerró la puerta y rodeó el coche para sentarse al volante. Giró la llave del encendido y el motor ronroneó suavemente.

—Oh, sí —exclamó—. Eso es. Es lo único que se me ocurre. Oh, sí...

— Bien. Pues allá vamos —dijo Sandra mientras salían del aparcamiento en marcha atrás—. Hace diez años que no hemos pisado la universidad de Saunders. Me pregunto si habrá cambiado mucho.

—Lo dudo —encendió la radio—. Es un escenario fantástico. La gente querrá que siga siendo igual. Ya sabes, un aspecto sólido y venerable al mismo tiempo, inmutable generación tras generación, con sus praderas de césped, sus altos árboles, sus edificios de ladrillo rojo... La típica postal de una universidad del Este.

—Supongo que tienes razón. Aunque quizá hayan adquirido los edificios de alrededor para alojar a los estudiantes. El año pasado leí en el periódico que la población estudiantil de Saunders crecía a buen ritmo.

—La población estudiantil —repitió David, sonriéndole—. Prepárate, cariño, porque tengo la sensación de que algunos de los llamados alumnos que van a asistir a esta reunión nos van a parecer muy, pero que muy jóvenes. Diez años es mucho tiempo.

—Estar en el campus nos va a traer muy buenos recuerdos, David —le dijo Sandra, mirándolo intensamente—. Estoy segura de que te acordarás de lo cerca que estuviste de alcanzar tu sueño de convertirte en jugador de béisbol profesional.

—Supongo que sí —repuso, encogiéndose de hombros—. Pero eso es historia. Mi padre es el único que todavía se lamenta por ello.

—¿No piensas en lo que podrías haber sido cada vez que ves un partido como el de ayer?

—Sólo cuando los comentaristas mencionan la cantidad de dinero que ganan esos tipos. Y cuando coincide con que estoy preocupado por pagarles esos correctores dentales a los niños —contestó, riendo.

—Sigo pensando que, cuando pises el campus, los recuerdos te asaltarán de golpe. En cascada.

David frunció el ceño.

—¿Me estoy perdiendo algo? ¿Estás insinuando que esos recuerdos se me van a subir a la cabeza?

—Bueno, yo... —Sandra suspiró—. No importa. Me quedaré callada para que puedas concentrarte en conducir. El tráfico está difícil y no me gustaría que algo le pasara al coche.

—Tienes razón.

David volvió a mirarla antes de concentrarse en el mar de vehículos que los rodeaban. ¿Qué le estaría pasando a Sandra por la cabeza? ¿Por qué parecía tan tensa, como si estuviera sentada en el sillón del dentista? ¿A qué venía esa obsesión por los recuerdos? Todo el mundo tenía recuerdos según qué circunstancias. No era para preocuparse tanto.

A él lo que le quitaba el sueño era otra cosa. Porque en aquel momento se estaba enfrentando a la decisión de si debía endeudarse

hasta las cejas para ampliar el negocio. Sólo por eso pensaba en el dinero que habría ganado si al final hubiera terminado convirtiéndose en jugador profesional.

Pero si las cosas hubieran salido de ese modo, tal vez en aquel momento no habría tenido dos mellizos. Porque, a esas alturas, no podía imaginarse una vida sin Molly y sin Michael. Y tampoco tendría el Westport's Emporium. Le gustaba tanto la tienda como la gente tan estupenda que se pasaba por allí.

Su vida, tal como la conocía en aquel momento, no existiría. Pasaría demasiado tiempo fuera de casa, viajando con su equipo. Se perdería la infancia de sus hijos, algo que detestaba. Tendría que dormir la mitad del año en habitaciones de hotel. Y no se despertaría cada mañana al lado de Sandra. Sí. Eso era lo que más odiaba en el mundo.

Aunque ciertamente vivirían en una enorme casa con aire acondicionado. Y no tendrían que pasar los calurosos veranos en la plataforma de la escalera de incendios. Desde luego que le habría gustado ganar más dinero para su familia, incluso comprarle a Molly ese corrector dental de color rosa, y un contrato como jugador profesional habría podido obrar el milagro. Sandra tendría mejor ropa y un coche como el que estaba conduciendo en aquel momento, también con aire acondicionado.

Pero sus relaciones con su familia estarían reducidas al teléfono. Y no se podía abrazar a alguien por teléfono. No se podía amar a una esposa por teléfono: acostarse a su lado y verla dormir, maravillándose de su belleza. Probablemente tampoco tendría tiempo para hacer crepés de arándanos con formas de animales.

No, cuando pensaba en todo eso, estaba más que satisfecho con la vida que llevaba. El único problema era el dinero. Sandra estaba inquieta por los recuerdos que lo asaltarían cuando volviera a poner los pies en el campus de la Universidad de Saunders. Por los recuerdos de lo que podría haber sido. Pero no tenía ninguna

necesidad de preocuparse por eso. Él era plenamente feliz.

Comenzó a tararear la canción country que estaba sonando en la radio. Sin darse cuenta de que Sandra no lo estaba acompañando, como tenía por costumbre.

El trayecto desde el North End hasta el extremo occidental de Boston les llevó más de una hora debido a la densidad del tráfico, aparte de varios rodeos causados por obras en la carretera. Casi con un suspiro de alivio, entregaron las llaves del Lexus al portero del Hotel Paul Reveré, donde David había reservado habitación. El edificio, de cuatro pisos de altura, era uno de los hoteles más lujosos de Boston, a unos tres kilómetros del campus de la Universidad de Saunders.

Sandra sonreía de oreja a oreja para cuando David abrió la puerta de la habitación del último piso y se hizo a un lado para que entrara primero.

—Oh, David... —exclamó, girando sobre sí misma para contemplarla admirada— mira esto. Antigüedades. ¡Los muebles son verdaderas antigüedades! Es como regresar a los tiempos de Paul Reveré.

—No —dijo David cuando echó un vistazo al cuarto de baño—. No creo que Paul Reveré tuviera un jacuzzi.

—Estás de broma... —repuso Sandra, corriendo para asomarse por encima de su hombro—. No, no estás de broma. Un jacuzzi. Nunca me había bañado en ninguno. Probémoslo ahora mismo.

— Paciencia, corazón —volviéndose, la abrazó—. Lo probaremos esta misma noche, cuando ya no tengamos que vestirnos para salir.

—No tenemos por qué salir si no queremos... Tampoco tenemos por qué acudir tan pronto a esa cita con el profesor Harrison. Nadie sabe que estamos aquí... Podríamos estirarnos ahora mismo en esa enorme bañera, hacer el amor, pedir que nos suban la cena, volver a hacer el amor y..

David se echó a reír.

—Te estás comportando como si estuviéramos de luna de miel.

—Sí, bueno, ¿y qué tiene eso de malo? Nosotros no tuvimos luna de miel. Han pasado diez años, pero aquí estamos.

David le dio un rápido beso en los labios.

—Eh, dame ese gusto, anda... No hago más que pensar en esa reunión del profesor Harrison. Y probablemente por culpa de lo extraña que le ha parecido a todos aquellos a quienes se lo hemos contado. Que si es algo muy raro, que si no es normal, que si... El caso es que me muero de curiosidad por saber de qué diablos se trata. Me gustaría ir al campus y ver al profesor Harrison enseguida, para olvidarme de tantas especulaciones. ¿De acuerdo?

—Sí, claro —Sandra sonrió levemente mientras se apartaba—. No hay problema. El jacuzzi podrá esperar. Pero me gustaría deshacer antes las maletas. Para que la ropa no se nos arrugue más de lo que ya está.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo David, aprestándose a la tarea.

—Ya —masculló—. Definitivamente veo una salsera como regalo navideño en el futuro.

—¿Qué dices? —se volvió para mirarla.

—No. Nada.

Antes de que Sandra se sintiera emocionalmente preparada para ello, ya estaban atravesando el campus hacia el edificio que había albergado el despacho del profesor Harrison una década antes. El nudo que le atenazaba el estómago se apretaba más y más a cada paso.

—Fíjate —le dijo David—. Ya te dije que el campus no habría cambiado nada. Bueno, los árboles son más altos. ¿Te acuerdas de aquella vez que nos tumbamos en este césped, supuestamente a estudiar? En realidad estábamos disfrutando de los helados de aquel vendedor ambulante... cuando los aspersores se pusieron en marcha y nos pusieron perdidos de agua.

Sandra se echó a reír.

—Oh, me había olvidado de ello. Fue tan divertido... Por lo menos nos empapamos cincuenta alumnos.

—Los aspersores tenían el temporizador estropeado. Siempre se encendían por la noche, pero aquella tarde nos dimos un buen baño.

—¿Qué fue lo que comentó el periódico del campus al respecto?
—Sandra entrecerró los ojos, intentando recordar—. Algo acerca de un concurso sorpresa de camisetas mojadas, de acceso gratuito, o algo parecido...

—Sí —arqueó las cejas—. Y recuerdo también que tú eras la única que llevaba camiseta aquel día. Oh, sí, estabas fantástica...

—Sshh —lo acalló golpeándolo en un brazo, juguetona.

—Eras tan alegre...

—La alegría se marchó cuando tuve los mellizos, señor Westport. Y la sustituyó la responsabilidad.

—Un pequeño precio a pagar —repuso David, repentinamente serio—. Qué guapa estabas cuando dabas de mamar a nuestros bebés, Sandra. Siempre tenías esa sonrisa tan serena y a la vez tan sensual en los labios... Muchas veces me arrepentí de no haber estudiado dibujo, o pintura, para poder atesorar aquella imagen para siempre.

—Qué cosa más bonita acabas de decir — comentó Sandra, mirándolo con un brillo de emoción en los ojos.

David se encogió entonces de hombros y señaló un edificio que estaba justo delante.

—Ahí está. Espero que el profesor Harrison se encuentre en su despacho... porque de otra manera esto va a ser muy decepcionante.

—Y que lo digas.

Sandra estaba asombrada. ¿Que había estado guapa cuando daba de mamar a los mellizos? ¿Y por qué no se lo había dicho en aquel tiempo, cuando se sentía gorda y torpe, mientras se moría de hambre para perder el peso que había ganado durante su embarazo?

Antes de que pudiera decidir si darle otro golpe o no, David abrió la puerta del edificio y la hizo pasar.

—El despacho del profesor Harrison sigue estando en el segundo piso —la informó, deteniéndose ante el directorio que indicaba las diferentes plantas—. Como siempre. Es raro que no se haya cambiado a uno mayor. Los nuevos tienen el doble de tamaño.

—Quizá no le guste cambiar. Hay personas que se sienten más cómodas en un ambiente familiar, al que están acostumbradas desde siempre. Aunque yo no soy quién para decir nada, porque sólo hablé con él un par de veces en mi vida. Tú sí que lo conocías bien.

—Sí, es verdad, y creo que tienes razón. No puedo darte un ejemplo concreto, pero creo que no le gustaba cambiar —se interrumpió—. Bueno, aquí estamos. Subiremos ese tramo de escaleras, y espero que no nos ahogemos cuando lleguemos arriba. Ahora somos mucho más viejos que cuando solíamos subir las corriendo.

—Ya, claro —se burló Sandra, irónica—. Tienes una forma fantástica, y lo sabes. Estabas insinuando que soy yo la que se va a ahogar.

—Una broma siempre es una broma.

—Qué pensamiento más profundo...

Una vez arriba, Sandra lo informó de que no estaba jadeando lo más mínimo por el esfuerzo.

—¿Qué me dices ahora, Mister Bromista?

—Nada. Que disfrutes de tu forma física mientras puedas, porque tus hijos no tardarán en informarte de que eres tan vieja como su padre y..

—David —lo interrumpió, clavando la mirada en el pasillo—. ¿No es ésa...? Sí que lo es. Sí —echó a andar rápidamente—. ¿Rachel Jones? ¡Rachel!

Una mujer alta y esbelta se volvió para mirarlos, confundida. De repente fue como si una bombilla se encendiera en su cerebro. Una

radiante expresión de reconocimiento se dibujó en su rostro mientras acudía rápidamente a su encuentro.

—Sandra —exclamó y le dio un fuerte un abrazo—. David... —lo abrazó también—. Estáis estupendos. Tú, David, no has engordado nada desde que lucías aquel uniforme de béisbol tan ajustado... Qué días tan maravillosos, ¿verdad? Nuestra estrella. El héroe de la universidad — se echó a reír—. Estás tan guapo como siempre...

Y Rachel estaba todavía más guapa que diez años antes, pensó Sandra. Una verdadera diosa. Siempre había sido muy atractiva, con aquella tez de color café con leche, herencia de su madre afroamericana. En aquel momento lucía una melena rizada aún más larga, que le llegaba hasta los hombros.

—Sí que fueron unos días maravillosos —estaba diciendo David—. Por algo Saunders ganó el campeonato estatal de béisbol dos veces seguidas. En aquel entonces teníamos un gran equipo.

—Estás siendo un poco modesto, ¿no te parece, Sandra? —se volvió hacia ella—. Aquí donde le vemos, este hombre era la estrella de aquel equipo legendario. Sin él nunca habríamos ganado esos campeonatos, ¿verdad?

—Absolutamente —respondió Sandra, mirando a su marido.

David estaba radiante. Le brillaban los ojos y sonreía de oreja a oreja. Sandra experimentó un escalofrío. Ya había empezado: la evocación de los excitantes recuerdos de cuando era el héroe del campus, el chico de oro, enfrentado a un fabuloso futuro: el de convertirse en jugador profesional nada más graduarse.

Le entraron ganas de marcharse a casa en aquel mismo momento. Quería agarrar a David del brazo y correr de vuelta a su pequeño apartamento. Aferrarse a la realidad de la vida que realmente estaban viviendo, lejos de aquel mundo de sueños frustrados.

—¿Has venido por la reunión del profesor Harrison? —le preguntó. Ya que no podía marcharse, al menos cambiaría de tema de conversación.

— Sí, llegué ayer por la tarde. ¿A que no adivináis a quién tiene el profesor de secretaria? Jane Jackson.

—¿De veras? —exclamó Sandra—. Me encantará volverla a ver.

—Bueno, en este momento está de vacaciones. El profesor Harrison me pidió que lo ayudara a localizar a Jacob Weber, con la esperanza de que asistiera a la reunión.

—¿Ese imbécil? —David frunció el ceño—. ¿El profesor Harrison quiere que él participe en este encuentro?

—Pues sí —contestó Rachel—. Al parecer Jacob es ahora un famoso especialista en fertilización artificial. Difícil de creer, ¿eh? Un tipo tan repugnante convertido en compasivo médico consagrado a hacer realidad los sueños de cientos de parejas. Ya no es el Jacob egoísta que conocimos nosotros. Pero... —se encogió de hombros—. Diez años es mucho tiempo. Supongo que tendremos que ser condescendientes con él.

—Si es tan famoso... ¿por qué es tan difícil de localizar? —quiso saber David.

—Porque tiene clínicas por todo el país, hasta en Europa. Le he dejado mensajes en un montón de teléfonos, pero hasta ahora no he recibido respuesta. Ahora mismo estaba intentando conseguir los números de fax de las clínicas europeas, de parte del profesor Harrison. Yo me he convertido en una especie de ayudante suya.

—Hablando del hombre que ha convocado esta reunión tan... extraña... ¿cómo está? —le preguntó Sandra—. ¿Ha cambiado mucho en estos diez años, o sigue siendo el profesor amable y sonriente que conocimos?

Rachel frunció el ceño, abrazándose.

—Lo cierto es que ha cambiado mucho —murmuró—. Es triste, pero así es.

—¿Qué quieres decir? —inquirió David.

—Quiero decir que ahora apenas sonrío. ¿Sabíais que Mary, su esposa, falleció hace ocho años?

—No —respondió Sandra—. Es horrible. ¿Qué le pasó?

—Ayer me dijo que Mary siempre fue una mujer frágil, de corazón débil, y que por eso nunca tuvieron hijos. Estuvo prácticamente postrada en cama durante los últimos años y.. murió. El profesor Harrison sólo tiene cincuenta y ocho, pero parece mucho mayor, como... amargado. Derrotado.

—Debe de echar muchísimo de menos a su mujer —murmuró Sandra.

—Sí, desde luego, pero sospecho que hay algo más que eso porque... —de pronto Rachel sacudió la cabeza—. No, es igual. Probablemente no sean más que imaginaciones mías. Olvidaos de lo que he dicho.

Sandra se echó a reír:

—¿Cómo quieres que me olvide de un chisme tan sugerente?

—Eso, suéltalo, Rachel —la secundó David.

—No. No hasta que haya entendido del todo qué es lo que hemos venido a hacer aquí. Por cierto, ¿sabíais que el profesor Harrison ya no da clase? Lo dejó hace varios años. Ah, y dejó también de entrenar al equipo, justo después de que tú te marcharas, David. Ahora solamente trabaja de tutor y orientador de alumnos.

—Unos alumnos afortunados —comentó David.

—Y que lo digas —asintió Rachel—, porque incluso en el poco tiempo que llevo en el campus, he podido ver que sigue relacionándose con ellos como antes. En eso no ha cambiado.

—Menos mal.

—Sí, pero en todo lo demás es como si nuestro profesor fuera una persona diferente. Sé que parezco un disco rayado, pero es que es muy triste, de verdad. Lo comprobaréis vosotros mismos cuando lo veáis.

—¿Está en su despacho?

—Ahora mismo no. Tenía una cita con el presidente del consejo universitario. Un tipo llamado Alex Broadstreet, que no estaba aquí

cuando estudiábamos nosotros. Yo recibí la llamada. Insistió en que quería ver al profesor inmediatamente. El profesor Harrison tiene una agenda muy apretada, y estaba muy estresado cuando tuvo que marcharse para la reunión. Es por eso por lo que sospecho que... No, no me hagáis caso. Me estoy imaginando cosas. Me prometí a mí misma que me informaría mejor antes de empezar a hacer cábalas sobre las preocupaciones del profesor, al margen de la muerte de su esposa.

—Pero... —Sandra se dispuso a insistir.

—Olvídalo, cariño —la interrumpió David, sonriendo—. Los labios de Rachel están sellados.

—Me estás haciendo sufrir, ¿sabes? Eres una mujer mala, Rachel —la recriminó Sandra—. Muy guapa, pero mala.

—No es maldad. Es sólo que no me gusta hablar de algo mientras no esté bien segura de ello. ¿De acuerdo?

—No —replicó Sandra, pero al instante se echó a reír—. Está bien, de acuerdo, tú ganas...

—¿Por qué no bajamos a tomar un refresco a la cafetería de la asociación de alumnos? —propuso Rachel—. Tenéis que contarme un montón de cosas. Estábamos tan unidos los tres... Es una pena que perdiéramos el contacto. Vosotros dos os evaporasteis después de la boda. Y yo me marché para casarme. Es imperdonable que no nos siguiéramos viendo, pero supongo que también es normal. Hemos tenido vidas nuevas, complicadas, ocupadas...

—Eso seguro —rió David—. Dos mellizos es la mejor definición que conozco de una vida ocupada.

—Y esos mellizos tendrán ahora... Oh, cielos... ¿diez años? Creo que estoy empezando a sentirme vieja. ¿Tomamos ese refresco? Quizá el profesor Harrison esté de nuevo en su despacho para cuando volvamos.

—A mí me parece estupendo —dijo David—. ¿Y a ti, Sandra?

—Claro.

—Esto va a ser divertido —exclamó Rachel mientras se dirigían hacia las escaleras—. La vitrina de los trofeos no ha cambiado de sitio: sigue en el vestíbulo de la asociación de estudiantes. Allí podrás volver a ver todos los que conseguimos gracias a ti, David. Esas copas del campeonato del estado son enormes, y las mantienen brillantes, preciosas, con todos los nombres de los jugadores grabados. Y el tuyo el primero.

«Otra vez las nostálgicas memoraciones», pensó Sandra. ¿Había acelerado el paso David cuando Rachel le mencionó lo de los trofeos, o eran imaginaciones suyas? No. Definitivamente había acelerado el paso. Estaba como más animado... mientras que ella tenía cada vez más ganas de volver a casa.

Cada vez que le había preguntado a David por el tiempo que estarían en aquel lujoso hotel, él se había limitado a decirle, sonriente, que se trataba de una sorpresa. Que se limitaran a disfrutar de su estancia allí sin pensar en el dinero. Con lo que estaba claro que no iban a volver a su pequeño apartamento del North End al día siguiente. Suspiró mientras salían del edificio, rumbo al local de la asociación de estudiantes.

—¿Te pasa algo? —le preguntó David.

—¿Qué? Oh, nada. Es que hace tanto bochorno... Me ha dado como un golpe de calor cuando salíamos a la calle.

—Un refresco te sentará bien —le aseguró, apresurando aún más el paso—. Entremos de una vez en el local.

Y Sandra lo miró alejarse a paso rápido, como si estuviera viendo ya, al menos en su imaginación, la vitrina con sus trofeos. Y con sus sueños rotos.

Capítulo 4

CUANDO Sandra, David y Rachel entraron en el edificio de la asociación de estudiantes, tuvieron que rodear una cinta amarilla con el cartel de «atención: suelo mojado», que les bloqueaba el paso. Un hombre muy mayor, vestido con un mono azul, estaba fregando. No pudieron acercarse al fondo del vestíbulo, donde estaba la vitrina de los trofeos.

—Oh, vaya —exclamó Rachel—, la vitrina parece vacía. Te juro que ayer por la tarde estaba llena.

El hombre mayor interrumpió su tarea y se irguió para mirarlos.

—Limpiamos y sacamos brillo a los trofeos universitarios una vez al año —les explicó—. Esta mañana yo mismo los he bajado al sótano —de repente se quedó mirando fijamente a David—. Oye, ¿tú no eres David Westport?

—Sí, señor. f

—Lo sabía —dijo el anciano, radiante—. Nunca me olvido de los chicos que contribuyeron a llenar esa vitrina, y tú hiciste mucho más que eso, David. ¡Cómo manejabas el bate! Todavía puedo oír los gritos del público cuando anotabas otro tanto. El mejor jugador de béisbol que ha pisado esta universidad... — se interrumpió por un momento—. Fue una verdadera pena que no te hicieras profesional. Ya me veía comentándoles orgulloso a mis amigos que habías estudiado en Saunders y que yo te conocía... Te vi venir aquí un montón de veces. Pero de repente te evaporaste. Qué lástima, de verdad, qué lástima... ¿Cómo es que no te graduaste y te hiciste profesional, chico?

«Oh, Dios», exclamó Sandra para sus adentros. Aquello era una

pesadilla. David se echó a reír.

—Cambié el bate y el guante por pañales y chupetes —le pasó un brazo a su esposa por los hombros, atrayéndola hacia sí—. Tenemos los mellizos más guapos del mundo. Una parejita.

—¿De veras? Bueno, eso nadie te lo puede echar en cara, ¿verdad? No seré yo, desde luego. Una mujer, hijos, una familia... todo eso es mucho mejor que cualquier cosa que hubiera podido ofrecerte el béisbol profesional. Me alegro muchísimo de haberte vuelto a ver, David. ¡La cara que pondrán mis amigos cuando les diga que he estado hablando con el famoso David Westport después de tantos años! Bueno, y ahora será mejor que termine de fregar el suelo para ponerme cuanto antes a abrillantar esos trofeos.

—Ha sido un placer hablar con usted.

Mientras se alejaban, Sandra se volvió para mirar al anciano, que había reanudado su tarea.

—Me pregunto cuántos años llevará ese pobre hombre fregando suelos. Parece que tiene cien.

David se echó a reír:

—Pues a mí no me da ninguna pena. Obviamente parece satisfecho con su vida y con su trabajo. Apostaría a que tiene una gran familia. Ha entendido al momento que tú y los mellizos sois mucho más importantes para mí que todo lo que habría podido conseguir como jugador profesional.

—Claro —terció Rachel—. Al fin y al cabo, ¿qué importa un millón de dólares más o menos? —bromeó—. ¿Sabéis lo que ganan actualmente esos jugadores?

—Lo suficiente para comprarse casas con aire acondicionado y correctores dentales de color rosa para sus hijos —contestó David, frunciendo el ceño—. Está claro que ganan millones.

—¿Ahora venden correctores dentales de colores? —inquirió Rachel, arqueando una ceja.

—Eso dice nuestra Molly —explicó David—. Los dos necesitan

correctores, así que los de color rosa están en cuarentena hasta que no haya revisado bien los precios.

—Un jugador de béisbol profesional no estaría teniendo esta conversación ahora mismo —comentó Sandra, súbitamente irritada—. Estaría firmando cheques sin fijarse en la cantidad. No habría tenido que cambiar su bate y su guante por pañales y chupetes. ¿Cómo puedes estar tan contento, David, cuando todo lo que ahora mismo te rodea no hace más que recordarte lo que pudiste haber conseguido?

—Eh —David se detuvo en seco—. ¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—¿No está lo suficientemente claro? —exclamó Sandra—. Estamos en la vieja Universidad de Saunders, tu camino a la fama y a la fortuna.

—Pues yo me salí de ese camino para comprar pañales —repuso, sonriendo—, Y no me arrepiento de nada. Vamos, tomemos ese refresco de una vez. Eh, Rachel, ¿qué me dices del menú del comedor? ¿Ha mejorado en estos diez años?

—Pues no. Anoche me comí una hamburguesa que sospecho que llevaba allí desde entonces.

—Fantástico.

Como era habitual en temporada de verano, había pocos estudiantes en el comedor de la asociación. El trío eligió una mesa y David se ofreció a pedir las bebidas. Mientras se alejaba, Rachel miró a Sandra con expresión preocupada.

—Eh chica, ¿qué te pasa? Hace un momento estabas realmente enfadada. O David no se dio cuenta o no le dio importancia. ¿Quieres contármelo?

Sandra suspiró.

—He estado temiendo que llegara este momento, Rachel. El momento de pisar este campus. Porque todo lo que hay aquí le está recordando a David lo que pudo haber conseguido... si yo no me

hubiera quedado embarazada de los mellizos. Tenía tantos sueños y estuvo tan cerca de poder realizarlos...

—Pues a mí no parece que esté nada resentido de la decisión que tomó. Se nota que está orgulloso. Puedes verlo en su cara cuando habla de los mellizos, y evidentemente sigue enamorado de ti. Oh, por cierto... te recuerdo que no te quedaste embarazada tú sola.

—Ya lo sé, pero... No importa —repuso Sandra. Las lágrimas le quemaban los ojos—. Cambiemos de tema.

—De acuerdo —cedió, mirándola atentamente—. Pero si alguna vez quieres hablar de ello, ya sabes que puedes contar conmigo.

Sandra asintió, y logró forzar una sonrisa antes de que David volviera con los refrescos.

—Bueno, como sabéis, yo también dejé Saunders para casarme —empezó a explicarles Rachel, mientras removía los hielos con su pajita—. Me casé con un hombre maravilloso y fuimos muy felices. Hasta que un día se puso muy enfermo y murió. Llevábamos cinco años juntos.

—Oh, lo siento tanto... —dijo Sandra.

—Bueno, son cosas que pasan. Trabajo de abogada y aún estoy pagando las facturas del médico. La verdad es que no debería haberme tomado unos días libres para venir aquí, pero el profesor Harrison se mantuvo durante todos estos años en contacto conmigo y se portó muy bien. No podía decepcionarlo. Y ésta es la historia de mi vida.

David le palmeó cariñosamente una mano.

—Bienvenida al club de los que tienen que apretarse el cinturón. Te haremos socia honoraria.

—¿De veras? —Rachel se echó a reír—. ¿Vosotros también?

—Pues sí. Las tiendas de comestibles no marchan nada bien hoy en día.

—Basta ya —los interrumpió Sandra—. Nos vamos a deprimir si nos ponemos a hablar de lo arruinados que estamos todos —se

interrumpió — . Rachel, ya sé que llegaste ayer, pero... ¿tienes alguna idea de a quién más ha invitado el profesor Harrison a esta reunión? ¿Sabes por qué nos ha convocado?

—No sé gran cosa —sacudió la cabeza—. No he visto ninguna lista de convocados ni nada parecido. Como os decía antes, he estado intentando localizar a Jacob Weber. El profesor Harrison me comentó algo acerca de que no teníamos necesidad de localizar a Jane Jackson porque trabajaba para él, así que ella también figura en la lista. También me dijo que tenía noticias de Nate Williams y de Kathryn Price, que se habían comprometido a venir pero no sé cuándo. En cuanto a su criterio de selección, lo ignoro completamente. Y tampoco he tenido ocasión de preguntárselo.

—La verdad es que cada vez siento más curiosidad —comentó Sandra, entrecerrando los ojos—. Tiene que haber un vínculo entre todos los invitados.

—No te obsesiones tanto, Sandra —le dijo David—. En mi opinión, es algo tan sencillo como que el profesor Harrison ha seleccionado a varios de sus antiguos alumnos sencillamente porque tiene ganas de verlos.

—No, es más complicado que eso —objetó, alzando la barbilla—. Me lo dice mi todopoderosa intuición femenina.

—Oh, ya estamos otra vez...

— Pues yo estoy totalmente de acuerdo contigo, Sandra —la apoyó Rachel.

—De acuerdo, me ganáis por mayoría — dijo David—. Así que me beberé mi refresco y me callaré la boca.

—Creo que tú también habrías estado de acuerdo conmigo, David —repuso Rachel— si hubieras oído al profesor Harrison pedirme con tanta insistencia que hiciera todo lo posible para localizar a Jacob Weber. Tiene como un... no sé, un deseo frenético de reunir a ciertos elegidos. Es algo que va mucho más allá de una reunión de antiguos alumnos.

—Oh, bueno... de acuerdo, de acuerdo. Vosotras ganáis. Os concederé que esta convocatoria es un poquito... rara.

—Es ciertamente extraña —lo corrigió Sandra—. Yo no me acuerdo de Nate Williams, lo cual es hasta cierto punto normal, ya que no estuve tanto tiempo matriculada aquí. En cuanto a Kathryn Price... ¿cómo habría podido olvidarla? Al fin y al cabo, ¿cuántas alumnas conocemos que hayan llegado a convertirse en famosas modelos? Era tan guapa... Espero que podamos coincidir con ella.

—Probablemente seguirá igual de guapa — comentó David.

—No te emociones tanto —replicó Sandra, mirándolo ceñuda.

David soltó una carcajada.

—Bueno, supongo que tendremos que ser pacientes —dijo Rachel—. El profesor Harrison ya nos contará de qué se trata todo esto. Y nos enteraremos de quién más ha convocado exactamente. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros aquí?

—Buena pregunta. Mi discretísimo marido no piensa decírmelo porque hemos tirado la casa por la ventana con este viaje y se supone que lo único que tengo que hacer es relajarme y disfrutar. Los mellizos sólo estarán en el campamento una semana, pero nosotros no podemos permitirnos quedarnos tanto tiempo, ¿verdad, David?

—Buen intento, cariño —repuso con una sonrisa—, pero no caeré en la trampa. Todavía no pienso decirte por cuánto tiempo he alquilado esa habitación con jacuzzi.

—Eres malo —le dijo Sandra, haciendo un mohín.

—Pues yo creo que es muy romántico —terció Rachel.

—Gracias, Rachel —murmuró David.

—¿Romántico? ¿David romántico? —exclamó Sandra, asombrada.

—¿Tan difícil es eso de creer? —se defendió el aludido, inclinándose hacia ella—. Pero no. Pensándolo mejor, no contestaré a esa pregunta. Creo que conozco la respuesta.

Rachel se echó a reír.

—Tengo la sensación de que estamos pisando un terreno

peligroso. Cambiemos de tema. ¿Tenéis fotos de vuestros hijos?

Sacaron las fotografías, terminaron los refrescos y poco después volvían el edificio donde el profesor Harrison tenía su despacho.

—No puedo imaginar que en el minúsculo despacho del profesor pueda haber una mesa para una secretaria —comentó Sandra.

—Y es que no cabe —dijo Rachel—. Jane utiliza un despacho del otro lado del pasillo que es casi del mismo tamaño que el del profesor. Desde allí he estado haciendo las llamadas para localizar a Jacob Weber. Tiene todas las paredes ocupadas por archivadores repletos de expedientes, uno por cada alumno. Hay más expedientes allí que en el sótano del edificio, porque lleva dando clases en la universidad desde hace siglos.

—Yo creía que en la era de los ordenadores esos expedientes estarían informatizados — señaló David.

—Sí, hace poco que han conseguido financiación para hacerlo, pero llevará años informatizar los expedientes que guarda cada docente. Quizá empiecen a hacerlo con los alumnos más nuevos —se encogió de hombros—. Cuando le comenté al profesor que me extrañaba que todavía continuara usando un método tan antiguo, me dijo que estaban comenzando a informatizarlo todo.

Entraron en el edificio y subieron al primer piso. A medio camino del pasillo, Rachel se detuvo.

—La puerta del despacho del profesor está abierta. Ya debe de haber regresado de la reunión —se volvió hacia sus amigos—. Adelante, chicos. Ahora os toca a vosotros.

—David —Sandra le puso una mano en el brazo—, creo que deberías entrar tú solo. Al fin y al cabo, fue a ti a quien te convocó. Si me invitó a mí también fue porque sabía que no querías venir solo. Dudo que incluso se acuerde de quién soy, teniendo en cuenta que solamente lo vi un par de veces hace diez años.

—Ni hablar. Eres mi mujer y entrarás conmigo. Vamos.

—Pero...

—Yo me vuelvo al despacho de Jane mientras tanto —los informó Rachel—. Quizá vosotros os enteréis de una vez por todas para qué nos ha convocado.

—Yo te acompaño, Rachel —dijo Sandra.

—No —insistió David, tomándola de la mano—. Tú vienes conmigo.

—Eso, Sandra, acompáñalo. Ese hombre no muerde. Idos de una vez. El profesor Harrison estuvo entrenando al equipo que tú llevaste al campeonato del estado, David. Se alegrará enormemente de volver a verte.

«Y yo soy la perversa embarazada que lo apartó del béisbol», pensó Sandra, irónica.

—Te repito que para eso se necesitaban dos, amiga mía —le comentó Rachel, como si le hubiera leído el pensamiento—. Recuérdalo. Vamos, no perdáis más tiempo.

Y echó a andar por el pasillo para desaparecer en el despacho de la secretaria. David y Sandra se quedaron donde estaban, inmóviles.

—¿Lista? —le preguntó él, sin soltarle la mano.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero estamos haciendo el ridículo, aquí parados. El profesor Harrison es una persona encantadora. No es ningún ogro.

Se encaminó hacia el despacho, tirando de ella. Una vez en el umbral, alzó una mano para tocar suavemente la puerta abierta, pero vaciló al ver al hombre sentado ante el escritorio. Lo primero que le llamó la atención fue lo envejecido que estaba. Su espeso pelo negro estaba salpicado de canas. Sus antaño musculosos brazos eran ahora delgados como cañas. No le pasaron desapercibidas las pecas que cubrían el dorso de sus manos.

Barrió con la mirada el minúsculo despacho. Era exactamente el mismo de diez años atrás. El profesor se hallaba sentado en un viejo sillón tapizado de cuero ante un escritorio de madera que había conocido mejores días, inclinado sobre un expediente abierto. Las

paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros y había fajos de expedientes sobre la mesa y en una de las sillas. Reconoció la foto enmarcada del escritorio: era la de su esposa Mary. No, definitivamente al profesor Harrison no le gustaban los cambios.

Llamó suavemente a la puerta. Gilbert Harrison alzó la cabeza y al instante una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡David! —se levantó para rodear el escritorio—. Dios mío, has venido. Me alegro tanto de verte...

Mientras el profesor se acercaba, David apretó con fuerza la mano de su mujer, inconscientemente. A Sandra no le extrañó su reacción. Era increíble: parecía que aquel hombre tuviera setenta años.

Tenía el rostro surcado de arrugas y estaba tan enflaquecido que la ropa le sobraba por todas partes. ¿Era posible que la muerte de su esposa hubiera sido la culpable de semejante declive físico?

—Yo también me alegro de verlo, señor — le dijo David, estrechando la mano del profesor pero sin soltar la de Sandra—. Supongo que se acordará de Sandra, mi esposa.

—Por supuesto, querida... —la saludó, sonriente—. Por favor, sentaos —se volvió hacia su escritorio—. Oh, permitidme que os deje esta silla libre —se apresuró a recoger los fajos de expedientes para dejarlos en el suelo—. Ya está. Sentaos, sentaos...

Mientras se instalaban en las viejas sillas, Sandra soltó la mano de David. Tenía los dedos doloridos.

—Perdona —se disculpó David en un murmullo. Ni se había dado cuenta.

El profesor volvió a sentarse ante su escritorio, sin apartar la mirada de su antiguo alumno.

—Tienes un aspecto fantástico. El mismo que cuando bateabas en el equipo.

—Intento mantenerme en forma. Ya sé que es un poco tarde, pero Sandra y yo queremos acompañarlo en el sentimiento por el fallecimiento de su esposa. Rachel nos lo ha contado. Lo sentimos

mucho.

Gilbert desvió la mirada hacia la fotografía enmarcada del escritorio.

—Han pasado ocho años, pero sigo echando de menos a Mary tanto como el primer día —murmuró—. Es duro volver a esa casa vacía cada noche. Paso mucho tiempo aquí, en este despacho, para evitar ese espantoso silencio —se quedó contemplando el retrato durante unos segundos. Luego sacudió la cabeza, como retornando de sus recuerdos—. Quiero darte las gracias por haber hecho el esfuerzo de venir a Saunders, tal y como te pedí.

—Ha sido un placer complacerlo —repuso David— pero, sinceramente, Sandra y yo sentimos una gran curiosidad por el motivo por el que me hizo... nos hizo llamar después de tantos años — se corrigió—. Porque no parece una reunión normal, sino más bien una convocatoria restringida a un reducido número de personas que usted deseaba volver a poner en contacto.

—Es verdad —asintió Gilbert, apoyando las manos entrelazadas sobre el escritorio.

David esperó, confiando que el profesor se explicara. Pero no decía nada.

—Profesor Harrison —intervino Sandra, incapaz de soportar aquel silencio por más tiempo—, ¿preferiría hablar con David en privado? Le aseguro que lo comprendería perfectamente, pues usted apenas me conoce...

—No, no será necesario. Como es lógico, David compartirá contigo todo lo que le diga. Es lo esperable en un matrimonio.

—De acuerdo, pues entonces será mejor que vayamos al grano, profesor. Díganos por qué estamos aquí.

—Vaya, Sandra, creo que te estás precipitando —la recriminó David—. ¿No te parece?

—No, no me parece —se volvió hacia su marido—. Creo que es una pregunta razonable.

— Sí que lo es —terció Gilbert—. Tengo intención de explicároslo todo, así como a Rachel y a los demás, en cuanto lleguen.

—Bien —dijo Sandra, sonriendo—. Soy toda oídos.

—Ahora no. Me gustaría invitaros a cenar esta noche, si os va bien. ¿Os gusta la comida italiana?

—Bueno, vivimos en el North End —rió David—. Por fuerza tiene que gustarnos.

—Estupendo. Conozco un pequeño restaurante al que Mary yo solíamos ir a menudo. Es muy acogedor, y allí encontraremos la intimidad necesaria para lo que tengo que contaros. ¿Os parece bien que nos veamos allí a las siete? Os daré la dirección.

—Desde luego —respondió David mientras se levantaba.

—Pero... —murmuró Sandra, sin moverse.

—Esta tarde tengo varias entrevistas con alumnos —explicó Gilbert, levantándose también.

—No hay problema —David le tendió la mano para despedirse.

El profesor se la tomó entre las suyas, efusivo.

—Ha sido maravilloso volver a verte. Ojalá Mary.. ella te tenía mucho cariño. Solía asistir a los partidos, siempre que se lo permitía su mala salud — se aclaró la garganta, emocionado. Soltándole la mano, garabateó una dirección en un papel — . Éstas son las señas del restaurante.

—Allí estaremos. A las siete —confirmó David, y se volvió hacia Sandra, que seguía sentada en la silla—. ¿Nos vamos?

—Supongo que sí —se levantó lentamente—. Para serle franca, profesor, esperaba irme de aquí al menos con alguna pista del motivo de su convocatoria.

—Todo a su tiempo, querida —repuso Gilbert—. Todo a su tiempo.

—Profesor Harrison —lo llamó de pronto un joven desde el umbral—. Venía para la entrevista.

—Hola, Kevin. Pasa. Estos jóvenes se marchaban ahora mismo.

Aunque, dado que formas parte del equipo de béisbol de Saunders, quizá te gustaría conocer a David Westport.

Kevin abrió mucho los ojos.

—¿David Westport? Oh, es un verdadero honor conocerlo, señor. Es usted toda una leyenda en Saunders...

—¿Señor? ¿Leyenda? —murmuró David, sonriendo—. Empiezo a sentirme como si tuviera cien años.

—¿Le importaría firmarme un autógrafo?

—¿Un autógrafo? Bueno, por supuesto... ¡Un autógrafo! —sonrió a Sandra—. Verás cuando se lo diga a los niños...

En vano intentó Sandra forzar una sonrisa. No le salió. Mientras David firmaba el autógrafo, no le pasó desapercibido ni el brillo de sus ojos ni su sonrisa radiante. Si se hubiera convertido en un jugador profesional, aquello no habría sido más que una rutina. Tarde o temprano acabaría dándose cuenta de que, si hubiera realizado sus sueños, en aquel momento habría sido tan rico como famoso. Oh, ¿por qué el profesor Harrison había tenido que acordarse de su marido?

—Muchísimas gracias, señor Westport — exclamó el joven Kevin con entusiasmo—. Mis compañeros se morirán de envidia cuando vean esto.

—Bueno, vámonos de una vez —dijo Sandra, dirigiéndose hacia la puerta—. Estamos entreteniendo al profesor. Tiene muchos compromisos. Es un hombre muy ocupado.

—Hasta la noche —la corrigió David, despidiéndose de Gilbert con una sonrisa. Salió en pos de Sandra, que había pasado directamente al despacho donde Rachel estaba trabajando.

—Cierra la puerta —le ordeno Rachel tan pronto como hubo entrado.

—Ahora mismo —la cerró—. ¿Te lo puedes creer? Ese chico acaba de pedirme un autógrafo.

Rachel se echó a reír.

—Ya te dije que eras el héroe del campus.

—Una leyenda —matizó Sandra, sacudiendo la cabeza—. Ese chico lo ha llamado «una leyenda». Y también lo ha llamado «señor».

—Eso no me ha gustado tanto —reconoció David—. Me ha hecho sentirme viejo.

—Bueno, ¿os habéis enterado por fin del motivo por el que nos ha convocado nuestro profesor?

—No —respondió Sandra, dejándose caer en una silla.

—Pero lo sabremos esta noche —señaló David mientras tomaba asiento a su lado—. Hemos quedado a cenar juntos y nos lo explicará todo. Ah, y ha dicho que nos debe a todos una explicación completa: a nosotros, a ti y a los que faltan por llegar.

—En el momento en el que él lo decida, por supuesto —adivinó Rachel.

—Desde luego —rezongó Sandra—. Definitivamente, Gilbert Harrison es el artífice de esta ceremonia.

—Eh, esta tarde tenía varios compromisos —lo defendió David—. No estás siendo justa con él, Sandra.

—¿Justa? Lo que estoy es harta de tanto misterio.

David se echó a reír.

—Si uno de nuestros mellizos dijera eso, lo mandaríamos castigado a su habitación.

Sandra abrió la boca para replicar algo, pero en el último momento la cerró y sacudió la cabeza.

—Tienes razón —admitió al fin—. Lo siento mucho.

—Bueno, compórtate o no te firmaré un autógrafo —bromeó David—. Por cierto, tenías razón, Rachel. Me ha impresionado el aspecto actual del profesor. Sé que todavía no ha cumplido los sesenta y parece que tenga más de setenta. La muerte de su esposa debe de haberlo destrozado.

—Eso... —añadió Sandra, inclinándose hacia su amiga— y lo que sospecha nuestra amiga y se niega a decirnos, ¿verdad, Rachel?

—Todavía lo estoy rumiando.

—Está claro que aquí nadie quiere decirnos nada —se quejó, levantándose—. Lo que soy yo, me vuelvo al hotel para disfrutar de ese jacuzzi.

—Sigue a esa mujer, David —lo aconsejó Rachel—. En un jacuzzi pueden suceder toda clase de cosas interesantes. Al menos eso es lo que leí en una revista. Oh, y no os olvidéis de informarme mañana puntualmente de vuestra conversación de esta noche.

—Puede que yo también me dedique a rumiarlo — repuso Sandra mientras abría la puerta—. Quizá sea demasiado pronto para contártelo.

—De acuerdo, ya me esperaba una respuesta semejante. Pero vosotros contaréis con datos, mientras que lo mío son puras especulaciones.

—Hasta mañana, Rachel —se despidió David—. Esta noche promete ser muy interesante.

—Y la tarde más aún. Insisto en lo del jacuzzi. Dicen que es algo fantástico.

Riéndose por lo bajo, David siguió a su esposa fuera del despacho. Pero la sonrisa de Rachel se evaporó mientras los veía alejarse.

Capítulo 5

DURANTE el trayecto de regreso al hotel, el estado de ánimo de Sandra terminó de caer en picado y tocó fondo. Cuando entraron en la habitación estaba a punto de llorar, y para que no la viera David se encerró en el cuarto de baño con el pretexto de disfrutar del jacuzzi, suponiendo que preferiría quedarse a ver la televisión. Cerró la puerta antes de que él pudiera decir algo.

Poco después se hundía en el agua cálida y burbujeante. Con los ojos cerrados, apoyó la cabeza en una pequeña almohadilla especial que descansaba en el borde de la bañera. «Esto sí que es lujo», pensó, con expresión soñadora. Afortunadamente podía sentir cómo su tensión se evaporaba por momentos y la mente se le quedaba en blanco, sin que ningún incómodo pensamiento turbara su tranquilidad. Quienquiera que hubiera inventado ese tipo de bañeras se merecía un aplauso.

Transcurrieron varios minutos. Aquello era sencillamente el paraíso...

—¡Ay! —exclamó de repente. Abrió los ojos de par en par, incorporándose al sentir que algo le tocaba las rodillas—. ¡David! Oh, Dios mío, me has dado un susto de muerte... ¡David Westport, te has metido en mi bañera!

—Sí —sonrió—. Hay sitio para dos, ¿no?

—Bueno, sí, pero... tú nunca lo habías hecho antes y...

—Es que nunca antes he estado en un jacuzzi. Piensa en ello, Sandra. No tenemos a los mellizos al otro lado de la puerta preguntándonos por qué nos hemos metido juntos en el cuarto de baño, cuando ellos lo tienen prohibido. Tú misma dijiste que esto era

como la luna de miel que nunca tuvimos, ¿no? Y la gente suele hacer estas cosas en su luna de miel —se echó a reír.

Sandra soltó una carcajada. Se estaba riendo, pensó incrédula. Sí. Aquello era lo más romántico que había hecho David en mucho tiempo. O eso o no había querido esperar su turno de disfrutar del jacuzzi. No, no. Estaba siendo romántico... Y eso había que aprovecharlo.

David se colocó entonces detrás de ella y la acomodó entre sus piernas, acercándola hacia sí. Luego le acunó los senos con las manos y le hizo apoyar la cabeza sobre su pecho.

—Es verdaderamente fantástico —murmuró antes de empezar a sembrarle el cuello de besos, haciéndola estremecerse—. Mmmm...

Apoyó la cabeza en la almohadilla. El agua continuaba agitándose como si estuviera hirviendo, con un rumor relajante, casi hipnótico. David soltó sus senos para hundir las manos en el agua y poco a poco su respiración se fue tornando profunda, regular.

Sandra abrió de nuevo los ojos, indignada. ¡Se había quedado dormido! El romántico David Westport se había quedado dormido con su mujer desnuda y acurrucada contra su cuerpo. ¿Aquello era una luna de miel? Se iba a enterar...

Se deslizó lentamente hasta el otro extremo de la bañera, lo agarró de los pies y le dio un fuerte tirón, hundiéndolo completamente. David volvió a emerger, escupiendo agua.

—¿Qué diablos pretendías hacer? ¿Ahogarme?

—La verdad es que se me ocurrió por un momento. Acabas de suspender tu examen de luna de miel, Westport. Eres una verdadera calamidad.

—¿De veras? Pues ahogando a tu marido en tu luna de miel no has conseguido precisamente el aprobado, cariño —comenzó a acercarse a ella—. Vas a pagar por lo que has hecho.

—Refrénate, David... —rió, nerviosa—. No pierdas la cabeza. Recuerda que soy la madre de tus hijos...

—Yo no tengo hijos —replicó, levantando los brazos y engarfiando los dedos como si fueran garras—. Estoy de luna de miel. Pero la malvada de mi novia ha intentado ahogarme y ardo en deseos de vengarme...

—Oh, Dios mío —soltó una carcajada—. Estás loco. Yo me largo de aquí.

Salió de la bañera, recogió una toalla y se dirigió como una flecha hacia la puerta. David se apresuró a seguirla, chorreando agua.

Sandra soltó la toalla y echó a correr por la habitación, pero él la alcanzó y la derribó sobre la cama. Cubriéndole el cuerpo mojado con el suyo, la besó hasta dejarla sin aliento.

—Estamos empapando la cama —murmuró Sandra cuando pudo volver a respirar.

—Ya se secará. ¿Te arrepientes de lo que hiciste?

—¿Y si no me arrepiento?

—Entonces estarás bajo mi poder. Eres mía y tendrás que hacer lo que yo quiera.

—Muy bien. Dime qué es lo que quieres que haga.

—No voy a decírtelo... —musitó con un tono exquisitamente sensual— prefiero demostrártelo.

La besó de nuevo. Sandra le echó los brazos al cuello y enterró los dedos en su pelo. El deseo los abrasó como una marea de lava ardiente.

Eso sí que era una luna de miel, pensó Sandra, soñadora. En aquel instante sólo podía pensar en las maravillosas sensaciones que le estaba provocando. Amaba tanto a David... Era su media naranja, su alma gemela, el hombre capaz de hacerla sentirse especial, única...

En aquel momento no había penas ni preocupaciones, ni problemas de dinero, ni la increíble responsabilidad de criar y educar a dos niños. Era como si estuvieran solos en el mundo. Sandra y David, sin nada ni nadie que se entrometiera en su universo de felicidad.

David interrumpió el beso por un instante, suspiró y volvió nuevamente a la carga. La amaba con locura. Estaba con su esposa viviendo su luna de miel, sin hijos ni deudas ni coches sin aire acondicionado. Inclinando la cabeza, se apoderó de un seno y capturó el pezón con los labios. Le arrancó un gemido y continuó descendiendo cada vez más, saboreando su piel tersa, húmeda...

—Oh, David, por favor... Te deseo tanto... te quiero, te quiero, te quiero...

Entró en ella y se hundió en su delicioso calor, con el corazón acelerado, febril. Dio comienzo un ritmo lento, regular, que fue aumentando hasta que finalmente los transportó a ambos al lugar donde ansiaban, necesitaban estar. Y lo alcanzaron a la vez, abrazándose desesperados, ajenos a todo lo que los rodeaba.

—¿Sabes? Me gustan las lunas de miel — susurró Sandra.

—¿Y los jacuzzis?

— Sí. Eso también.

David se fue quedando dormido. Sandra estaba en el mismo proceso cuando de repente frunció el ceño. Acababan de hacer el amor y todo había sido magnífico, pero... Bueno, ni una sola vez durante aquellos momentos de pasión, de intimidad, le había declarado su amor. Seguía sin decirle que la amaba.

Y se quedó dormida, inconsciente de las lágrimas que habían empezado a resbalarle por las mejillas.

Para la cena con el profesor Harrison, Sandra escogió un vestido de algodón estampado, de tirantes y falda con vuelo, con unas cómodas sandalias blancas. Vestido con unos pantalones caquis y una camisa verde a juego con sus ojos, David se puso a consultar el plano que había encontrado en el escritorio de su habitación para localizar la dirección del restaurante.

—Hace mucho tiempo que no vengo por aquí —explicó—. No me acuerdo de dónde está nada.

—Yo nunca he oído hablar de ese restaurante —dijo Sandra—,

pero eso tampoco significa que sea nuevo. Cuando tú y yo solíamos venir al centro, no teníamos dinero para frecuentar esos sitios.

David se echó a reír.

—Detesto recordártelo, cariño, pero tampoco ahora podemos permitirnos esos lujos — se interrumpió, todavía con la mirada fija en el plano—. Bueno, parece que el restaurante que eligió el profesor se encuentra a unas cuatro manzanas de aquí. ¿Quieres que vayamos en coche o paseando?

—Paseando —respondió, decidida—. Es más romántico.

—¿Más que conducir un Lexus? —se volvió para mirarla, arqueando una ceja. Se había sentado en el borde de la cama.

—Sí.

—De acuerdo, iremos a pie. Pero no te quejes si el pelo se te riza demasiado por la humedad.

Sandra puso los ojos en blanco,

—Mucho me temo que se te ha acabado tu repertorio de frases románticas, David Westport.

—Eh, sólo estaba constatando un hecho... Maldita sea, soy incapaz de volver a doblar este plano. ¿Crees que quedará mal si lo dejo de cualquier forma en el escritorio?

Sandra suspiró y atravesó la habitación para quitárselo de las manos. Segundos después se lo devolvía perfectamente doblado.

—Eres muy habilidosa —le comentó él, sonriente, mientras guardaba el plano en su sitio.

—Lo que te decía: tu veta romántica se ha agotado —recogió su bolso—. Vámonos ya, si no queremos llegar tarde a la cita. Porque te juro una cosa, David Westport: será mejor que el profesor Harrison nos explique de una vez por todas el motivo de su convocatoria. Por su propio bien.

La noche era tan calurosa como húmeda, pero Sandra se prometió no quejarse de que el pelo se le quedara a lo Shirley Temple. Estaba

concentrada en la inminente velada. Y decidida a no abandonar el restaurante hasta que Gilbert Harrison les contara la verdad sobre su extraña reunión.

Mientras caminaban por la avenida peatonal, miraba curiosa los escaparates de las tiendas.

—Deberíamos comprarles algo a los mellizos.

—No tenemos mellizos —repuso David—. Estamos de luna de miel, ¿recuerdas? Preferiría comprarle un regalo a mi nueva esposa. Además, tus padres les compran tantos juguetes que no necesitan que nosotros les llevemos uno de recuerdo.

Sandra se echó a reír.

—En eso tienes razón. Espero que estén disfrutando del campamento. Deberíamos llamarlos para saber si...

—No —la interrumpió David—. ¿Qué vas a hacer si resulta que detestan el campamento? ¿Decirles que regresen antes? Ni hablar. Hemos tenido que ahorrar para pagarles ese maldito campamento, y si no se lo están pasando bien, les retorceré el cuello.

—No digas esas cosas, David.

Por toda respuesta suspiró, encogiéndose de hombros. Continuaron caminando en silencio.

—¿Estás nervioso por lo de la cena? —le preguntó ella.

—No exactamente nervioso —hundió las manos en los bolsillos del pantalón—. Es más bien la inquietud que he estado acumulando en relación con el motivo de su convocatoria. Estoy deseando que nos lo diga a las claras de una vez —la miró y sonrió—. Por supuesto, el gran misterio podría ser perfectamente un producto de tu imaginación, estimulado por tu amiga Cindy y por nuestra antigua compañera Rachel. Quizá todo esto no obedezca más que al simple deseo del profesor de encontrarse con sus alumnos favoritos.

—¿Eso crees tú?

—La verdad es que no —contestó, riendo—. Pero quizá a estas alturas ya me haya dejado lavar el cerebro por el sector femenino.

— Sea como fuere, pronto lo sabremos. Hemos recorrido ya cuatro manzanas, así que supongo que el restaurante estará cerca. Me duelen los pies. Mira, ahí está —se llevó una mano al estómago—. Maldita sea, tengo un nudo en el estómago. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Al fin y al cabo, es contigo con quien quiere hablar el profesor. Yo sólo te he acompañado en el viaje... como el Lexus.

—Pues las sensaciones que tengo yo en el estómago son muy diferentes —comentó David, riendo—. Me estoy muriendo de hambre.

—Es no es nada nuevo. Tú siempre tienes hambre.

—Sí, y de todo tipo de cosas... —le guiñó un ojo— señorita Jacuzzi...

—Dios mío... —esa vez Sandra se llevó las manos a las mejillas—. Me he ruborizado. ¿Ves lo que has hecho? Espero que no haya mucha luz en ese restaurante, porque me moriré de vergüenza. Ruborizarme a mi edad. Es ridículo.

David le abrió la puerta del restaurante, riendo. Para alivio de Sandra, la iluminación era muy tenue, con velas en cada mesa. Dieron el nombre de su anfitrión y el maître los guió hasta una mesa del fondo. El profesor Harrison los estaba esperando.

—Espero que no hayáis tenido problemas para encontrar el local —dijo Gilbert una vez que todos estuvieron sentados.

—No, ninguno —respondió David—. Hemos venido andando desde el hotel. Hacía calor, pero el paseo era bonito. Espero que baje la temperatura cuando se ponga el sol.

—Sí, ha estado haciendo mucho bochorno últimamente.

Sandra maldijo para sus adentros. ¿Iban a ponerse a hablar del tiempo? Sus nervios no podrían soportarlo.

—Sí, es verdad. Sin embargo, creo que deberíamos...

—Pedir la cena —la interrumpió Gilbert en el instante en que apareció una camarera ante su mesa—. Por favor, concédanos un par de minutos para echar un vistazo a la carta.

—Claro —dijo la joven—. Ahora vuelvo.

—La comida de este restaurante es magnífica. Mary y yo veníamos mucho. No sé si pedir lasaña o espaguetis con champiñones. O quizá...

—David —murmuró Sandra, con los dientes apretados—. Elige tú.

La camarera volvió a aparecer con una cesta de sabrosos panes y David escogió espaguetis. Gilbert pidió una botella de vino tinto y les aconsejó que probaran el pan, recién hecho en el horno del restaurante.

—Profesor Harrison —empezó Sandra, incapaz de soportar la espera por más tiempo—, no quiero pecar de grosera, pero... ¿no podríamos abordar directamente la cuestión que nos ha traído aquí? ¿Por qué le pidió a David que viniera a Saunders? ¿A quiénes más ha invitado?

David se apresuró a reprocharle su impaciencia:

—Sandra, estás demostrando muy poca discreción y..

—Tu esposa es encantadora, David —lo interrumpió Gilbert—. Y desde luego, tiene toda la razón. Ya habéis esperado demasiado tiempo.

—Amén... —musitó ella.

—Pero, por favor, sed pacientes y aguardad unos minutos más —le pidió el profesor—. Hasta que nos hayan servido y ya no vuelvan a interrumpirnos.

—Por supuesto, señor —asintió David, fulminando a su mujer con la mirada.

Sandra soltó un susurro y se concentró en mordisquear su rebanada de pan.

—Oh, antes de que se me olvide. Me llamó el entrenador del equipo de béisbol, David. Me dijo que los chicos se entusiasmaron mucho cuando Kevin les enseñó tu autógrafo. Me pidió que te preguntara si tendrías tiempo para pasarte mañana un rato para

asistir a los entrenamientos.

—Oh, por supuesto, será un placer... Pero le prometí a Sandra que la llevaría a un museo, a donde ella quisiera...

—No, David, tranquilo. Tú vete a los entrenamientos. Le preguntaré a Rachel si está libre y nos iremos por ahí las dos.

—¿Estás segura?

—Sí, descuida. Eres una celebridad en Saunders y te lo has ganado a pulso. Tienes todo el derecho a disfrutar de tu fama.

—Maravilloso —exclamó Gilbert—. ¿Te parece bien a la una de la tarde en el estadio?

—Allí estaré —le aseguró David, encantado.

Sandra se imaginó a todos aquellos jóvenes jugadores preguntándole curiosos por qué no se había hecho profesional. David sonreiría y les haría el chiste de que había cambiado su bate y su guante por pañales y juguetes, pero el resentimiento seguiría devorándolo por dentro y...

—Cuidado, amigos: los espaguetis están muy calientes —les advirtió la camarera. Después de servirles el vino, dejó la botella en la mesa—. ¿Les apetece alguna otra cosa?

—No, gracias. Ahora mismo no —contestó el profesor.

—Mmmm. Están deliciosos —comentó David—. Pruébalos, Sandra.

—Claro —se obligó a recoger el tenedor—. Sí, están muy ricos...

Gilbert y David comieron con apetito, mientras Sandra se obligaba a hacer lo mismo. No lo consiguió.

—Bueno, creo que ha llegado el momento —anunció por fin Gilbert—. Os prometí que os lo contaría cuando nos sirvieran. Escuchadme primero de un tirón, por favor. Más adelante podré contestar a las preguntas... que esté en mi mano contestaros.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Sandra—. ¿Es que habrá algunas que no nos pueda contestar?

—Tenéis que tener paciencia. Todo tendrá sentido una vez que os

lo haya explicado. David, me gustaría que te remontaras en el tiempo a la época en que pisaste por vez primera Saunders. Con tu expediente académico digamos que poco... brillante, ¿te preguntaste alguna vez por qué te admitieron?

—Sí, desde luego. Jugaba bastante bien al béisbol, pero el consejo universitario debió de tener en cuenta otros requisitos. Y mis notas no estaban a la altura de la beca que recibí.

—Efectivamente —asintió Gilbert—. Tu beca fue financiada... por un benefactor anónimo, que informó al consejo universitario de que ibas a recibirla.

—¿Qué? —exclamaron David y Sandra al unísono.

—Por favor —el profesor alzó una mano—. Escuchadme antes.

—¿Pero quién...? —David hizo a un lado su plato—. Muy bien. Continúe.

Sandra se dio cuenta de que se había quedado mirando al profesor con la boca abierta, y se apresuró a cerrarla.

—Tú no fuiste el único favorecido por ese benefactor. Hubo más. Y ese hombre confió en mí para que las cosas salieran tal como él deseaba que salieran.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió Sandra—. ¿Quién es ese misterioso benefactor?

—Recordad que os dije antes que sólo contestaría aquellas preguntas que pudiera contestar. Lo siento, pero no estoy autorizado a hacer público el nombre de esa persona.

—Oh, esto es una locura —masculló Sandra, recostándose en su silla—. Una verdadera locura.

—Tranquilízate, corazón —le pidió David, apretándole una mano—. Profesor, ¿quiénes fueron los otros beneficiarios? —se interrumpió—. Espere un momento... Rachel. Y Rachel estaba intentando localizar a Jacob Weber. Y también Nate Williams, Kathryn Price, Jane Jackson... ¿verdad? ¿Está ya completa la lista?

—No. Pero tampoco es necesario que conozcáis todos los

nombres.

—De acuerdo, dejemos eso al margen por el momento — consintió David—. Pero la pregunta de fondo es: ¿por qué nos ha convocados a todos aquí y ahora, diez años después? ¿A qué propósito obedece?

—El benefactor quiere saber cómo les ha ido a sus... elegidos. A algunos ha podido seguirles el rastro a través de las referencias de los éxitos conseguidos. Sin embargo, quería que yo hablase personalmente con vosotros para informarme de vuestro desarrollo... personal, por así decirlo. Por eso estoy cenando con vosotros esta noche, y por eso comeré mañana con Rachel. El benefactor también desea saber si todos habéis hecho buen uso de vuestra beca, si la habéis aprovechado bien... y si, gracias a la formación conseguida, beneficiasteis también a alguien con vuestro talento. Si le habéis pasado el testigo a otro, en definitiva, favoreciéndolo al igual que vosotros mismos fuisteis favorecidos años atrás.

David se quedó lívido. Y abatido. Sacudiendo la cabeza, desvió la mirada antes de clavarla de nuevo en el profesor.

—Bueno, pues de mí no va a conseguir un informe muy satisfactorio —declaró, desanimado—. Malgasté mi beca, porque nunca llegué a graduarme ni me convertí por tanto en jugador profesional. Lo cual, supongo, era el objetivo primero de mi beca. En cuanto a lo de haber beneficiado a alguien y haberle pasado el testigo... Me temo que no. No he hecho ni una maldita cosa por nadie. Nada en absoluto.

Capítulo 6

UN TORBELLINO de emociones agitaba por dentro a Sandra. A duras penas consiguió disimular su temblor. Ansiaba abrazar a David y consolarlo, aliviar aquel dolor que veía reflejado en su voz y en su rostro.

Quería también gritar al profesor Harrison por haberle pedido cuentas a David de parte de aquel diabólico benefactor suyo, fuera quien fuera. Y suplicarle a David que la perdonara por ser la responsable de la frustración de sus sueños.

—David, no, eso no es cierto... —pronunció con voz temblorosa—. No debes decir eso, ni sentirte así... Tú te entregaste durante todo el tiempo, lo diste todo de ti mismo, compartiste tu talento natural entrenando al pequeño equipo de béisbol de Michael y al de fútbol de Molly... Te he visto marcharte de casa para ayudarlos nada más regresar derrengado de la tienda. Tú siempre has estado al lado de los chicos. Les has pasado el testigo, David. Lo has hecho.

—Entrenar a unos críos —masculló David—. No era eso precisamente lo que buscaba ese benefactor cuando me otorgó la beca para estudiar en Saunders. Fracasé en la tarea de rentabilizar todo mi potencial. Un potencial que esa beca me ayudó a desarrollar. Quienquiera que sea ese hombre, estoy seguro de que se arrepentirá de haber malgastado su dinero financiándome los estudios. Entrenar a unos pocos críos del North End no es pasarle el testigo de mi talento a nadie. Tuve una oportunidad con aquella beca, pero...

—Yo me quedé embarazada —lo interrumpió, esforzándose por contener las lágrimas—. Era eso lo que ibas a decir, ¿verdad? Si no hubiera sido por mí y por los niños, lo habrías podido tener todo. Soy

consciente de que piensas constantemente en eso, de que te resientes de no haber realizado tus sueños y.. Pero lo de ese benefactor no debe hacer que te sientas culpable y avergonzado, porque la culpa no fue tuya. Oh, David, lo siento tanto, de verdad...

—Sandra, querida... —le dijo Gilbert— y tú también, David, nada más lejos de mi intención provocaros este disgusto... Por supuesto, el benefactor es consciente de que no te convertiste en jugador profesional. Lo que lo preocupa es si has compartido esos talentos que el tiempo que pasaste en Saunders te ayudó a desarrollar.

—Acabo de decirle que ha entrenado a un par de equipos infantiles —replicó Sandra, furiosa—. Transmítale la información a ese maldito benefactor y que haga con ella lo que quiera. Yo podría darle alguna idea al respecto...

—Sandra, por favor —le llamó la atención David, volviendo rápidamente a la realidad—. Tranquilízate.

—Sé que estás resentido conmigo y con lo inoportuno de mi embarazo, David, pero ésa es una cruz con la que sólo yo debo cargar. Es mía. No pienso quedarme aquí sentada viendo cómo tu trabajo con los niños del North End es ninguneado de esta forma...

—Hablas como si hubiera preferido que nuestros mellizos no hubieran nacido —replicó, molesto—, y eso no es verdad.

—Lo sé. Sé lo mucho que los quieres —repuso, entristecida. Pero a ella no. A ella ya no la amaba. Quizá nunca la había amado—. Pero habría sido mucho mejor que los hubiéramos tenido más tarde, mucho más tarde. Porque entonces tú habrías podido compartir plenamente tus talentos, pasar ese maldito testigo que a tu benefactor parece preocuparlo tanto.

—Tal vez... —apuntó Gilbert— todavía quede algo que pueda hacer David... A lo mejor con niños con problemas, desfavorecidos...

—Claro, profesor, por supuesto —exclamó Sandra, sarcástica—. David puede dejar de trabajar, de comer y de dormir para dedicarse a eso por entero —entrecerró los ojos—. ¿Quién es ese benefactor?

Quiero saberlo ahora mismo porque tengo intención de decirle unas cuantas cosas. Aparece de pronto diez años después para exigir cuentas de un regalo que nadie le pidió. ¿Sabe una cosa? Todo este asunto apesta. Yo fui la única que desvió a David del camino hacia el éxito. Yo. David habría triunfado y habría rentabilizado su beca si yo no me hubiera quedado embarazada. Todo el mundo lo sabe —ahogó un sollozo—. Todo el mundo. Excepto nuestros hijos...

—Cariño, no, por favor... — David le tomó una mano, pero ella lo rechazó—. Creo que será mejor que nos vayamos, profesor Harrison.

—Sí, sí, por supuesto. Lamento de verdad las molestias que os he causado... Lo lamento de verdad.

Sandra se levantó para dirigirse hacia la salida.

—Tengo que irme, profesor —le dijo David—. Pensaré sobre su sugerencia de los niños desfavorecidos, ¿de acuerdo? Dígale al benefactor que siento sinceramente... —desvió la mirada hacia la puerta—. Oh, Sandra acaba de salir. Buenas noches, profesor Harrison.

— Buenas noches, hijo —repuso Gilbert con tono suave, y se lo quedó mirando mientras atravesaba a toda prisa el comedor—. Oh, Mary —murmuró—. No lo he hecho nada, pero que nada bien... Ojalá estuvieras aquí conmigo en este momento, cariño...

Una vez fuera del restaurante, David alcanzó a Sandra. Seguía caminando a paso enérgico y se mantuvo a su lado. La miró de reojo, con las manos en los bolsillos.

—Bueno, la velada también ha tenido su lado bueno. La comida estaba fantástica. Al menos lo poco que comimos.

—No tiene gracia.

David alzó la mirada al cielo estrellado por un momento.

—No, lo que acaba de suceder no tiene ninguna gracia —murmuró, cansado—. Yo sabía que no me merecía aquella beca, pero tampoco podía renunciar a ella. Ahora aparece este misterioso benefactor para pedirme cuentas por lo que me regaló. Y yo no

puedo presentar absolutamente nada en mi favor. Nada.

Sandra se detuvo en seco y se volvió para mirarlo, con las manos en las caderas.

—No es cierto. No vuelvas a decir eso.

—Entrenar a un grupo de críos no es nada, Sandra. En todo caso, es un acto egoísta. Cualquiera de los demás vecinos pudo haber hecho lo mismo. El testigo al que se refiere ese benefactor lleva diez años enterrado.

—¿Quién será ese hombre? —exclamó Sandra.

—No lo sé —le pasó un brazo por los hombros, urgiéndola a seguir andando—. Pero por esta noche estoy más que harto de todo este asunto, te lo aseguro.

—Yo también, pero... David, piensa en ello. Rachel comerá mañana con el profesor Harrison. Ella también es una de las beneficiarias y tendrá que pasar por lo mismo que acabamos de pasar nosotros. Y están también los otros...

—Bueno, no dudo que algunos de ellos habrán hecho grandes cosas, como quería el benefactor. Hasta ahora, yo soy el único que ha fallado.

—Lo siento, pero tengo que corregirte — replicó Sandra—. Acuérdate de que me diste dos hijos por el precio de uno. Yo a eso no lo llamo fallar.

—Ya, y contribuí a la formación deportiva de aquellos críos, ¿recuerdas?

—Mira, yo tampoco tengo ganas de seguir hablando de esto por esta noche. Estoy agotada. Sólo quiero volver al hotel e intentar dormir un poco.

—¡Cómo! —exclamó David, arqueando las cejas—. ¿En nuestra luna de miel? —pero al ver que, por toda respuesta, lo fulminaba con la mirada, se apresuró a añadir—: Bueno, bueno, duerme si quieres...

Mucho después de que Sandra se hubiera acostado, David seguía sentado en el sillón, de cara a la ventana, meditabundo. «Qué noche»,

pensó frunciendo el ceño. Durante años había sido consciente de que no se había merecido aquella beca de Saunders, pero no había hecho nada al respecto. Su benefactor debía de ser un hombre con mucho poder para haber obligado a la universidad a aceptar su donativo... con la condición de que guardara el anonimato y transmitiera al mismo tiempo al beneficiario la sensación de que la beca procedía de la misma universidad.

¿Y qué había hecho el gran David Westport con aquella beca? La había desperdiciado. No se había licenciado. No se había convertido en un jugador de béisbol profesional. No había hecho nada que justificara aquel privilegio.

Desvió la mirada hacia la cama, donde yacía Sandra a la luz de la luna. Qué furiosa se había puesto en el restaurante... Se había referido a su embarazo como si él no hubiera tenido ninguna participación en el mismo. Y como si ella hubiera sido la única culpable de que sus sueños no hubieran terminado realizándose.

Desde luego, había exagerado y dicho cosas que no eran en absoluto verdad. Los dos habían engendrado a los mellizos, no ella sola. Amaba a los niños y amaba a Sandra. Y ella lo sabía. Simplemente se había dejado afectar demasiado por lo que les había dicho el profesor Harrison. Se recuperaría perfectamente tras una buena noche de sueño.

Un benefactor... Todo aquello parecía como salido de una mala película, pero era cierto. Por alguna parte había algún millonario excéntrico exigiendo cuentas de todos aquellos a los que había favorecido diez años atrás. Volvió a mirar por la ventana.

Pasar el testigo de hacer algo por la gente. También en eso había fracasado. Sandra lo negaba. Multitudes de padres en todo el país entrenaban pequeños equipos infantiles. No había sido eso lo que había tenido en mente su benefactor. Bostezando, se levantó del sillón.

Ciertamente no podía borrar el pasado, hacer retroceder el

tiempo. Y tampoco quería. Ya lo había pensando mucho y se encontraba plenamente satisfecho con la vida que llevaba.

Pero quizá, sólo quizá, podría hacer algo con el futuro. Justificar, al menos en parte, el hecho de haber sido beneficiado con aquel hermoso regalo diez años atrás. Niños con problemas, desfavorecidos. La sugerencia que le había hecho el profesor Harrison. ¿Pero qué podría hacer con ellos? ¿Enseñarles a jugar al béisbol? Bastante tendrían los pobres con saber dónde comerían al día siguiente. No.

—Alto, Westport. Ya has pensado demasiado por esta noche — musitó antes de acostarse junto a Sandra.

Mientras se quedaba adormilado aspirando su aroma, pensó que necesitaba estar cerca de ella. Sandra era su ancla, su media naranja, su alma gemela. ¡Cómo la amaba! ¿Y a Molly y a Michael? Eran los mejores niños del mundo, incluso aunque a veces le fastidiaran tanto como una piedra en el zapato.

Ya se le ocurriría algo con respecto a aquel asunto del testigo. Sí, algo...

Y se quedó dormido, abrazado a la mujer que amaba.

A la mañana siguiente, ni Sandra ni David abordaron el tema de la noche anterior. No dejaban de darle vueltas, pero no parecían tener ninguna gana de exteriorizarlo. Todavía no.

Pasaron la mañana visitando las pequeñas tiendas cercanas al campus, que no habían existido diez años atrás, cuando estudiaron allí. David compró unas gorras de béisbol para los mellizos.

—Supongo que les enseñarás el consabido ritual de doblar la visera de la gorra para desgastarla y hacer que parezca vieja —le comentó Sandra, riendo.

—Por supuesto —repuso David mientras caminaban por el sendero empedrado—. Una gorra de béisbol nunca debe parecer como recién salida de la tienda. Tiene que tener carácter.

—Curioso —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. Para eso

podríamos haber ido a una de segunda mano y haberles comprado un par con verdadero carácter, de ésas que se caen a trozos.

—Sandra, Sandra...

—Precisamente estaba pensando en escribir un artículo sobre ese tema tan fascinante para el North End News.

—Hazlo. Eso le daría un toque de distinción al semanario.

—Mientras tanto, invítame a comer. Tengo hambre.

Comieron en una cafetería del campus. El menú consistió en una enorme hamburguesa con patatas, y de postre batido de chocolate.

—Oh, estoy llena —comentó Sandra poco después—. Qué glotona soy. Me la he comido toda.

—Y yo. Estaba muy buena —repuso David, palmeándose el estómago. Miró su reloj—. Voy a tener que irme al estadio, tal como le prometí al profesor Harrison.

—Oh, señor Westport —se burló—. ¿Sería tan amable de darme un autógrafo?

—Por supuesto que no —respondió, severo—. En vez de eso, prefiero darte mi cuerpo...

—Acepto.

—¿Qué piensas hacer mientras yo esté el estadio?

—Iré a buscar a Rachel al despacho donde estuvo trabajando ayer. Quiero enterarme de cómo le ha ido con su entrevista con el profesor Harrison.

—Bien. ¿Quedamos para después directamente en el hotel?

—Perfecto.

—En el jacuzzi, para ser exactos.

—Genial.

A no ser, pensó Sandra, afligida, que se olvidara completamente de la cita una vez que se viese rodeado de sus admiradores en el campo de béisbol...

Cuando Sandra se internó por el pasillo del segundo piso que llevaba al despacho del profesor Harrison, se dio cuenta de que las

luces no estaban encendidas. El efecto era el de un lóbrego y siniestro túnel, casi a oscuras. Apresuró el paso, esperando que Rachel estuviera en la oficina de enfrente, y que estuviera bien iluminada...

De repente un hombre surgió de entre las sombras.

—Oh —exclamó al tropezar con él—. Lo siento, esto está tan oscuro que no lo había visto... —se interrumpió mientras lo miraba con mayor detenimiento. No distinguía bien sus rasgos, pero aun así... —. ¿Lo conozco a usted? Su cara me resulta familiar. Estoy segura de que...

—No —gruñó el hombre, disponiéndose a pasar de largo—. Nunca la había visto antes, así que es imposible que me conozca.

Sandra se volvió para mirarlo mientras se alejaba apresurado, hacia las escaleras, casi corriendo. Qué extraño. Aquel tipo se había comportado casi como un ladrón amparándose en la penumbra, aunque allí no debía de haber nada de valor. Y estaba segura de que lo había visto antes en alguna parte...

Pero al instante desechó aquellos pensamientos para concentrarse en el asunto que tenía entre manos. Lo importante ahora era saber cómo le había ido a Rachel con el profesor Harrison.

Para alivio de Sandra, la puerta del despacho del profesor estaba cerrada y había luz en el de Rachel. Allí la vio, sentada ante su escritorio, con la barbilla apoyada en una mano, pensativa. Y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Rachel! —entró de golpe en el despacho.

—Oh, Dios mío —su amiga se levantó como un resorte de la silla—. Me acabas de dar un susto de muerte...

Se sentó en la única silla que había frente a la mesa.

—Lo que te dijo el profesor Harrison durante la comida te ha puesto así, ¿verdad? Estás fatal. Bueno, pues créeme, Rachel, a nosotros no nos fue mejor anoche. Todo este asunto me pone de los nervios... ¿Qué es lo que te ha dicho exactamente el profesor

Harrison? Supongo que te habrá contado lo del benefactor.

Rachel asintió.

—Me quedé tan impresionada cuando me informó de que la ayuda que yo había recibido puntualmente cada curso no procedía de la universidad sino de ese misterioso benefactor... Sandra, sinceramente, no tengo ganas de hablar de esto. Lo siento si con ello hiero tus sentimientos, pero necesito tiempo para asimilarlo.

—Lo entiendo, de verdad. Tampoco yo tengo muchas ganas de rebobinar todo lo que hablamos anoche —se interrumpió—. Pero sí te diré, Rachel, que estoy decidida a desvelar la identidad de ese benefactor. Ya sé que conocerla no servirá para cambiar el pasado, pero me enfurece pensar que hay alguien ahí fuera manipulándolo todo emocionalmente a su antojo... No es justo. Conceder becas, hacer regalos... para luego manifestarse a través del profesor Harrison y pedir cuentas a los elegidos, amparándose en el anonimato. Pues bien, pienso descubrirlo y exigirle que dé la cara como un hombre.

Rachel asintió lentamente.

—Sí, tienes razón. Se está escondiendo detrás del profesor Harrison, dejándole a él el trabajo sucio. Gilbert tiene tantas cosas de las que preocuparse ahora mismo que tampoco es justo para él. De acuerdo. Sí. Lo haremos. Descubriremos quién es ese benefactor y lo obligaremos a que dé la cara —se interrumpió, frunciendo el ceño—. Pero creo que tenemos un problema... ¿Cómo diablos vamos a averiguar su identidad?

Sandra se recostó en su silla y miró al techo, rascándose la barbilla.

—Quizá... —dijo, entrecerrando los ojos— encontremos algo en alguno de los expedientes de los alumnos beneficiados. No en el mío, claro, sino en el de David. Y en el tuyo. Y en los de aquellos que han sido invitados a esta terrible reunión.

—Tal vez. Es un buen lugar por donde empezar. Y es mejor que

nada.

—¿Está el profesor en su despacho?

—No, recibió otra llamada de ese tipo tan raro, el presidente del consejo universitario, Alex Broadstreet. Le dijo que tenía que verlo inmediatamente... otra vez —Rachel suspiró—. Pero tampoco quiero hablar de eso, hasta no estar completamente segura de lo que está pasando... Quizá no sea nada, pero... No importa. Estoy fatal. Apenas he podido probar bocado de lo alterada que estaba.

Sandra sonrió tristemente.

—Lo mismo nos pasó a David y a mí anoche. Ese benefactor tiene la capacidad de hacerle perder el apetito a cualquiera. Pero bueno, centrémonos en el asunto. Por favor, no me digas que los expedientes de los antiguos alumnos se encuentran guardados en el sótano. Probablemente esté lleno de bichos y telarañas. Ya lo he pasado bastante mal caminando por ese pasillo medio a oscuras... Por cierto, ¿viste al hombre que lo acaba de cruzar hace un momento? Parecía que se estaba escabullendo de algo...

—¿Escabulléndose, dices? —Rachel se echó a reír, a pesar de la tristeza que la embargaba—. ¡Sólo faltaba eso!

—Pues lo parecía. ¿No lo viste entonces?

—No —respondió, sacudiendo la cabeza—. Estaba sentada aquí, compadeciéndome de mí misma. Creo que si el edificio se me hubiera caído encima, no me habría dado ni cuenta.

—Su rostro me pareció familiar, pero... Bueno, es igual... No importa. Debo de estar tan nerviosa que hasta veo visiones, supongo. Volvamos a lo de los expedientes.

—Bueno, pues podemos empezar por los archivadores del profesor. Los tiene todos aquí —señaló las paredes del despacho—. Hay tantos que Dios sabe de qué época serán esos expedientes. Pero dado que Gilbert es tan poco amigo de los cambios, me imagino que los guardará todos. Apuesto a que conserva los originales incluso después de haber pasado los datos a ordenador.

—Tienes razón, empezaremos con ellos — sonrió Sandra—. Cualquier cosa con tal de posponer el momento en que tengamos que bajar a ese sótano lleno de bichos y telarañas.

—Oh, Sandra, ojalá ese benefactor no existiera... Todo esto lo cambia todo, lo estropea todo y... —soltó un tembloroso suspiro.

—Lo sé —repuso con tono suave—. David se siente como si nunca hubiera... No me hagas hablar si no quieres que se me salten las lágrimas. Pongámonos manos a la obra. Cueste lo que cueste, Rachel, vamos a averiguar quién es ese misterioso benefactor. Hasta que ya no pueda seguir escondiéndose detrás del profesor Harrison.

En el estadio de béisbol, David firmó todos los autógrafos que le pidieron. Pero en esa ocasión sin ningún entusiasmo, porque ya no se sentía acreedor de tanta admiración.

—Lo más importante a tener en cuenta — sentenció, dirigiéndose al grupo que se había reunido en torno a él— es que vuestra educación es lo primero. Primero aprobar con nota y no arriesgarse a suspender la graduación. Soy consciente de lo importante que es el béisbol para vosotros, pero la prioridad es ésta.

Los jóvenes asintieron, embebiéndose de sus palabras. A continuación el entrenador comenzó con las prácticas de bateo.

—Te agradezco que te hayas pasado por aquí —le dijo a David—. Te doy la razón en lo que les has dicho. No tienen que olvidarlo en ningún momento. Mi trabajo depende del éxito deportivo de esos chicos, pero reconozco que la graduación es lo primero.

—Hablo por experiencia. Yo no me gradué en Saunders, y en consecuencia no me cualifiqué lo suficiente para darles a mis hijos una vida mejor, con mayores comodidades. Tenemos lo básico, pero todos aspiramos a más, conseguir lo mejor para nuestra familia. Y sin un título universitario, eso es muy difícil.

—Cierto, David, pero hay más cosas. No todo acaba en un título.

—¿Qué quieres decir?

—Esos chicos pertenecen a familias lo suficientemente

adineradas como para que no tengan que pasarse los veranos trabajando para costearse los estudios. ¿Pero y los chicos de los suburbios que ven su vida limitada a un mísero barrio, a la esquina de una calle, a un mezquino callejón, sin ninguna esperanza de mejorar? El deporte puede ayudarlos a adquirir algo muy valioso: la autoestima. Puede ayudarlos a que tomen conciencia de que hay todo un mundo más allá del que ya conocen. Esos chicos de la calle son los que a mí me gustaría entrenar —suspiró—. Pero estoy soñando.

—Los Chicos de la Calle —pronunció lentamente David—. Ese nombre quedaría perfecto en una camiseta de béisbol, ¿no te parece?

—Sí —repuso el entrenador, riendo—. Desde luego que quedaría bien. Esos chicos lucirían esa camiseta bien orgullosos, sin avergonzarse de lo que son. Y batearían con tantas ganas o más que estos jóvenes de aquí. Oh, bueno, quizá algún día... Discúlpame, tengo que ocuparme de ellos. Gracias otra vez por venir.

Y tras estrecharle la mano, David atravesó lentamente el estadio, perdido en sus reflexiones.

Capítulo 7

AQUELLA noche, Sandra y David cenaron en una pequeña cafetería cercana al hotel. El menú era muy poco variado, pero los precios más acordes con su presupuesto.

—Lo que está claro... —estaba diciendo Sandra— es que el profesor Harrison siempre ha preferido conservar los expedientes de sus alumnos lo más cerca posible, en vez de bajarlos al sótano. Y para eso se ha dedicado a aprovechar todo el espacio disponible en su despacho.

—Curioso sistema de archivado —comentó David, sonriendo.

—Es una pesadilla —añadió Sandra mientras picaba una patata frita—. Por eso, cuando Rachel y yo descubrimos tu expediente... por poco se nos escapó un grito de alegría.

—¿Encontrasteis en él alguna pista sobre el benefactor?

—En principio no —contestó, abatida—. Pero quizá exista alguna clave o información que pueda ser interpretada de una manera diferente, que esté codificada o que... No lo sé. Hasta que no encontremos algún otro expediente de los invitados a la reunión, no tendremos nada para compararlo.

—Supongo que... bueno, que ese expediente contendrá algún documento que hable de mi fracaso...

—Hay uno que deja constancia de tu abandono. El profesor Harrison lo firmó como tutor tuyo.

—Mmmm... Supongo que podré prescindir perfectamente de ver ese papel. El profesor Harrison no se habrá dado cuenta de que Rachel y tú estáis intentando averiguar la identidad del benefactor, ¿verdad?

—No, estuvo fuera durante toda la tarde. Vamos a seguir buscando, y si nos sorprende, lógicamente descubrirá nuestras intenciones. Si está de buen humor y dispuesto a razonar, no creo que nos culpe por querer averiguar la identidad de ese hombre.

—Yo no estoy tan seguro, cariño —David se encogió de hombros—. Se mostró muy categórico a la hora de mantenerla en el más absoluto secreto.

—Bueno, pues peor para él —replicó Sandra, alzando la barbilla—. Rachel y yo estamos decididas a descubrirlo.

—Pues adelante —la animó, riendo.

—He pensado que tú y yo podríamos hacer algo juntos mañana por la mañana, y luego yo me vería con Rachel por la tarde. ¿Te parece bien?

—Claro. Estás en plan reportera y no hay quien te detenga. Ya me las arreglaré. ¿Qué quieres que hagamos por la mañana?

—Elige tú. Después de todo, te voy a dejar solo por la tarde.

—Bueno, querida —murmuró, rascándose la barbilla—, de repente me han entrado ganas de visitar un museo contigo.

— Oh, no me lo creo —replicó Sandra, riendo—. Sé que lo haces por mí y es un detalle que te honra. Pero mejor elige algo que te guste a ti.

—Bien, para serte sincero, me apetecería pasear por los suburbios del centro de Boston. Ya sabes, los barrios degradados, con los chicos perdiendo el tiempo por las esquinas...

—¿Para qué?

—He estado pensando en algunas cosas. Ya te lo explicaré. O si no... Es igual. Ya me daré un paseo por allí a la tarde, cuando esté solo. Así me entretendré un poco.

—No, no, yo te acompañaré por la mañana. Y no te preocupes. No te someteré a tormento para preguntarte por lo que te está pasando por la cabeza...

—Vaya, gracias.

—De nada. ¿Sabes? Me apetece un helado. Salgamos a buscarlo. Quiero un cucurucho de tres bolas.

—Tanto helado me dará frío...

—¿Con este tiempo? —inquirió David, arqueando las cejas.

—Pues sí. Pero no importa. Porque después entraré en calor con un buen baño en el jacuzzi.

Nada más oír eso, David se levantó de la silla.

—Entonces vámonos ya. Y vete pensando en los sabores de las cuatro bolas del helado que te vas a comer.

—¿Cuatro?

—Oh, sí —rió—. Cuanto más tiempo necesites quedarte en esa bañera, mejor para los dos.

—Qué malvado —replicó Sandra, levantándose.

—Genial más bien.

Poco después localizaban una heladería. Sandra prefirió comerse las tres bolas en un cuenco, y David optó por un cucurucho. Pasearon por la avenida, contemplando en silencio los escaparates.

—David —dijo ella al cabo de un rato—, sé que no querías decirme cuántos días íbamos a pasar aquí para darme una sorpresa, pero necesito poner a Rachel al tanto de nuestros planes.

—De acuerdo. Nuestra última noche será la del jueves. Estamos a martes, así que me temo que no dispones de mucho tiempo para resolver el misterio del benefactor.

—He estado pensando en eso. Los mellizos empezarán las jornadas de lectura en el centro cultural el próximo lunes, durante dos semanas. ¿Y si me vengo aquí a trabajar con Rachel unas pocas horas cada día?

—Terminarás agotándote, Sandra —observó David, frunciendo el ceño—. Venir hasta aquí diariamente será demasiado.

—Eso no me importa. Me preocupa más el dinero que nos gastaremos en gasolina.

—Podremos asumirlo, supongo. Pero sinceramente no me gusta

que hagas ese viaje todos los días, especialmente en una antigüalla de camioneta como la nuestra.

—¿Quieres saber quién es el benefactor?

—Sí, sí que quiero saberlo... —respondió David—. Pero si te digo la verdad, me interesa más saber si hay una explicación razonable por la que el benefactor hizo lo que hizo. El problema es que la única manera de averiguarlo es preguntárselo a él, y para eso hay que descubrirlo. El profesor Harrison se muestra muy reacio a desvelar su identidad y...

—Por esa razón vendré aquí en la camioneta cada día y trabajaré codo a codo con Rachel en esos expedientes.

—Bueno, pero en el momento en que empieces a cansarte interrumpirás la tarea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Oh, diablos!

—¿Qué te pasa?

— Se me acaba de caer una bola de helado justo en el zapato. Maldita sea...

Sandra se echó a reír y continuaron paseando. Se lo estaba pasando maravillosamente bien. Se sentía tan joven, tan llena de vida, que se negaba a permitir que las penas o las preocupaciones la amargaran. David y ella estaban disfrutando realmente de su luna de miel.

Sólo que... sólo que no podía evitar preguntarse por qué David se había empeñado en realizar aquella incursión en los barrios bajos. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza?

David terminó su helado justo cuando Sandra había decidido que ya no podía más con el suyo, de modo que acabó dando buena cuenta también de su cuenco.

—Lo peor de todo es que no engordarás ni diez gramos —le reprochó ella, tomándolo del brazo—. Yo nunca llegué a perder los dos kilos y pico que engordé con los mellizos. No los tenía hace diez

años y me temo que se han establecido definitivamente... en mis muslos.

—¿De veras? —la besó en el pelo—. Pues que sepas que no me importa. Me gustas tal corno eres. Con tus cartucheras y todo.

—Si eso ha sido un cumplido... —replicó Sandra, riendo— te ha salido fatal.

David soltó un suspiro.

—Esos helados que nos hemos comido me han vuelto a recordar el día que nos mojaron los aspersores. Nuestros cucuruchos también perecieron bajo la ducha. Ha pasado tanto tiempo... Éramos tan jóvenes e ingenuos. Esperábamos sencillamente que la vida se desarrollara conforme a nuestros planes. Sin miedos ni preocupaciones.

—Supongo que es lo normal a esa edad — comentó Sandra.

—Pero ahora sabemos lo rápidamente que pueden cambiar las cosas —continuó David—. Salimos a disfrutar de una cena con el profesor Harrison y.. ¡bang! Se monta el lío. Se acabó la tranquilidad.

—No me recuerdes al maldito benefactor —murmuró ella, sacudiendo la cabeza—. Ese hombre es un auténtico chantajista... Oh, me pongo tan furiosa cuando pienso en él... Pero no voy hacerlo. No pienso estropear una tarde tan fantástica.

—Sandra, yo... Espero que lo entiendas, pero...

—¿Qué pasa, David? —le preguntó, súbitamente estremecida.

—Tengo que hacerlo. Tengo que... pasar el testigo, compensar a alguien de alguna forma por el regalo que recibí. Y no me salgas otra vez con que entrené los equipos de los niños. No hice nada y malgasté mi beca, pero todavía no es demasiado tarde para hacer algo.

—Pero David... ¿de dónde vas a sacar el tiempo necesario para hacer lo que sea que estás pensando?

—No lo sé. Ni tampoco sé exactamente lo que voy a hacer. En este momento no sé casi nada.

—Bueno, una cosa sí que sabes, o deberías saber —le dijo ella, sonriendo—. Que no estás solo. Que yo haré lo que sea para ayudarte a encontrar la paz que estás buscando —de repente frunció el ceño—. Pero no te cierres a mí, David. Por favor. Los dos formamos un equipo. Los dos... ¿me estás escuchando?

—¿Qué? Oh, perdona estaba distraído. ¿Qué estabas diciendo?

—No importa —murmuró con un nudo en el estómago—. Supongo que... no era importante.

—Ya estamos en el hotel. ¿Preparada para disfrutar de ese jacuzzi, señora Westport?

—Desde luego, señor Westport —forzó una sonrisa—. Adelante.

A la mañana siguiente se internaron en los barrios bajos del centro. El Lexus atraía como un imán las miradas de los adolescentes ociosos, que se apoyaban con indolencia en las farolas de la calle.

—Desde luego no pienso aparcarlo —le comentó David—. Es demasiado arriesgado. ¿Has visto a esos chicos? No tienen absolutamente nada que hacer. Es triste, pero así es.

—Hay incluso chicas. Y muchas de ellas con niños en brazos, seguramente sus hijos. Bueno, yo no debería hablar, ya que me quedé embarazada muy joven, pero...

—Y pensar que me he reprochado tantas veces el no poder pagarles a nuestros hijos todos los lujos y comodidades que me habría gustado darles... La verdad es que están perfectamente. Y son felices.

—Sí —convino Sandra—. Y nosotros también lo somos. No nos falta de nada, David — excepto el contento y la satisfacción de su marido con su vida, con su mujer, con su propia existencia—. ¿Verdad?

—¿Mmmm? Desde luego —se detuvo ante un semáforo en rojo—. ¿Te has fijado en el tamaño de ese chico de ahí? Fíjate en las manazas que tiene. Apuesto a que es capaz de abarcar una pelota de béisbol con una mano. Si se le ofreciera la oportunidad de jugar... ¿se lo

pensaría? ¿Aceptaría intentarlo?

—David, el semáforo ha cambiado a verde.

—Oh, es cierto —pisó el acelerador.

Sandra hizo un comentario sobre la vestimenta de una de las chicas y miró a David. No le contestó. Estaba como ido. Conocía aquella mirada. Se había olvidado de que estaba a su lado, con él. Se había olvidado de ella.

Era como si hubiera levantado a su alrededor un muro que nadie pudiera penetrar. Sólo podía esperar a que volviera. Y su mayor temor era precisamente que, uno de esos días, escogiera quedarse detrás de aquel muro y no volver nunca más.

Una vez satisfecho con su recorrido por los barrios del centro, David enfiló en silencio hacia la universidad de Saunders. Sólo abrió la boca para preguntarle si le apetecía comer algo antes de su cita con Rachel.

—No, gracias. He desayunado muy fuerte. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—No lo sé —se encogió de hombros—. No te preocupes por mí. Me las arreglaré bien solo.

«Ya lo sé», pensó, entristecida. Pero el simple pensamiento de imaginarse su vida sin él le desgarraba el corazón.

Una vez en el campus, David dejó a Sandra después de que ésta le asegurara que no tendría ningún problema en volver caminando hasta el hotel. Un paseo le sentaría bien.

—Buena suerte con los expedientes.

—Creo que la necesitaremos. Hasta luego.

Perdida en sus tristes reflexiones, se lo quedó mirando hasta que desapareció en medio del tráfico. Con un suspiro, dio media vuelta y empezó a caminar lentamente hacia el edificio que albergaba el despacho del profesor Harrison.

A medio camino se detuvo para mirar a una pareja de estudiantes que se hallaban sentados en el césped, a lo lejos, riendo y charlando

mientras saboreaban unos cucuruchos de helado. La imagen la hizo llorar.

Era demasiado. Todo se estaba desmoronando a su alrededor y no podía hacer nada para evitarlo. Allí estaba aquella pareja, igual que David y ella el día en que los empaparon los aspersores. Habían sido tan jóvenes y tan felices, tan despreocupados por lo que pudiera depararles el futuro...

Se sorbió la nariz y buscó un pañuelo en su bolso mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—No tengo pañuelo, claro —sollozó—. Eso habría sido esperar demasiado. Ponerse a llorar y encontrar un pañuelo. Dios mío, debo de estar hecha un desastre y...

De repente un immaculado pañuelo blanco apareció ante su rostro, sostenido por una mano masculina.

—Utilice éste —pronunció una voz profunda—. Tómelo.

—Yo... gracias —aceptó. Se enjugó las lágrimas y levantó la mirada hacia él. Abrió mucho los ojos al reconocerlo—. Es usted, ¿verdad? El hombre que vi ayer en el pasillo medio a oscuras. Lo conozco de algo, estoy segura, pero...

—Tengo que irme. Guárdese el pañuelo; no todos los días me tropiezo con una dama en apuros. Pero apuesto a que su situación no es objetivamente tan mala como pueda parecerle en este momento — y se alejó.

—Espere. ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? Estoy segura de que nos hemos visto antes y...

El hombre apresuró el paso, evidentemente reacio a seguir hablando con ella.

—Es igual —musitó Sandra, resignada, y terminó de enjugarse las lágrimas. Se disponía a guardarse el pañuelo en el bolso cuando descubrió que tenía unas iniciales bordadas: A.W. Le juro que lo conozco de algo, señor W. Pese a que usted sostenga lo contrario.

Una vez repuesta del todo, entró por fin en el edificio.

—¡ Sandra, espera!

Se detuvo en las escaleras. Rachel se dirigía apresurada hacia ella, con dos vasos de cartón en las manos.

—Se me ocurrió bajar a buscar unos refrescos —le explicó—. Espero que te guste la... Has estado llorando. Dios mío, ¿qué ha pasado?

—No me hagas el menor caso —hizo un gesto de indiferencia mientras continuaba subiendo—. Estoy al borde del colapso. O a lo mejor se trata de una crisis de nervios, no lo sé. El caso es que estoy a punto para que me ingresen en un psiquiátrico.

Entraron en el despacho. Rachel dejó las bebidas sobre el escritorio y la invitó a sentarse.

—Venga, cuéntamelo todo. Para eso están las amigas, Sandra. Soy toda oídos —la miró preocupada mientras se derrumbaba en la silla, abatida—. Vamos —insistió—. Te sentirás mejor una vez que lo hayas soltado.

Justo en aquel instante Gilbert Harrison salía del despacho contiguo al de Rachel, el que servía para albergar la fotocopiadora. Y se detuvo en seco al escuchar la voz llorosa de Sandra Westport.

—David ya no me quiere, Rachel. Tal vez nunca me quiso... no lo sé. Sé que quiere con locura a los mellizos, pero... bueno, está claro que si no hubiera sido por mí, él habría podido realizar sus sueños y... ¿Es que no te das cuenta? Ese benefactor lo ha estropeado todo. David está consumido por la culpa porque malgastó la beca, y ahora está decidido a pasar ese maldito testigo que le mencionó el profesor Harrison.

—Bueno, pero eso está bien, ¿no? —repuso Rachel con tono suave—. Eso significaría que David podría saldar cuentas con ese benefactor y reconciliarse consigo mismo.

—No lo comprendes —estaba llorando de nuevo—. A David no le queda tiempo que dedicar a esa labor, sea cual sea, con la que quiere compensar al benefactor. Y ese tiempo... Estoy segura. Estoy segura

de que me va a dejar —se cubrió la cara con las manos.

Con la respiración contenida, Gilbert continuaba escuchando la conversación entre Rachel y Sandra.

—Sandra, cariño, escúchame. No puedo creer ni por un momento que David no te quiera. Vosotros dos tenéis algo especial. Puedo verlo, sentirlo, cuando estáis juntos —le apartó delicadamente las manos de la cara—. El te ama, Sandra.

—No —sacudió la cabeza—. Ya no me dice que me quiere. No puedo recordar la última vez que me declaró su amor, Rachel. Supongo que a estas alturas estará cansado de la mentira. Oh, se porta muy bien conmigo, nos llevamos fenomenal, pero... Lo quiero tanto, Rachel. Y ahora, con nuestra llegada a Saunders, las cosas se han complicado. Todo este asunto del benefactor ha sido como la gota que colmó el vaso, y sé que terminará separándonos. David ya no puede seguir huyendo de la verdad por más tiempo. Se obsesionará con la idea de pasarle a alguien el testigo y tendrá que abandonarme a mí para conseguirlo.

—No —musitó Gilbert con voz inaudible, desde el pasillo—. Dios mío, no.

—Sandra, escúchame —le ordenó Rachel con tono firme—. Por favor. ¿Querrás escucharme?

Sandra se sacó del bolso el pañuelo que le había dado el desconocido, se enjugó nuevamente las lágrimas y asintió con la cabeza.

—Yo también me quedé consternada por lo que me dijo el profesor Harrison. Y... y me pasé la noche entera llorando porque... Es una sorpresa demoledora descubrir de pronto que una persona ha influido tanto en tu vida sin que tuvieras la menor idea. David debería estar ahora mismo hablándote contigo, contándote lo que está sintiendo, pero lo único que te habrá dicho hasta el momento, supongo yo... es que piensa efectuar a toda costa esa contraprestación por el favor recibido, ¿verdad?

Sandra volvió a asentir.

—La mayoría de los hombres son incapaces de expresar sus emociones, de comunicarse como saben hacerlo las mujeres. Está reaccionando a lo que le dijo el profesor Harrison... y mucho me temo que tú lo estás interpretando mal. Estoy convencida. David te quiere. Dale un poco de tiempo, de distancia, sé paciente mientras atraviesa esa situación. No te abandonará, cariño. Tú eres su esposa, su alma gemela, la madre de sus hijos. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Lo dudo —objetó Sandra, sonándose la nariz con el pañuelo—. Oh, dejemos esto, porque voy a seguir llorando a mares y tampoco vamos a resolver nada. Gracias, Rachel, por ser tan buena amiga.

—Pero...

—No, basta ya —se interrumpió—. ¿Ves este pañuelo? El hombre con el que me tropecé ayer en el pasillo a oscuras me lo regaló hace un rato, cuando me vio llorar. Se me saltaron las lágrimas porque vi a una pareja de estudiantes comiéndose un helado y... —procuró reponerse—. Conozco a ese hombre, Rachel, pero no sé de qué. Él insiste en que no me conoce a mí, pero me resulta tan familiar... ¿Por qué no me habrá dicho su nombre? Mira. Sus iniciales están bordadas en el pañuelo. ¿Ves? Tiene una «W».

—Una gran pista —comentó Rachel, irónica—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Chasquear los dedos y acordarme inmediatamente de un nombre? Veo esa «W» y pienso en Westport. En David. David, que en este momento se lo está guardando todo en vez de hablarlo tranquilamente con su esposa, con la mujer que ama.

—No empieces otra vez —le pidió Sandra con voz débil—. No tengo fuerzas para seguir llorando. Debo de estar deshidratada.

—Pues bebe un poco de refresco —sonrió su amiga—. Así luego podrás seguir llorando, si te apetece.

—No, gracias —forzó una sonrisa—. Me duele la cabeza de tanto llorar. Y llorando no voy a conseguir nada. Basta ya. Pongámonos a trabajar de una vez —de repente se le ocurrió algo—. Por cierto,

Rachel, ¿qué vas a decirle al profesor Harrison si te pregunta por qué estamos revisando esos expedientes? Seguro que terminará enterándose de lo que estamos haciendo. Al fin y al cabo, su despacho está justo enfrente de éste. Yo podría decirle que me estoy documentando para un artículo que pienso publicar en el North End News...

—No, le contaremos la verdad. Le diremos que respetamos su deseo de no revelarnos la identidad del benefactor, pero que queremos averiguarlo porque no nos parece justo que ese hombre se esté ocultando detrás de él.

—¿Estás segura?

—Sí. Si el profesor Harrison nos descubre, le diremos eso mismo. Anda, bébete ese refresco y pongámonos a trabajar.

—De acuerdo. Oh, antes de que se me olvide, Rachel, al final conseguí que David me dijera cuánto tiempo nos quedaremos aquí. Nos marcharemos el viernes por la mañana. Pero mi plan es venirme a Saunders unas cuantas horas al día para seguir ayudándote. Los mellizos estarán en unas jornadas de lectura del barrio y David se ha mostrado conforme, siempre que no me canse demasiado.

—Se nota que está preocupado por tu salud —Rachel arqueó las cejas—. Dios mío, ¿no te suena eso a que te ama?

—No empieces de nuevo —Sandra la fulminó con la mirada.

Gilbert escogió aquel momento para aparecer. Aclarándose varias veces la garganta, se acercó al umbral del despacho de Rachel. Y gimió para sus adentros al ver las falsas sonrisas que le regalaron las dos mujeres.

—Oh, buenas tardes —las saludó, amable—. ¿Cómo estáis? Sandra, tienes los ojos llorosos... ¿te encuentras bien?

—Es alergia. Han estado cortando el césped y el polvo suele inflamarme los ojos.

—Ya. ¿Dónde está David?

—Ha... ha ido a un museo —al instante se dio cuenta de que era lo

más estúpido que podía haber dicho—. Bueno, no es exactamente un museo, sino una tienda que vende viejas tarjetas de béisbol. Son tan antiguas que casi parece un museo.

—Ah —asintió Gilbert, y se volvió hacia Rachel—: ¿Has podido localizar por fin a Jacob Weber?

—¿A quién? Oh, no. Todavía no. No ha respondido a ninguno de los faxes que le he mandado. Quizá debería volverlos a mandar.

—Sería una buena idea. Bueno, os dejo. Tengo trabajo que hacer.

—Y nosotras —comentó Sandra de manera automática—. Bueno, quiero decir que nos estamos poniendo al día después de tantos años de no vernos. Rachel y yo charlamos como cotorras.

—Me voy entonces. Solamente quería decir que... bueno, si la noticia del benefactor os ha podido afectar o alterar en algo... que entiendo que así ha sido... lo siento mucho. Os pido disculpas.

—La culpa no es suya —repuso Sandra—. El mensajero de las malas noticias no tiene culpa de nada.

—Gracias.

—Profesor Harrison —dijo Rachel—, ese funcionario de la universidad, Alex Broadstreet... lo ha vuelto a molestar hoy, ¿verdad?

—Hasta ahora no —respondió Gilbert, suspirando.

—No me gusta ese hombre.

—Bueno, es un directivo moderno, de los nuevos. Quiere que todo se haga como establece el manual, sin excepciones. Me temo que yo debo de resultarle algo anticuado. Bueno, seguid hablando. Y tú, Rachel, vuelve e mandar esos faxes en cuanto puedas, por favor.

—Lo haré ahora mismo.

—Gracias, querida.

Gilbert sonrió, dio media vuelta y se metió en su despacho, cerrando la puerta a su espalda. Nada más dejar las fotocopias sobre el escritorio, se quedó contemplando con expresión ceñuda la pared del fondo. La que contenía la caja fuerte.

Capítulo 8

—¿DE VERAS hiciste eso? —inquirió Sandra, soltando una carcajada.

David estaba sentado en la cama, apoyada la espalda en el cabecero, con las manos detrás de la cabeza.

—Descubrí esa maravillosa tienda, una verdadera joya. Minúscula, por cierto. Tenía una fantástica colección de tarjetas antiguas de béisbol. Era como... como... un museo.

—Oh, Dios mío —exclamó ella, riendo de nuevo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No importa. Es igual... —hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué tal te fue a ti? ¿Descubristeis algo sobre el benefactor?

Sandra se descalzó para sentarse también en la cama.

—No —respondió, suspirando—. Nos llevamos una alegría cuando encontramos el expediente de Jacob Weber. Comparamos sus documentos con los del tuyo. Nada. Ninguna pista.

—Quizá solamente necesitéis encontrar un único expediente.

—¿Uno solo?

—Supón que el profesor tomó constancia de todas las ayudas presentadas por el benefactor y guardó los datos en un expediente.

—Oh. No se nos había ocurrido. Es una posibilidad. Pero si existiera ese expediente, es muy posible que el profesor Harrison lo conservara en su casa, donde nadie pudiese verlo. Si ése es el caso, vamos listos.

—¿Quién sabe? No tienes esa seguridad. Lo único que tenéis que hacer es terminar de registrar los archivadores del despacho de Rachel, y si no encontráis nada allí...

—Oh, Dios mío, tendremos que bajar a ese sótano lleno de bichos y telarañas...

—Ni los bichos ni las telarañas te van a comer. De todas formas, si ni así descubrís la identidad del benefactor, al menos no podréis

reprocharos el no haberlo intentado. Por supuesto, no tenéis manera alguna de saber que todos los datos están en un solo expediente: es una simple suposición. Me temo que os habéis embarcado en una tarea demasiado complicada.

—Pero necesaria, David.

—Eh, eso no te lo estoy discutiendo. Yo también quiero conocer la identidad del benefactor. Supongo que debería haberos estado ayudando esta tarde, en vez de babear delante de antiguas tarjetas de béisbol.

—No, si apenas hay espacio en el despacho para que quepamos las dos. Tú no habrías cabido, te lo aseguro.

—Gracias, acabas de tranquilizar a mi conciencia —David soltó un bostezo—. ¿Sabes? Creo que podría llegar a acostumbrarme a estas vacaciones. Regresar a la habitación, dormitar un poco, ver un partido de béisbol por un canal de pago que no tenemos... Sí, la buena vida. No me movería de esta cama el resto de la noche si no fuera porque se me está abriendo el apetito...

—Pues yo no pienso moverme si pretendes que volvamos al sitio de esta mañana —repuso Sandra, acurrucándose contra él. Quería abrazarlo con fuerza, no separarse jamás. Para que no la abandonara algún día.

Riendo entre dientes, David le pasó un brazo por los hombros.

—No lo pretendo en absoluto. Hoy toca comer un poco mejor —se interrumpió—. Maldita sea. ¿Sabes? No consigo quitarme a ese benefactor de la cabeza ni cinco minutos. Detesto la idea de que... no importa. Quizá deberíamos llamar a Rachel por si le apetece cenar con nosotros.

—Me dijo que pensaba pedir algo para comer y ver luego alguna película extranjera con subtítulos en inglés.

—Yo he estado echando un vistazo al menú del servicio de habitaciones, con la idea de que nos subieran algo, pero los precios son tan altos... —suspiró—. Estoy cansado de tener que mirar tanto el

dinero, de calcular hasta los céntimos. Y sin embargo, cuando pienso en aquellos chiquillos que hemos visto esta mañana... me obligo a mí mismo a callarme. A no quejarme —de repente se acordó de algo—. Ah, también quería preguntaros si Rachel y tú habéis descubierto quién más está invitado a esta fantástica reunión.

—No. Y tampoco tenía ningún sentido que se lo preguntáramos al profesor Harrison, porque no nos lo habría dicho.

—¿Localizó Rachel a Jacob Weber?

—Todavía no. David...

—¿Qué?

—¿Te acuerdas del apellido de algún antiguo compañero que empezara por «W»? ¿Se te ocurre algún nombre?

—Claro.

—¿Quién?

—Yo.

—Oh, por el amor de Dios —sonrió—. No me estás ayudando en nada.

—Es que no sé por qué me lo preguntas.

—No importa —se puso a jugar con un botón de su camisa, distraída—. Seguro que será una tontería. Me habré equivocado. Por supuesto, ese hombre insiste en que no me conoce, pero aun así... No dejo de pensar en él y...

—¿Sandra?

—¿Mmm?

—¿Piensas terminar de desabrocharme ese botón o simplemente me lo vas a arrancar?

—Oh. Bueno, eso depende de lo hambriento que estés para cenar..

—Definitivamente la cena puede esperar.

Y la cena consistió en una pizza... que consumieron varias horas después. A las diez de aquella noche.

Al día siguiente por la tarde, Sandra se derrumbó en la silla del

despacho de Rachel, suspirando.

«Nada», pensó abatida, y miró su reloj. Se le acababa el tiempo. Sólo disponía de unos cuantos minutos antes de volver al hotel, donde la esperaba David. Rachel y ella no estaban más cerca de descubrir la identidad del benefactor que cuando empezaron su búsqueda. Sí, volvería la semana que viene, pero a esas alturas...

—Cielos —exclamó, levantándose—. Esto es más que frustrante.

Volvió a mirar su reloj, esperando a que Rachel regresara de la oficina postal, donde la había mandado el profesor Harrison, para poder despedirse de ella. Apareció de repente. Y muy emocionada.

—¡Adivina a quién acabo de ver! —exclamó sin aliento—. ¡A Kathryn Price!

—¿De veras? ¿Has hablado con ella?

—No, iba en dirección opuesta y estaba algo lejos. Además, de pronto surgió un montón de gente y habría tenido que dar un enorme rodeo para alcanzarla.

—Qué pena —comentó Sandra—. Bueno, al menos la has visto. ¿Sigue igual de guapa que hace diez años, cuando iba camino de convertirse en una famosa modelo?

Rachel se hundió en su sillón, frunciendo el ceño.

—No, Sandra, está cambiada. Le pasa algo malo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sólo la vi de pasada, pero podría decir que... No sé, llevaba un pañuelo de seda en la cabeza y se lo apretaba bajo la barbilla, cosa extraña con este calor. Pero justo antes de perderla de vista, se levantó una brisa que agitó el pañuelo por un momento y... —sacudió la cabeza.

—¿Qué, Rachel? —inquirió, inclinándose hacia ella.

—La cara de Kathryn —frunció el ceño—. Aunque no estaba tan cerca, se veía que... estaba surcado de cicatrices. Estaba desfigurada, Sandra. Algo terrible le ha sucedido.

—Oh, Dios mío —exclamó Sandra, irguiéndose en su silla—. Es

terrible. Ya es difícil para una persona normal vivir con eso, pero Kathryn era increíblemente hermosa. No puedo imaginarme lo que debe de haber sufrido, tanto física como emocionalmente. Se necesita mucho coraje para atreverse a volver a Saunders en esas condiciones, ¿no te parece?

—Desde luego —suspiró Rachel—. La vida es una caja de sorpresas. Una persona lo tiene todo planeado, contempla ante sí su futuro tan claramente dibujado como si estuviera mirando un plano, y luego... todo cambia de golpe.

—Sí, eso es lo que le ha sucedido a David también. A veces me siento tan confundida... Quiero que mis hijos tengan esperanzas, sueños y objetivos cuando se hagan mayores, pero por otra parte me gustaría advertirles que no arriesguen sus emociones a una sola carta porque...

—No puedes protegerlos de... bueno, de la vida —le dijo Rachel—. Ninguno de nosotros tiene una bola de cristal. Nadie puede adivinar el futuro.

—Y es una suerte que no existan esas bolas de cristal, porque probablemente entonces todos abandonaríamos la partida. Renunciaríamos a seguir viviendo, renunciaríamos a tener esos sueños, esas esperanzas —se interrumpió—. Bueno, basta ya. Tengo que ir con David, Rachel, y sólo estaba esperando a que volvieras para despedirme. Regresaré la semana que viene para seguir ayudándote con los expedientes. Tengo tus números de teléfono, el del despacho y el de tu casa, en caso de que surja alguna emergencia y no pueda venir.

—De acuerdo. Nos vamos a frustrar mucho si el profesor Harrison no ha guardado los expedientes de todos aquellos que recibieron la ayuda del benefactor. Imagínate que lo tenga todo archivado en la cabeza.

—No, no me lo imagino —repuso Sandra—. El tiempo desdibuja en la memoria los detalles del historial de cada uno de los

beneficiarios, y Dios sabe cuántos más habrá. Sigo pensando que tiene que haber un registro detallado en alguna parte. Y, amiga mía, tú y yo vamos a encontrarlo y a averiguar la identidad de ese benefactor.

—Pues hasta el momento no hemos conseguido nada.

—Porque acabamos de empezar —replicó Sandra mientras se levantaba—. La victoria será nuestra... o al menos eso es lo que se dice. Tengo que darme prisa. Nos veremos la semana que viene.

Se abrazaron. Una vez a solas, Rachel se dejó caer de nuevo en el sillón. Y frunció el ceño, preocupada, cuando evocó la imagen de Kathryn Price que había creído ver hacía tan sólo unos minutos.

A la mañana siguiente, después de haber pasado la noche casi en vela, Gilbert Harrison descolgó con gesto vacilante el teléfono de su casa. Bajó la mirada al pedazo de papel donde había escrito el número y pulsó los botones. Respondieron a la segunda llamada.

—Hotel Paul Reveré. ¿En qué puedo ayudarlo? —inquirió una voz de mujer.

—Póngame por favor con la habitación de David Westport.

—Un momento.

Gilbert soltó un profundo suspiro.

—¿Señor? Lo lamento, pero los Westport han abandonado el hotel.

—¿Está segura?

—Sí, señor.

—Bueno, gracias de todas formas —y colgó el auricular.

Se pellizcó el puente de la nariz y cerró los ojos. Empezaba a dolerle la cabeza. ¿Sería una señal de que debería dar marcha atrás para ocuparse de sus propios asuntos? No sabía qué hacer. No dejaba de escuchar en su cerebro la voz llorosa de Sandra Westport mientras desnudaba su alma ante Rachel, diciéndole que su marido ya no lo amaba, que quizá nunca la había amado realmente...

Recogió su maletín y salió de casa, dispuesto a atravesar a pie el

campus, el mismo camino que había hecho durante tantos años. No creía ni por un momento que los temores de Sandra estuvieran justificados. Se había fijado en las miradas que David lanzaba a su mujer. Había sido testigo de su genuina preocupación por ella la noche en que se alteró tanto en el restaurante, después de que les explicara la existencia del benefactor.

Era evidente que David la amaba. Pero, como tantos hombres, se había olvidado de lo importante que era para una mujer escuchar aquella declaración de amor. Los hombres tendían a pensar que sus acciones hablaban por ellos mismos. Que las palabras de amor eran meros adornos que sobraban una vez pronunciadas durante la ceremonia de boda.

David ignoraba que el corazón de su mujer se estaba desgarrando en mil pedazos. Y si él lo sabía era porque se lo había oído confesárselo a su amiga Rachel.

¿Qué podía hacer él al respecto?, se preguntó mientras seguía atravesando el campus. Ya había creado un tremendo trastorno emocional a los Westport contándoles lo del benefactor, y preguntándole a David por lo que había hecho para compensar al mundo por el bien recibido. No había tenido otra elección. Había llegado el tiempo de la verdad. Y sus acciones habían sido dictadas por fuerzas que no podía controlar.

Pero sí que estaba en posición de aliviar los temores de Sandra Westport. Podía sentarse cara a cara con David y contarle la conversación de Sandra con Rachel. Aunque... ¿tenía realmente derecho a entrometerse aún más en la vida de la joven pareja? Seguía sin saber qué hacer...

Entró en el edificio que albergaba su despacho sintiéndose como si estuviera cargando con todo el peso del mundo sobre sus hombros. Un peso que lo aplastaba, que le impedía respirar. Su existencia había empezado a desmoronarse cuando perdió a su querida Mary, pensó mientras se obligaba a caminar, a seguir

avanzando. Y antes de que pudiera asimilar su pérdida, muchas otras preocupaciones habían empezado a acribillarle el alma. Se sentía terriblemente cansado. Exhausto.

Terminó de subir las escaleras, entró en su despacho y cerró la puerta. Luego se sentó ante el escritorio y escondió el rostro entre las manos... añorando las tiernas caricias y la deliciosa voz de su querida Mary.

El domingo por la mañana, Sandra y David subieron a su vieja camioneta para ir a buscar a los mellizos.

—Hola, desconocida —le dijo él nada más arrancar—. La verdad es que casi no te he visto desde que volvimos de nuestra luna de miel.

—Nuestra luna de miel —repitió, sonriendo—. Suena tan raro después de todos estos años... Pero tienes razón. Hemos estado tremendamente ocupados desde que volvimos. Tenía una colada pendiente, un artículo por escribir, llenar la nevera, etcétera, etcétera. Y tú te has pasado tus buenas horas en la tienda, pagando a la familia Capelli por su trabajo durante estos días.

—Así es.

—¡Uf! Sólo de pensar en las lavadoras que tendré que poner cuando deshaga el equipaje de los mellizos me entran escalofríos. Ni siquiera quiero pensar en lo que encontraré en los bolsillos de Michael.

David frunció el ceño.

—¿Cómo te sientes realmente respecto a todas esas tareas domésticas? Me refiero a cocinar, comprar, todas esas cosas...

—Cielos, David, no tengo ninguna queja. Estoy contenta con lo que hago en la familia.

—Ya, bueno, pero si tuviéramos más dinero, podríamos contratar una asistenta. Trabajas mucho, Sandra. Si no estuviéramos tan mal de fondos, yo...

—David, para ya —lo cortó, brusca—. Soy consciente de lo que

estoy haciendo. Estás pensando en la situación económica que ahora estaríamos disfrutando si te hubieras convertido en jugador profesional de béisbol. Pero estamos bien como estamos. Estoy empezando a pensar que ese viaje a Saunders no ha sido una luna de miel, sino más bien una pesadilla. Y también estás obsesionado con esa contraprestación que ese benefactor tuyo te ha exigido.

—No me parece que me haya pedido nada irracional —repuso mientras continuaba conduciendo.

—Y yo creo que los regalos con compromisos que tardan diez años en salir a la luz son muy poco razonables —replicó, levantando la barbilla—. No es justo que te presionen de esa manera.

—Sí que lo es.

— Cambiemos de tema antes de que nos pongamos a discutir — propuso Sandra, y se quedó pensativa—. ¿Sabes? No dejo de pensar en lo que me contó Rachel acerca de Kathryn Price. Tuvo que sufrir un trauma horrible... Imagínate lo que debió de suponer eso para una mujer tan hermosa, destinada a triunfar en el mundo de la pasarela...

— Sí, desde luego —asintió David—. La vida da muchas vueltas. Y lanza pelotas muy curvas.

Sandra se echó a reír.

—¿Pelotas curvas? Me temo que tú debes de tener diminutas pelotitas de béisbol corriéndote por las venas, en vez de sangre.

—Era una metáfora, quizá poco afortunada. Eh, estamos a punto de recoger a un par de bichos parlanchines que se han pasado una semana entera en un campamento deportivo, ¿recuerdas? Para cuando acabe de enterarme de todos los detalles, me temo que estaré harto de oír hablar de deportes.

— Y yo me temo que eso nunca llegará a suceder.

—Ya lo veremos.

Se quedaron callados durante unos minutos.

—¿David?

—¿Mmmm?

—¿Te has dado cuenta de que no estás en condiciones de efectuar esa contraprestación, ese testigo que el benefactor quiere que pases?

Silencio.

—¿David?

—No puedo renunciar a ello tan fácilmente —admitió con un suspiro—. Simplemente no puedo. Malgasté la beca que me regalaron, Sandra, al fracasar en los exámenes. Pero ahora tengo la oportunidad de redimirme pasando ese testigo, o como quieras llamarlo.

—No puedes asumir más cosas —le recordó Sandra, alzando la voz—. El día no tiene suficientes horas. El profesor Harrison tendrá que explicarle eso al benefactor. Y si ese enigmático millonario no lo entiende, pues entonces peor para él.

—Tiene que haber una manera de hacerlo —insistió David—. Necesito tiempo para pensar en todo esto, para sopesar cada posibilidad. Diablos, no lo sé. Tal vez tenga que renunciar a algo que actualmente me esté consumiendo demasiado tiempo...

«¿Como tu mujer?», pensó Sandra, girando la cabeza para mirar por la ventanilla. «¿O tu matrimonio? ¿Nosotros? Oh, por favor, David, no...». Estaba a punto de llorar. Se sorbió la nariz.

—Eh, ¿qué pasa? —le preguntó él, mirándola.

—Alergia —buscó un pañuelo en el bolso—. ¿Sabes? Tengo tantas ganas de ver a los pequeños... Los he echado mucho de menos.

—Sí, yo también. Quiero decir que... Bueno, lo de tener un descanso ha sido estupendo, pero esos críos son como una extensión de mi persona. Sin Michael y sin Molly no soy David Westport. Probablemente estoy diciendo tonterías. Es a ti, como escritora de la familia, a quien se le dan bien las palabras, no a mí.

—Te comprendo perfectamente —murmuró Sandra.

Michael y Molly completaban su personalidad. Pero ni una sola vez la había mencionado a ella. Se recostó en el asiento y cerró los

ojos, fingiendo dormir. No podía continuar hablando, porque si lo hacía, estallaría en sollozos. Y el nudo que sentía en el estómago le confirmaba que, una vez que empezara, no sería capaz de detenerse. Lloraría y lloraría hasta quedarse sin lágrimas.

Capítulo 9

—MOLLY ha estado formidable —dijo Michael, sentado en el asiento trasero de la camioneta—. Deberías haberla visto, mamá, Cada vez que tiraba con el arco, acertaba justo en el centro de la diana. Espera a que te enseñe el trofeo que le han dado.

Sandra y David intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Bueno, está muy bien oírte elogiar de ese modo a tu hermana, Michael. Enhorabuena, Molly. Qué extraño que no nos hayáis contado nada durante la comida con los abuelos... ¿Por qué habéis esperado hasta ahora?

Molly se echó a reír.

—El abuelo nos pagó cinco dólares a cada uno a cambio de no darle la lata con lo del campamento —explicó—. Dijo algo acerca de una sobrecarga mental o algo parecido...

—Oh, ya entiendo —sonrió Sandra—. Por eso contestabais a todas nuestras preguntas con monosílabos... Estaba empezando a pensar que no os lo habíais pasado nada bien.

—Para nada. Fue estupendo —exclamó Michael—. ¿Podremos volver el año que viene?

—¿Prefieres el tiro con arco que el fútbol, Molly? —le preguntó David.

—En casa juego al fútbol todo el tiempo, papá, aunque tú eres el entrenador del equipo y todas esas cosas y.. Bueno, nunca había probado antes el tiro con arco y es estupendo.

—Bueno, eso es muy interesante, Molly. ¿Y tú, pequeñajo? —se dirigió a Michael—. ¿Qué es lo que más te gustó a ti?

—Bueno, yo...

—Díselo, Michael —lo animó su hermana—. No se enfadará. Ganaste el segundo premio y todo.

—No, olvídalo —balbuceó el crío.

—Venga, suéltalo —David lo miró por el espejo retrovisor antes de volver a concentrarse en el tráfico—. ¿De qué no me voy a enfadar?

—Bueno, yo... er... yo no tenía muchas ganas de jugar al béisbol en el campamento —le confesó, mirándose las puntas de los zapatos.

—Ah. ¿Y se puede saber en qué ganaste ese segundo premio?

—¿Me prometes que no te enfadarás? Ya sé que se suponía que tenía que jugar al béisbol, pero...

—Te lo prometo.

—Dínoslo, cariño —insistió su madre, volviéndose para mirarlo.

—Gané el trofeo jugando al... ping pong.

—¿Qué? —exclamó David.

—¿Ves? Sabía que te enfadarías. El primer día de campamento estuvo lloviendo mucho y tuvimos que quedarnos dentro. Lo del ping pong me pareció al principio una tontería, pero empecé a practicarlo y.. El monitor me dijo que tenía una buena no-sé-qué ojo-mano.

—Coordinación ojo-mano —precisó Sandra.

—Sí, eso, de jugar al béisbol y demás. Me enseñó a sacar bien. Fue fantástico.

—Ping pong —murmuró David.

—Es maravilloso, Michael —procuró estimularlo Sandra al tiempo que le propinaba a su marido un codazo de aviso en las costillas—. ¿Verdad, David?

—Oh, desde luego. Es realmente... estupendo.

—No estás enfadado porque no jugué al béisbol, ¿verdad, papá? Como antes de ir al campo no dejabas de recordarme que no me olvidara del bate y del guante... El monitor dice que el hecho de que tú hayas sido un gran jugador de béisbol y que hayas entrenado a la liga infantil del barrio no significa que yo esté obligado a jugar a lo

mismo. ¿Sabes lo que quiero decir? — se interrumpió por un momento—. ¿Pero por qué estás tan callado? ¿Es que te has enfadado por lo del ping pong?

—No, Michael —respondió, sonriendo—. No estoy enfadado. Sólo un poco sorprendido al principio, nada más. Tienes todo el derecho a elegir el deporte que más te guste. Y tú también, Molly. Que yo haya jugado al béisbol no te obliga a ti a nada, Michael. Y tú también puedes olvidarte del fútbol, Molly, si eso es lo que quieres.

—Menos mal —suspiró Michael.

—Ya te decía yo que no se enfadaría —le recordó Molly—. Eh, papá, ¿sabes una cosa? En los Juegos Olímpicos tienen tiro con arco y ping pong. Es fantástico, ¿verdad?

—Tranquilos, chicos —rió David—. ¿Los Juegos Olímpicos? Un poquito de calma.

—No hay nada malo en tener sueños —le reprochó Sandra.

David no contestó. Se limitó a mirarla rápidamente y se encogió de hombros.

—El problema es... —Michael volvió a la carga— que nuestro colegio no tiene equipo de ping pong. Por no tener, no tienen ni mesa.

—Ni arco ni flechas tampoco —añadió Molly, suspirando.

—Es una pena —suspiró Michael.

—Bueno, probablemente podamos construirnos una mesa de ping pong, Michael —dijo David—. Averiguaremos las medidas y cortaremos la tabla. La pondremos sobre la mesa de la cocina. Cuando no la utilices, la guardaremos debajo de nuestra cama. Y conseguir una red no será nada difícil.

—¿De veras? ¡Fantástico!

—¿Contra quién vas a jugar? —quiso saber Sandra.

—Contra mis amigos. Y contra ti y contra papá. Todo el que quiera jugar está invitado.

—¿Y yo? ¿Qué pasa con mi arco y mis flechas, papá? —preguntó

Molly.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Me lo prometes?

—Sí, corazón. Te lo prometo.

—Si puedo practicar el tiro con arco en alguna parte, no diré ni una palabra más sobre los correctores dentales de color rosa, ¿de acuerdo?

—Es un buen trato —rió David, y miró a Sandra—. Bueno, no se puede decir que la vida sea precisamente aburrida, ¿verdad? Siempre está llena de sorpresas.

Sandra se volvió para mirar a los mellizos. Estaban parloteando entusiasmados sobre sus nuevas preferencias deportivas.

—¿Estás seguro respecto a la decisión de Michael sobre el béisbol, David? —inquirió en voz baja, para que no la oyeran sus hijos—. ¿Y con la de Molly y su tiro con arco? Has pasado mucho tiempo entrenando a su equipo de fútbol. Y en cuanto a Michael, sé que te lo has imaginado más de una vez siguiendo tus pasos...

—Un error por mi parte —reconoció—. . Simplemente supuse que Michael querría jugar al béisbol porque a mí me apasionaba. Así de arrogante fui. Tal como suena. Que elijan lo que más les guste. Ping pong, tiro con arco... lo que sea.

—Pero, cariño, si sólo tienen diez años... —repuso Sandra—. Cambian a cada momento de preferencias. ¿Te acuerdas de cuando Molly se empeñó en vestir constantemente de morado, y seis meses después odiaba ese color? Tal vez Michael vuelva a jugar al béisbol cuando empiece el colegio, tal como lo ha hecho hasta ahora.

—No, tal como yo le decía y aconsejara que hiciera —la corrigió David—. Ahora me doy cuenta de que, en ese aspecto, jamás le he dado libertad de elección. Nunca le pregunté directamente si quería jugar al béisbol o no.

—Bueno... —Sandra se quedó callada al darse cuenta de que su marido estaba en lo cierto.

—Cambios —añadió David—. La vida está llena de cambios. Elecciones. Decisiones que tomar.

— Sí —susurró, estremecida—. Así es la vida.

Cuando los Westport llegaron a casa, los mellizos se apresuraron a sacar sus trofeos y corrieron a enseñárselos a sus amigos. David se dirigió a la tienda y Sandra bajó al sótano del edificio para poner la primera colada. Su madre se había ofrecido a lavarles la ropa, pero ella no había querido causarles más molestias de las necesarias.

Cualquier observador imparcial que los hubiera estado mirando por la ventana habría pensado que todo había vuelto a su rutina habitual, después de una semana de separación. Pero no era así. En absoluto.

Un misterioso benefactor había surgido del pasado para trastornar completamente el presente. David estaba revisando toda su vida y ella temía verse arrastrada por las conclusiones a las que tendría que llegar. Como señal de los profundos cambios que se avecinaban, el tiro con arco y el ping pong habían sustituido al fútbol y al béisbol. ¿Estaría aceptando realmente David el hecho de que su hijo no quisiera jugar al béisbol? ¿O estaba secretamente decepcionado de que no siguiera los pasos de su padre y llegara algún día a realizar los sueños que él no pudo cumplir? Suspiró, repentinamente agotada.

«Cambios», había dicho David. «La vida está llena de cambios. Elecciones. Decisiones que tomar». Y Sandra tenía un miedo atroz a esas nuevas decisiones.

En la tienda, David le pidió a John Kennedy Capelli que se quedara unos minutos más antes de que él se hiciera cargo de la caja. Mientras tanto se acercó al local contiguo y echó un vistazo por la ventana.

Era dos veces más grande que la tienda. Si lo compraban, podrían ampliar el negocio de manera espectacular, ofrecer una mayor variedad de artículos. Quizá incluso poner unas cuantas mesas y

sillas para que los clientes se sentaran a degustar la pastelería italiana. Sí. Aquel local ofrecía infinitas posibilidades al Westport's Emporium.

E infinitas posibilidades también para todo tipo de cosas que no tuvieran una relación directa con la tienda, pensó, frotándose el cuello. Continuó contemplando la tienda durante un buen rato, con el cerebro trabajando a toda velocidad, rumiando pensamiento tras pensamiento.

—Eh, David —lo llamó John Capelli, asomando la cabeza por la puerta del Emporium—. ¿Vas a tardar mucho más? Esta noche tengo una cita.

—¿Qué? —inquirió, sorprendido—. Oh, perdona, John. No pretendía estar tanto tiempo aquí —se dirigió a la tienda—. Con que una cita, ¿eh? Esa chica... ¿no se llamará por casualidad Jackie Kennedy?

A la mañana siguiente, Sandra dejó a los chicos en el centro cultural y se dirigió en la camioneta a la Universidad de Saunders. El trayecto le llevó casi dos horas debido a un accidente que ocasionó una gran caravana. El calor era insoportable y, para cuando encontró un lugar donde aparcar, estaba cansada, sudorosa y de pésimo humor. Decidió que, en esas condiciones, no sería persona hasta que hubiera tomado un refresco en un lugar con aire acondicionado, así que se encaminó hacia la cafetería de la asociación de alumnos. Una vez en el vestíbulo, se detuvo en seco al ver que los trofeos de la vitrina estaban limpios y relucientes, a la vista de todos.

Se acercó lentamente, admirada. El nombre de David aparecía en letras grabadas junto al de todos aquellos que habían formado parte del equipo ganador de los campeonatos del estado.

—Qué tiempos tan maravillosos —pronunció una voz masculina, a su espalda.

Se volvió para descubrir al profesor Harrison, que también estaba contemplando los trofeos.

—Sí que lo fueron. David dio una gran publicidad a Saunders. Más de un atleta se fijaría en esta universidad a la hora de elegir una en la que matricularse. Una contraprestación más que suficiente para cualquier benefactor mínimamente sensible.

—Todavía sigues enfadada —comentó Gilbert, suspirando—. Lo siento, Sandra.

—No es culpa suya. Me disculpo por haberme puesto en el restaurante como me puse, profesor Harrison —sonrió levemente—. Me temo que cargué contra el mensajero, como suele decirse. No había nadie más con quien pudiera desahogarme —de repente entrecerró los ojos—. Pero lo habrá.

—¿Qué quieres decir?

—Rachel y yo estamos decididas a averiguar la identidad del benefactor. Por eso he venido al campus. Queremos descubrirlo y decirle a la cara lo que pensamos de ese asunto del testigo y las contraprestaciones.

—Entiendo.

—Sé que usted no puede decirnos quién es, porque le dio su palabra de que no lo haría. No será culpa suya cuando descubramos su identidad. Puede que alistemos a más gente en la tarea cuando lleguen algunos de los invitados a la reunión y se lleven la misma sorpresa que nos hemos llevado nosotros. Rachel me dijo Kathryn Price ya estaba aquí.

—Sí, lo mismo me dijo a mí —asintió Gilbert—. Aunque todavía no se ha puesto en contacto conmigo, y Rachel no ha vuelto a verla desde aquella primera ocasión.

—¿Tiene alguna idea de lo que le pasó?

El profesor Harrison frunció el ceño, apretando los labios.

—No importa —se apresuró a añadir Sandra, haciendo un gesto de indiferencia—. Usted sabe guardar los secretos mejor que la CIA, por lo que parece. Bueno, voy a tomarme un refresco antes de subir a ver a Rachel.

—¿Cómo... cómo está David?

—Preocupado. Descontento. Se siente culpable desde que se enteró de lo del benefactor —respondió con tono triste—. Está decidido a hacer algo para justificar el regalo que recibió. La beca que, según él, malgastó y no supo aprovechar. Nuestra vida ya nunca volverá a ser la misma por culpa de lo que usted nos contó. Transmítale esta pequeña información al benefactor la próxima vez que hable con él. Sus exigencias son intolerables y no hay espacio en nuestra familia ni para ellas ni para... —sacudió la cabeza, emocionada—. Será mejor que me tome ese refresco de una vez.

—Sandra... estoy seguro de que al final tanto David como tú acabaréis viendo toda esta situación con otros ojos. Formáis un equipo, un frente unido, una pareja que lleva muchos años juntos y ha superado muchos problemas. Para mí es evidente que David te quiere con locura y..

—¿De veras? —lo interrumpió—. Bueno, profesor Harrison, pues al igual que con esa beca que recibió David hace diez años, hay cosas que no son los que parecen. ¿Querrá disculparme, por favor? Rachel se debe de estar preguntando dónde me he metido.

—Sí, sí, por supuesto...

Gilbert se la quedó mirando hasta que desapareció en la cafetería. A paso lento, se encaminó hacia el edificio que albergaba su despacho. Al parecer, pensó consternado, las cosas no habían cambiado mucho desde que escuchó a escondidas la confesión que le hizo a Rachel. Sandra creía sinceramente que David no la amaba. Aquella encantadora joven se sentía tremendamente desgraciada y su marido ni siquiera era consciente de ello. Tenía que hacer algo al respecto. Y representar nuevamente el papel del mensajero de las malas noticias cuando volviera a hablar con David.

Sandra estaba acalorada, cansada y frustrada para cuando llegó a casa, con retraso respecto a la hora prevista. Una vez más la sorprendió un atasco, el calor era agobiante y, para colmo, ni Rachel

ni ella habían hecho progreso alguno en su empeño por descubrir la identidad del benefactor.

Salió del ascensor, abrió la puerta y entró en el apartamento, deteniéndose inmediatamente al percibir un delicioso aroma. Dejó el bolso sobre una silla y se dirigió apresurada a la cocina, donde lo primero que vio fue una versión casera de una mesa de ping pong. Un tablero de madera colocado sobre la mesa, con una rudimentaria red.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Ya tenemos mesa de ping pong! Es estupenda.

—Acabamos de lijarla para que no nos clavemos ninguna astilla —le explicó Michael—. Tenemos raquetas y pelotas. Estamos preparados para jugar. Fenomenal, ¿eh?

—Desde luego —sonrió Sandra, y se asomó al horno—. Por cierto, creo que esta lasaña también está preparada para que nos la comamos.

—Muy bien, chicos —dijo David—. Llevad el tablero al dormitorio mientras yo pongo la mesa. Os quiero sentados aquí dentro de un par de minutos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondieron los mellizos al unísono mientras sacaban el tablero de la cocina.

—Un poco tarde, ¿no? —se dirigió David a Sandra, frunciendo el ceño.

—Lo siento. El tráfico estaba horrible.

—Estaba muy preocupado. Podías haberme llamado para avisarme, ¿no? Y ahora discúlpame. Tengo que dar de comer a los niños.

—Eh, espera un momento —lo agarró de un brazo cuando se disponía a cruzar la habitación.

David se detuvo para mirarla, todavía ceñudo.

—He dicho que lo siento. Lamento haberte preocupado, pero... ¿no te parece que estás exagerando un poco?

David echó un rápido vistazo a la habitación para asegurarse de que los niños seguían allí.

—Ya hablaremos después.

Sandra le soltó el brazo, irritada a su vez.

—Muy bien.

Pese al sabroso aspecto de la lasaña, había perdido el apetito. Se obligó a comer la mitad del plato y se lo llevó al fregadero para que nadie se diera cuenta de que no se lo había terminado.

—Yo fregaré.

—Dejemos el postre para después, chicos —les propuso David—. Si le damos ese barniz al tablero esta noche, mañana podréis jugar vuestra primera partida de ping pong cuando salgáis del centro cultural.

—Fantástico —exclamó Michael.

—¿Sabes qué, mamá? —dijo Molly—. El espacio libre del sótano no es lo suficientemente grande para que practique con el arco.

—¿Por qué no? —le preguntó, volviéndose.

—Porque el trofeo lo gané tirando a una distancia tres veces mayor.

—Vaya, cariño. Lo siento.

—Ya, bueno... —se encogió de hombros—. De todas formas, Michael me va a enseñar a jugar al ping pong. Necesita una pareja de juego para cuando no puedan venir sus amigos, y como papá y tú siempre estáis tan ocupados, pues... No pasa nada porque no pueda practicar con el arco. En la tienda de segunda mano del barrio ni siquiera tienen arcos o flechas.

—Estás demostrando un comportamiento muy maduro para tu edad —la elogió Sandra—. Algo que suele escasear en esta casa —añadió, fulminando a su marido con la mirada.

—Muy bien —David echó su silla hacia atrás y se levantó—. Llevad vuestros platos al fregadero y a trabajar. Vamos a bajar el tablero al sótano.

Una vez a solas, Sandra soltó un profundo suspiro.

—¡Se avecina una velada divertida! — murmuró, irónica—. David se ha enfadado porque he vuelto un poco tarde. Bueno, muy tarde, pero ya le pedí disculpas... ¡Hombres!

Cuando terminó de recoger la cocina, fue a ducharse y a cambiarse de ropa. Todavía se sentía acalorada y pegajosa después del largo trayecto en coche.

Media hora después, los mellizos estaban en el salón viendo la televisión y David leyendo el periódico.

—¿Habéis terminado de barnizar la mesa? —les preguntó, vestida ya con unos pantalones cortos y una blusa sin mangas.

Michael y Molly se limitaron a asentir con la cabeza, obviamente hipnotizados por el televisor. David pasó una página del periódico sin abrir la boca.

—Embarco para Marte en una nave espacial y no regresaré hasta el siglo que viene — anunció Sandra, y se volvió para salir de la habitación.

Ni un solo comentario.

Salió a la plataforma de la escalera de incendios, se recostó en los almohadones y cerró los ojos, disfrutando de la sensación de la brisa en el rostro. Así transcurrieron varios minutos. Hasta que soltó un grito de sorpresa al sentir una mano en el muslo.

—Dios mío, David, me has dado un susto de muerte... ¿Ya no estás enfadado?

—No —se sentó junto a ella—. Pareces cansada. He estado pensando en lo que estás haciendo con Rachel. No tiene sentido que os estéis agotando en vuestro empeño de descubrir la identidad del benefactor, y sobre todo a estas alturas...

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, sorprendida.

—Quiero decir que, hoy por hoy, lo único que podríais hacer con el benefactor es recriminarle a la cara su comportamiento. Nada más.

—Lo cual es perfectamente legítimo.

—Quizá —repuso David—. ¿Pero no sería mejor que utilizaras tu energía física y mental en ayudarme a encontrar una manera de efectuar esa contraprestación, y luego tal vez descubrir su identidad?

—No, David. Eso sería aceptar que lo que él hizo está bien, pero lo que tú hiciste no.

—¿Entonces no tienes intención de ayudarme a pasar el testigo?

— Oh, cariño, yo no he dicho eso... —le tomó las manos—. No estoy de acuerdo en tu decisión, pero la respeto. Y por supuesto que te ayudaré. Pero, por favor, comprende mi posición... El benefactor necesita que alguien le diga que lo que hizo estuvo mal, muy mal. Luego, pues muy bien: infórmalo de cómo piensas pasarle el testigo a alguien, efectuar esa contraprestación, lo que sea... Pero una vez que se dé cuenta de que debió haberse comportado de otra manera hace diez años.

David asintió lentamente.

—Si quieres —añadió Sandra—, flexibilizaré un poco mi compromiso con Rachel. Le diré que no podré acercarme al campus todos los días, y que me marcharé antes para poder estar en casa a una hora razonable, ¿de acuerdo?

David la miró intensamente. Luego, acunándole el rostro con las manos, la besó en los labios.

—De acuerdo —aceptó, sonriente.

—Gracias. Y, de verdad, lamento haber vuelto tan tarde y haberte preocupado.

—Y yo lamento haberme enfadado contigo. Por cierto, ¿habéis averiguado algo hoy?

—No —suspiró Sandra—. Oh, bueno, Rachel recibió un fax de Jacob Weber justo cuando yo me marchaba. No me acuerdo desde dónde dijo que se lo mandaba. ¿Inglaterra? ¿Italia? No sé. En cualquier caso, decía que estaría en Saunders lo antes posible para la reunión, pero que no podía adelantar una fecha exacta.

—Bueno, bueno... —David sacudió la cabeza—. Me pregunto qué

regalo recibiría del benefactor el imbécil de Jack...

—Quizá ya no sea un imbécil. Quiero decir que parece que ha ayudado a infinidad de parejas con problemas de fertilidad...

—En esas cosas hay mucho dinero en juego.

—Eres un cínico —rió Sandra.

—Quizá.

—David, cambiando completamente de tema, ¿de verdad que Molly ha aceptado de buen grado la imposibilidad de practicar el tiro con arco en el sótano?

—Pues sí. ¿Y sabes por qué? Porque nuestros mellizos han decidido que serán el primer equipo de hermana y hermano que ganará el campeonato olímpico de ping pong. Michael quiere ser el entrenador de Molly. Y quieren conseguir sus medallas y colgarlas en la pared, para que todo el mundo las admire. Dicen que los días de fútbol y béisbol han terminado y están dispuestos a concentrarse para siempre en el ping pong. Esto es, a prepararse para las Olimpiadas.

—Soñar no hace daño a nadie —comentó Sandra con tono suave.

—Desde luego que no. Hace una buena temperatura esta noche, ¿eh? Si no fuera por los mosquitos, dormiría aquí. ¿Pero por qué digo eso? Esos malditos mosquitos no se van nunca. Ni se irán.

«¿Y tú?», le preguntó Sandra en silencio, mirándolo fijamente. Sus labios todavía conservaban el sabor de su último beso. El beso que había puesto fin a su discusión de aquella tarde.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Ojalá David no se moviera nunca de aquella casa. De su hogar. Como los mosquitos.

Capítulo 10

A PRIMERA hora de la tarde del día siguiente, cuando los mellizos seguían aún en el centro cultural y Sandra en la universidad de Saunders, David concertó una cita con su amigo Larry Wilcox, el agente inmobiliario que se ocupaba de gestionar el local contiguo a la tienda.

Dejó una nota en la puerta indicando que estaba justo al lado, por si aparecía algún cliente.

— Qué confiado eres —comentó Larry cuando leyó la nota—. Entremos a echar un vistazo al local antes de que te roben.

—Te apuesto un dólar a que no se llevan nada —lo desafió David mientras entraban.

—Hecho.

Con las manos en los bolsillos, David paseó lentamente por el extenso local. Había una trastienda al fondo, así como un amplio almacén con estantes. Larry golpeó con los nudillos el tabique que lo separaba de la tienda.

—No hay problema. El tabique se puede derribar. Este local es dos veces más grande que el tuyo. Estamos hablando de una tienda realmente grande, amigo.

—Mmmm.

—Probablemente pueda conseguir que el propietario te baje el precio —continuó Larry—. Está cansado de pagar impuestos por un local que lleva demasiado tiempo vacío. ¿Te has pasado por el banco para preguntar si puedes añadir esta hipoteca a la de la tienda?

—No.

—Pues deberías hacerlo si quieres comprarlo. Bien, ¿qué te

parece?

—¿Tienes alguna idea de cuánto podría bajar el precio el dueño?

—Tengo la sensación de que te lo vendería de buena gana. Es un matrimonio jubilado, viven en Florida y quieren dejar de pagar impuestos y seguros. Sí, sospecho que estarían dispuestos a hacerte una buena rebaja.

—Bueno, todavía no me he sentado a hablarlo tranquilamente con Sandra. Pero volveré a ponerme en contacto contigo en cuanto pueda.

—Me parece bien. Yo...

Se volvieron al oír unos golpes en la ventana. Una mujer se había asomado para señalarle a David la bolsa llena de productos del Emporium que llevaba en la mano.

David sonrió a Larry y se dirigió hacia la puerta.

—Me debes un dólar, Wilcox.

—Sí. Estoy impresionado. Hay un montón de familias humildes en el North End, y una bolsa llena de comida gratis es una imagen tentadora.

—Cierto —reconoció mientras abría la puerta— pero te olvidas de que hay gente excelente en este barrio. Gracias por todo.

Sandra regresó de Saunders con tiempo suficiente para recoger a los mellizos en el centro cultural y preparar la cena. Cuando David entró en la cocina, la mesa ya estaba puesta.

—Hola —la besó en los labios—. ¿Has hecho algún descubrimiento hoy?

—Desgraciadamente no —respondió con un suspiro—. ¿Qué tal te ha ido en la tienda?

—Bien. ¿Y los críos?

—Jugando al ping pong en la cocina. David, le dije a Rachel que solamente podría acercarme por el despacho tres días por semana, y marcharme antes debido al tráfico. Esta semana sólo volveré el jueves. Y el lunes, miércoles y viernes de la siguiente.

—De acuerdo. Estupendo. Voy a ducharme. ¿Dónde están los

niños?

Sandra lo miró extrañada.

—Pero si acabo de decírtelo... Están en la cocina, jugando al ping pong.

—Es normal. Se estarán entrenando para las Olimpiadas —y se dirigió al cuarto de baño.

Se lo quedó mirando hasta que desapareció detrás de la puerta. ¿Por qué estaría tan distraído? ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? Tenía la sensación de que en realidad no quería saberlo.

Aquel estado de distracción se prolongó durante la cena. Incluso los niños lo notaron.

—¿Estás de acuerdo, papá? —le preguntó Michael.

—¿Qué? Oh, perdona, Michael. No he oído lo que me has dicho.

—Te he preguntado si querías jugar conmigo al ping pong después de cenar.

—Er... esta noche no puedo, chico. Tengo que salir a hacer algo.

—¿Vas a salir esta noche? —inquirió Sandra, sorprendida.

—Sí, necesito volver un rato a la tienda — explicó sin mirarla.

—¿Por qué?

—Porque sí, Sandra —pronunció, molesto.

—Tranquilo, David. Tan sólo era una pregunta.

—¿Y tú, mamá? ¿Te apetece jugar al ping pong conmigo?

—Desde luego. Tengo ganas de probar la nueva mesa.

—Pues yo jugaré con el ganador —terció Molly.

—Llevas jugando conmigo desde que volvimos del centro cultural —se quejó Michael.

—Eh, ¿quién ha dicho que tú serás el ganador? —le preguntó Sandra—. Yo he jugado al ping pong antes. Tengo experiencia.

—¿Cuándo?

—Bueno, cuando fui a un campamento, a los doce años.

—¡Ja! —Michael puso los ojos en blanco—. ¿Y tú, papá? ¿Cuándo fue la última vez que jugaste el ping pong?

David no contestó.

—¿Papá?

—¿Eh?

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó su hijo, frunciendo el ceño—. ¿No has escuchado nada de lo que hemos estado diciendo?

—Eso suele sucederle a la gente mayor, Michael —lo informó Molly—. Tienen problemas de memoria pasajeros, porque algunas zonas del cerebro se ven afectadas. Mi amiga Ginger dice que a su abuelo le pasan esas cosas todo el tiempo.

—Eh, yo no tengo problemas de memoria —protestó David, riendo—. Simplemente... tengo un montón de cosas en la cabeza ahora mismo. Mis disculpas por no haberos prestado atención. ¿Qué es lo que me he perdido?

—Un buen discurso sobre el ping pong — contestó Sandra—. ¿Quién quiere postre?

—Yo paso —dijo David, levantándose—. Me voy. Vosotros, chicos, fregad vuestros platos antes de jugar al ping pong. Hasta luego.

—Pero si te había preparado tu postre favorito... — intentó detenerlo Sandra. Fue en vano. Había desaparecido ya de la cocina.

David subió a la camioneta y condujo hasta los bajos fondos del North End, en los llamados barrios de vecindad. Si había estado alguna vez allí, debía de haber sido hace años, porque nada le resultaba familiar.

El sol empezaba a hundirse en el horizonte. Redujo la velocidad y contempló detenidamente los callejones. Todo parecía sucio, viejo, gastado. Las casas se caían a pedazos. Los edificios, de tres pisos de altura, tenían portales estrechos en cuyas escaleras se apelotonaban los vecinos a tomar el aire por las noches.

Llegó hasta el final de una calle y giró lentamente a la izquierda. Allí estaban. Los chicos. Pantalones de rapero, gorras de béisbol caladas al revés... todo ellos apoyados en las farolas, en las esquinas del sucio callejón. Los Chicos de la Calle.

Aparcó la camioneta al lado de la acera, bajó y se dirigió hacia un grupo de cuatro jóvenes. Nada más verlo acercarse entrecerraron los ojos, desconfiados.

—Hola —los saludó.

Calculó que tendrían unos catorce o quince años. Se notaba que intentaban hacerse los duros, sin conseguirlo.

—¿Qué quiere? —inquirió uno de los chicos.

—Preguntaros algo.

—¿Es usted poli? —quiso saber otro.

—¡Qué va, hombre! —exclamó un tercero—. Los polis no conducen trastos así —señaló la camioneta.

—Oye —sonrió David— que yo estoy bien orgulloso de ella.

—Por lo menos no tiene que preocuparse de que se la abollen.

—¿Tenéis por aquí cerca algún lugar donde jugar al béisbol, al baloncesto... no sé, a cualquier deporte... incluido el ping pong?

—¿Por qué?

—Porque estar en esta esquina todo el día debe de ser terriblemente aburrido. ¿No os gustan los deportes?

Uno de los chicos se encogió de hombros.

—Aquí no hay donde jugar a nada. Es una pena porque yo encesto muy bien el balón. Michael Jordan se quedaría embobado mirándome.

—Ya, claro, Tony —rió uno de sus compañeros—. ¡Si mi hermano es mejor que tú y sólo tiene cuatro años!

—Eh, ¿sabéis que han conseguido meter el ping pong como deporte olímpico? ¡Pam, pam, pam! —exclamó otro, haciendo que jugaba con la raqueta—. A mí se me daría muy bien. Os ganaría a todos.

—Estás diciendo tonterías —replicó Tony—. Yo te ganaría hasta veinte partidas seguidas.

—Basta ya —lo interrumpió el chico más alto, de nombre Jink, y se volvió hacia David — . ¿Por qué nos está preguntando todo eso,

amigo?

—No me parece justo que no dispongáis de ningún lugar para hacer deporte. ¿Y en el colegio? ¿Tenéis equipamientos allí?

—No —contestó Tony—. No hay dinero para esas cosas. Diablos, si hasta faltan pupitres y yo tengo que sentarme en el suelo en algunas clases.

—Imagínate que te ofrecen un lugar para practicar deportes en la otra punta del barrio —le planteó David—. ¿Irías?

—Oh, desde luego que sí. Me montaría en mi deportivo y estaría allí en dos minutos —se burló.

David asintió con la cabeza y se quedó callado durante unos segundos, con la mirada perdida, pensativo.

—Pero los autobuses pasan por este barrio. Podríais llegar hasta allí con billetes gratuitos.

—Oh, claro, por supuesto que sí —rezongó Tony—. Tengo los bolsillos llenos de billetes gratuitos. Sólo me faltaba elegir un lugar adonde ir. Amigo, en este mundo no dan nada gratis.

—¿Ni siquiera jugar al béisbol? —replicó David—. Yo jugaba. Y era bueno, muy bueno.

—¿Sí? A mí me gusta el béisbol —dijo Jink, simulando blandir un bate.

—Imaginaos esto —les pidió David, alzando las manos para enmarcar imaginariamente la escena que tenía ante sí—. Un equipo al completo surgido de este barrio. Los Chicos de la Calle. Ese sería el nombre que figuraría en vuestros uniformes. Un nombre respetado. Admirado.

—¡Sí! —exclamó Tony—. Los Chicos de la Calle. La gente sabría quiénes somos —pero su entusiasmo duró poco—. ¡Bah! Pero eso es un sueño, amigo. ¿Dónde conseguiremos los uniformes, los bates, los guantes, el equipo del catcher? ¿A qué ha venido usted aquí? ¿Por qué nos está diciendo esas cosas? A juzgar por el aspecto de su camioneta, usted tampoco anda muy boyante.

—No, es verdad —repuso David—. Pero tengo que pagar una deuda. Y estoy pensando en cómo hacerlo.

—¿Pagar una deuda? —inquirió Jink—. ¿A quién?

—No lo sé.

—Nada de lo que nos está diciendo tiene sentido, amigo —sentenció Tony—. ¿No tenía otra cosa que hacer que pasarse por aquí para hablarnos de cosas imposibles?

—Sí, ya me voy. Pero volveré. Y una última cosa, Tony: soñar no hace daño a nadie.

—¡Ja! —se burló el chico. De repente parecía mucho más mayor, mucho más triste—. Nosotros ni siquiera podemos soñar con salir de este barrio.

David asintió con la cabeza y se encaminó lentamente hacia la camioneta, meditabundo. Cuando se alejaba, vio por el espejo retrovisor a Tony lanzando una pelota imaginaria a su amigo Jink, que bateaba.

—Volveré —susurró.

Sandra colgó el teléfono con mano temblorosa y tuvo que sentarse en el salón de tanto como le flaqueaban las piernas. «Dios mío, no», exclamó para sus adentros, esforzándose por contener las lágrimas. Se había dado cuenta de que le faltaba leche, había llamado a la tienda para pedirle a David que trajera unos cartones... y el dependiente, Benjamín Franklin Capelli, le había dicho que no estaba. Que no lo había visto desde que se marchó antes de la hora de cenar.

David le había dicho que se iba a la tienda. Le había mentido. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? Había mentido. Le había mentido a ella, a sus hijos, a su familia. ¿Se habría ido... para verse secretamente con una mujer? ¿Qué otra explicación podía haber que justificase una mentira?

—¡Mamá! —gritó Michael desde la cocina, haciéndole dar un respingo—. ¿Vas a venir a jugar al ping pong o no?

—Sí, Michael, ahora voy...

Michael le ganó fácilmente y, según lo acordado, jugó luego con Molly. Sandra los observaba sentada, esforzándose por no pensar en nada, a sabiendas de que si lo hacía, estallaría en sollozos. Lo último que quería en aquel momento era llorar delante de sus hijos.

Cuando se hizo de noche, decidió detener tanta actividad. Se acercaba la hora de acostarse.

—Ya es suficiente por hoy, chicos. Hay que volver a guardar el tablero bajo la cama.

Los críos salieron de la cocina cargados con su improvisada mesa de ping pong mientras su madre continuaba en el mismo sitio, absolutamente inmóvil. No tenía fuerzas para nada. Media hora después, con los niños ya en pijama, sentados ante el televisor, se instaló en el sofá con la vana intención de leer un poco.

David entró en el apartamento justo a mitad del programa que estaban viendo los mellizos.

—Hola, familia.

Se limitaron a saludarlo con una mano, sin apartar la mirada del televisor.

—¿Queda algo del postre que vi antes en el mostrador? —le preguntó a Sandra.

—Pues... no —respondió sin levantar la mirada del libro—. Los niños se lo terminaron todo.

—Oh. Bueno, tomaré helado. ¿Alguien quiere?

—No.

Furiosa, Sandra lo vio dirigirse a la cocina. ¿Cómo se atrevía a entrar en casa tan tranquilamente, preguntando encima por el postre? ¿Quién diablos se creía que era? Cerró de golpe el libro, lo lanzó sobre el sofá y se encaminó hacia allí. David se estaba sirviendo un cuenco entero de helado.

—¿Seguro que no quieres un poco?

—No, David, no quiero helado. Lo que quiero es la verdad. Llamé

a la tienda para pedirte que trajeras un poco de leche y Ben me dijo que no habías aparecido por allí desde que te marchaste antes de la hora de la cena. Me mentiste diciéndome que te ibas al Emporium, ¿verdad? Sabías, cuando te marchaste, que no tenías intención de regresar a la tienda. ¿No es cierto?

David suspiró, guardó el cartón de helado en la nevera, recogió el cuenco y lo dejó sobre la mesa. Con las manos en los bolsillos, permaneció mirando el suelo durante unos segundos antes de enfrentarse con su furiosa mirada.

—Sí, es cierto —admitió con tono suave—. No te dije la verdad.

—¿Entonces dónde has estado? —le preguntó, estremecida—. ¿Con quién?

—Yo... —sacó las manos de los bolsillos y las extendió hacia ella. Sandra retrocedió un paso, apartándose—. Todavía no estoy preparado para hablar de ello. Por favor, Sandra, confía en mí.

—¿Confiar en ti? ¡Pero si me has mentido! A mí y a tus hijos —se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Y me dices que no estás preparado para explicarme esa mentira? Claro, se supone que yo tengo que decir «oh, claro, David, no hay problema». ¿Estuviste con una mujer, verdad? Me mentiste con lo de la tienda para salir a encontrarte con una...

—No —dio un paso hacia ella y la agarró de los hombros—. Dios mío, Sandra, ¿cómo has podido pensar una cosa así? Yo nunca te he engañado. Jamás lo haría. Yo sólo... necesitaba tiempo para estar solo. Demasiadas cosas me daban vueltas por la cabeza y necesitaba ordenarlas un poco. Pero tienes que creerme cuando te digo que no he estado con ninguna mujer.

—¿Tengo que creerte? —alzó la barbilla, ignorando las lágrimas que le corrían por las mejillas—. ¿Cuándo acabas de mentirme? La confianza no funciona así, David.

—Sandra...

—¿Estáis discutiendo? —le preguntó Molly, apareciendo de

repente en el umbral—. ¿Os habéis enfadado?

David soltó inmediatamente a su mujer y se acercó a su hija, que los miraba con expresión consternada. Sandra se enjugó las lágrimas antes de volverse hacia ella.

—No, cariño, no estábamos discutiendo — le aseguró David a Molly—. Tu papá ha agarrado una rabieta porque sus pequeños se comieron todo el postre y ha tenido que conformarse con el helado. ¿Sabes? Me da vergüenza. Me he comportado como un crío de tres años con ese postre. Pero es que era mi favorito...

Aquello tranquilizó a la niña, que se echó a reír.

—Debiste tomártelo antes de irte a la tienda.

—Tienes razón. Bueno, lección aprendida. ¿Qué estáis viendo tu hermano y tú en la tele?

—Un programa de dibujos animados. Está muy bien.

—Vamos. Voy a verlo con vosotros.

—Genial —repuso Molly, y ambos se dirigieron al salón.

Sandra los observó alejarse. Se sentía mareada, aturdida, como si estuviera flotando. El helado que David se había servido hacía un rato se estaba derritiendo en el cuenco: era una buena imagen de lo que estaba pasando con su relación. Ya no tenía arreglo. Nunca más volvería a ser la misma.

Capítulo 11

DESPUÉS de una noche casi en vela, durante la que no intercambió palabra con su esposa, David se levantó al amanecer. Durante unos segundos permaneció contemplando la espalda de Sandra, entre las sábanas revueltas.

—Voy a dar de desayunar a los chicos y a llevarlos al centro cultural —le dijo en voz baja—. Tú intenta dormir un poco más. Sé que tú tampoco has pegado ojo —sin moverse, se pasó ambas manos por la cara—. Sandra, yo no te he engañado, te lo juro. Lamento mucho haberte mentido cuando te dije que me iba a la tienda. Debí haberte dicho que necesitaba tiempo para analizar todo lo que me ha sucedido últimamente y.. Perdóname.

Sandra seguía sin moverse. No podía estar seguro de que la estuviera oyendo.

—Supongo que me hice el macho y me pareció estúpido decirte que necesitaba un poco de espacio, de tiempo para mí mismo o lo que fuera. Diablos, ni siquiera sé por qué hice lo que hice. Es como si de repente estuviera viviendo en un puzzle gigante y no supiera cómo encajar las piezas. Desde que me enteré de lo del benefactor... Por favor, Sandra, confía en mí.

Esperó, pero fue en vano. Continuaba sin moverse, sin hablar. Con un profundo suspiro, se dirigió lentamente al cuarto de baño. Sandra siguió haciéndose la dormida hasta que lo oyó salir del dormitorio. Entonces se dio la vuelta y se quedó mirando al techo.

«El benefactor», pronunció para sus adentros. El maldito benefactor. Sí, de acuerdo, sabía que David estaba básicamente descontento con ella, con su vida actual. Que tenía que retomar los

sueños a los que había renunciado por culpa de su embarazo.

En vez de realizar aquellos sueños, se había quedado a su lado, desviviéndose por los mellizos como el padre maravilloso que era. Pero a ella ya no la amaba. Como quedaba de manifiesto por el hecho de que ni siquiera podía recordar la última vez que se lo había dicho.

Cerró los puños y golpeó las sábanas, frustrada.

Ahora, sin embargo, por culpa de aquella misteriosa convocatoria de reunión en Saunders y el descubrimiento de la existencia del benefactor, todo se había precipitado. David estaba revisando su vida, detalle a detalle. Y obviamente no parecía nada contento con el balance.

Estaba intentando resolver su dilema, de eso no tenía duda. Él mismo le había dicho que estaba intentando resolver el puzzle gigante de su vida. Pero las piezas no encajaban. Aunque le había pedido que confiara en ella, él mismo terminaría llegando a la conclusión de que...

—Oh, Dios mío —susurró—. Se va a ir. Lo sé. Estoy segura.

A pesar de lo alterada que estaba, el cansancio pudo más y se quedó dormida. Cuando se despertó varias horas después, la casa estaba, completamente silenciosa. Se duchó, se puso unos vaqueros y una blusa de algodón y telefoneó a su amiga Cindy Morrison, que acababa de volver de vacaciones. Se había marchado poco después de la última vez que habían hablado, durante la venta benéfica de confitería en la iglesia. Quedaron a comer juntas en uno de sus restaurantes favoritos. Cindy le aseguró que podría dejar al bebé a cargo de su vecina por un par de horas.

Incapaz de permanecer ociosa hasta que llegara la hora de salir, puso una lavadora y dejó preparada la cena. Una vez en el restaurante, las dos amigas se abrazaron efusivas. Pidieron una ensalada de pollo, galletas de queso y té con hielo. Cindy le hizo un breve resumen de las vacaciones, pero enseguida se interrumpió, preocupada por su aspecto:

—Estás fatal. ¿Qué te pasa, Sandra?

Y Sandra se lo dijo. Volcó su corazón con su mejor amiga, conteniendo las lágrimas mientras le relataba todo lo sucedido.

—David está a punto de dejarme, Cindy — concluyó—. Este asunto del benefactor le ha imposibilitado superar la decepción y la sensación de fracaso que siempre ha tenido. Está descontento, insatisfecho conmigo, de nuestra vida juntos y.. —sacudió la cabeza.

—Ese benefactor es un canalla —concluyó Cindy—. Dar regalos a la gente y esperar diez años para... Es repugnante. Se merece una paliza.

Sandra logró forzar una carcajada.

—Es una buena idea. Aunque no, no lo es, porque es demasiado tarde. El daño ya está hecho.

—Pero me sigue resultando difícil creer que David no te ame. No, decididamente no me lo creo. Sí, se ve que lo está pasando mal, pero... Mira, te daré un consejo. Sé paciente. Dale tiempo para bregar con todo esto. Está intentando encajar las piezas de... ¿cómo lo ha llamado? Ese puzzle gigante. De acuerdo: lo está haciendo a su manera, típicamente masculina: como un imbécil. Anoche te mintió, el muy estúpido, porque tenía miedo de expresar lo que sentía y decirte que necesitaba tiempo para estar solo y reflexionar. En cualquier caso, sigue esperando, deja que vaya resolviendo las cosas.

—Pero deberíamos resolver las cosas juntos — replicó Sandra, inclinándose hacia ella—. Se está cerrando a mí completamente, levantando un muro a su alrededor... Oh, Cindy, ¿y si llega a la conclusión de que ya no puede vivir conmigo, de que ya no...?

—Cómete la ensalada —la interrumpió—. No quiero volver a oírte decir que David Westport ya no te ama, porque te ama, y mucho. Yo lo sé.

—No, él...

—He dicho que te comas la ensalada. Vas a volver a tu casa y a lucir la mejor de tus sonrisas. Ignora su humor y haz todas las cosas

que harías normalmente, pon buena cara aunque te cueste. Hazlo por ti, por los niños y por el propio David. Todo saldrá bien, ya lo verás —sonrió—. Y si David termina haciendo algo realmente estúpido, también a él le daremos una paliza.

—Oh, de acuerdo —Sandra se echó a reír casi a su pesar—. Gracias, Cindy. Eres una gran amiga. No sé lo que haría sin ti.

—Pues yo siento lo mismo hacia ti —repuso Cindy, asintiendo—. Ése es uno de los principales errores de los hombres. Se tragan y tragan sus sentimientos en vez de hablar de ellos como hacemos las mujeres. Por eso son tan bobos. Acuérdate: sé paciente y sonríe. ¿Entendido?

—Entendido —suspiró Sandra—. ¿Pero y si David...?

—¡Sandra!

—Está bien, está bien. Seré paciente y sonreiré.

—Buena chica. Sólo por esto te has ganado un postre rico en calorías. Y como soy tu gran amiga... te acompañaré gustosa.

Sandra acababa de mandar a los mellizos lavarse las manos y estaba poniendo la mesa cuando regresó David.

—Hola —lo saludó alegre, nada más verlo entrar en la cocina—. ¿Qué tal te ha ido el día? Yo he estado con Cindy. Se lo han pasado maravillosamente en sus vacaciones. Está guapa y bronceada, por supuesto. Vete a lavarte las manos si quieres. La cena está lista. ¿Tienes hambre? Vaya pregunta, tú siempre tienes hambre y..

— Sandra.

—¿Sí?

—¿Esa manera de hablar sin hacer pausas para respirar es una forma de decirme que me perdonas lo de anoche?

—Oh, claro —respondió, animada—. Fue una tontería. Ya está todo olvidado.

—Gracias —se acercó al fregadero para lavarse las manos—. Pero lo decía en serio. Lo siento de verdad.

—Disculpa aceptada.

—Hola, papá —lo saludó Michael, entrando en la cocina y sentándose en su silla.

—Eh, Ping —se secó las manos con una toalla de papel—. ¿Por dónde anda Pong?

Molly no tardó en aparecer. Se sentó también a la mesa y echó un vistazo a la cazuela.

— Oh, eso no... —se quejó —. Lo odio. ¿Tengo que comer esta cosa?

—No —contestó Sandra, llevando la ensalada a la mesa—. Puedes morirte de hambre si quieres. Depende de ti. Resulta que ese guisado es uno de los platos favoritos de tu padre.

—Supongo que será mejor que nada —repuso Molly, con un suspiro exagerado.

—Calla y come, Pong —le dijo David mientras ocupaba su lugar a la mesa—. Tienes suerte de tener una madre que haga unas cenas tan deliciosas cada noche. Algunos chicos se matarían por probarlas.

—¿Seguro? —inquirió Molly, sirviéndose una porción minúscula de guisado.

—Pues a mí me gusta —afirmó su hermano, que se había servido una ración doble.

—Gracias —le dijo Sandra.

Cenaron en silencio durante unos minutos.

—Tengo una buena noticia —anunció de pronto David—. He estado haciendo unas llamadas. El señor Morales se encargará de entrenar al equipo femenino de fútbol este año, y el señor Gambini se ocupará de la liga infantil de béisbol del barrio.

Sandra dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Qué?

—¿Por qué? —preguntaron los mellizos al unísono.

—Bueno, yo ya llevaba años entrenando a los dos equipos — explicó mientras se servía más ensalada—. Ya es tiempo de pasar el testigo, como se suele decir. Otros padres pueden realizar ese trabajo

igual de bien, si no mejor... y además están deseando encargarse de ello. Vosotros dos ya decidiréis si queréis seguir jugando o preferís concentraros en el ping pong. La decisión es vuestra.

—Oh. De acuerdo — Michael se encogió de hombros.

—El señor Morales es muy bueno —comentó Molly—. Tina Morales es amiga mía, del equipo de fútbol. Su padre cuenta chistes todo el tiempo.

David se echó a reír.

—Me parece estupendo. Si quieres volver a jugar al fútbol este año, Molly, por mí fenomenal. Y si no, también.

—Me lo pensaré. De momento me gusta el ping pong, pero temo que me aburra de un momento a otro.

—Eso no puede ser —protestó Michael—. El ping pong no aburre a nadie, Molly Cabeza de Chorlito.

—Eso ya lo veremos, Michael Microbio — Molly lo fulminó con la mirada—. Quizá me aburra o quizá no.

Sandra se obligó a seguir comiendo, pese a que había perdido el apetito de repente. David estaba quemando sus naves, pensó, aterrada.

Estaba liberándose de todos sus compromisos antes de... Oh, Dios, no.

—Basta ya —oyó a David interrumpiendo la discusión de los críos—. Si no dejáis de discutir, ya podéis olvidaros —se echó a reír—. ¿Molly Cabeza de Chorlito? ¿Michael Microbio? ¡Esto es demasiado!

—Está bien —cedieron los mellizos, riéndose a carcajadas con él.

David era un padre tan maravilloso... pensó Sandra, renunciando finalmente a seguir comiendo. Sus hijos se merecían mucho más que un padre de fin de semana, que les regateara su tiempo. Pero eso sería precisamente lo que sucedería si terminaba marchándose de casa...

—Eh, Sandra —la miró preocupado—. ¿Te encuentras bien? Apenas has probado la comida.

—Oh, sí, perfectamente —forzó una sonrisa—. Hoy he comido demasiado con Cindy, eso es todo.

Asintió, aparentemente satisfecho de su explicación. Los mellizos recogieron la mesa y su padre salió con ellos a dar un paseo mientras Sandra daba los últimos toques a la cocina.

Cuando terminó, se sentó en el salón y encendió el televisor. Puso las noticias, pero no oyó ni vio nada: estaba completamente abstraída en sus reflexiones. Sólo escuchaba en su cerebro el anuncio de David de que había encontrado dos sustitutos como entrenador de los equipos de fútbol y béisbol.

¿No habría sido más lógico hablarlo antes con ella en vez de soltar la decisión en la mesa como si hubiera dejado caer una bomba? La labor de entrenador ocupaba muchas horas de su tiempo, que a partir de ahora tendría libres y..

¿A quién quería engañar? ¿Por qué habría debido consultarlo con ella? Ella era la última en su lista de prioridades. Si había informado primero a los mellizos de su decisión era porque él los había entrenado. Por lo que a él se refería, aquello no tenía nada que ver con ella.

A la caída de la noche, el trío regresó a la casa y Sandra entregó el mando del televisor a sus hijos. David se sentó en el extremo opuesto del sofá y se puso a leer el periódico.

Transcurrieron los minutos. Sandra esperó que su marido le comentara algo sobre lo que estaba leyendo, como tenía por costumbre. Pero no abrió la boca. Ni siquiera la miró.

Finalmente anunció que había llegado la hora del baño. Molly se apresuró a presentarse la primera.

—¡No vale! —se quejó Michael—. ¿Cómo es que siempre...?

David se aclaró la garganta y los mellizos se volvieron para mirarlo.

—Está bien —transigió el ofendido, desviando la mirada hacia el televisor. No pienso perderme el postre de la noche por su culpa.

Sandra ya se disponía a levantarse cuando sonó el teléfono.

—Lo contestaré en la cocina —corrió casi hacia allí. Lo descolgó con mano temblorosa—. ¿Diga?

—Oh... hola, Sandra. Soy Gilbert Harrison. ¿Podrías ponerme con David?

«No», pensó, resentida. ¿Acaso no les había hecho ya suficiente daño?

—Sí, claro. Un momento, por favor.

Avisó a David y volvió luego a su lugar en el sofá, resignada.

—¿Profesor Harrison?

—Hola, siento molestarte a estas horas, David, pero me urgía hablar contigo.

—No hay problema. Adelante.

—Preferiría que habláramos en privado.

David se pasó una mano por el pelo, suspirando.

—Profesor Harrison, si el benefactor piensa pedirme cuentas en este momento, me temo que no tengo nada que aportar en mi favor. Lo de pasar el testigo no es tan fácil.

—No, no, esto no tiene nada que ver con el benefactor.

—¿Entonces qué...?

—David, ¿podríamos quedar a cenar juntos mañana? Yo subiría hasta el North End, para que no tuvieras que venir hasta aquí.

—Bueno, claro, supongo que sí.

—Estupendo. Dime dónde te viene mejor. ¿A las siete está bien?

David eligió un tranquilo restaurante italiano y le facilitó las señas.

—Perfecto. Allí nos veremos —dijo Gilbert—. Adiós, David.

—Adiós —y colgó el auricular.

Cuando Sandra entró en la cocina, David seguía mirando el teléfono, pensativo.

—¿David? ¿Qué pasa?

—¿Eh? —se giró en redondo—. Oh, nada. O algo. No lo sé. El

profesor Harrison quiere hablar conmigo, pero de algo que no tiene nada que ver con el benefactor. Vendrá al barrio mañana por la tarde y cenaremos juntos en un restaurante. No tengo ni la menor pista de lo que tiene en mente.

—Qué raro —Sandra frunció el ceño—. Bueno, mañana yo volveré a Saunders para seguir trabajando con Rachel. Y regresaré antes de la hora punta del tráfico de la tarde. ¿Qué crees que puede querer ahora de ti el profesor?

—Como acabo de decirte, no tengo ni la menor idea.

—Bueno, pues yo no pienso darle la satisfacción de preguntárselo cuando me encuentre con él mañana en la universidad —murmuró mientras abría la nevera y sacaba un cartón de helado—. Cielos, estoy harta de los hombres y de sus secretos.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? — le preguntó David, siguiéndola hasta el mostrador.

—Esto, por ejemplo —se volvió hacia él—: Me fastidia haberme enterado de tu decisión de dejar de entrenar los equipos infantiles del barrio al mismo tiempo que los niños. Es una decisión importante, y yo habría esperado que la discutieras antes conmigo.

—¿Para decirte qué? —inquirió, evidentemente confuso—. Exactamente lo que dije en la mesa, ni más ni menos. Yo tomé la decisión, busqué sustitutos y ya está. Por eso no había nada que discutir.

— Oh, no importa. Es inútil —masculló mientras servía los cuencos de helado.

—Es una cosa de mujeres, ¿verdad? Debí habértelo dicho antes a ti, incluso aunque tú no juegas al fútbol ni al béisbol ni ibas a entrenar a nadie. No te gustó enterarte al mismo tiempo que los chicos porque... Diablos, es una de esas cosas de mujeres, lo que significa que no viviré el tiempo suficiente para llegar a entenderlo alguna vez.

Sandra decidió contar hasta diez antes de pronunciar otra

palabra. Pero sólo duró hasta cinco. Llenó una cucharada de helado, lo agarró con una mano del cuello de la camisa y le echó el helado dentro. Acto seguido le dio una firme palmada con la mano abierta, para que se extendiera bien entre la camisa y la piel. David se la quedó mirando anonadado.

—Eso es lo que pienso yo de tu cháchara sobre las cosas de mujeres, David Westport.

—Oh... ¡qué frío! —se quejó, mientras una gran mancha se iba extendiendo por toda la pechera de su camisa—. No puedo creer que hayas hecho esto. ¿Estás loca? ¡Por Dios, qué frío!

Se apartó la tela de la piel con dos dedos, gruñendo cuando el helado empezó a resbalar por su vientre. Y Sandra se echó a reír. Rió con ganas, hasta que no pudo más. Era algo incontrolable. Los mellizos acudieron enseguida a la cocina, en pijama.

—¡Guau, papá! —exclamó Michael, clavando la mirada en su camisa—. ¿Qué te ha pasado?

—Tu padre... que ha tenido un pequeño accidente... —explicó Sandra entre carcajada y carcajada— con una cucharada de helado.

—Pues yo no veo ningún helado —dijo Molly, examinando la mancha de la camisa—. Sólo veo algo mojado —lo tocó con un dedo—. Y frío.

—Eso es el helado —le explicó su madre, sin parar de reír—. Que ahora mismo le está resbalando por la piel...

—Ah, claro —exclamó la melliza, animada—. Ya lo entiendo. Mamá le ha echado a papá helado dentro de la camisa... —pero de repente frunció el ceño—. ¿Pero por qué?

Miró a Michael, que parecía tan perplejo como ella.

—Ni idea. A veces no entiendo para nada a los adultos.

Al día siguiente, cuando llegó a Saunders, Sandra encontró una nota a su nombre en el escritorio de Rachel. Le decía que se había pasado la mayor parte de la noche despierta con dolor de muelas, y que después de intentar trabajar un rato en la oficina, había desistido

para marcharse corriendo al dentista. Que ya la vería el lunes de la semana siguiente.

Se asomó al pasillo y vio que la puerta del despacho del profesor Harrison estaba cerrada. Minutos después un alumno llamó y esperó. Nada. No estaba. El joven se marchó por donde había venido.

El profesor ni siquiera estaba allí. «El muy cobarde...», pensó indignada. Probablemente estaría escondido en su casa, para que ella no pudiera preguntarle a la cara por los planes que tenía con David, por lo que pensaba decirle aquella tarde. Sacudiendo la cabeza, se sentó ante el escritorio de Rachel y se puso a trabajar.

Al mediodía bajó a la cafetería a comer algo y volvió para continuar revisando expedientes, con la esperanza de encontrar una pista, por mínima que fuera, sobre la identidad del benefactor. Pero para cuando llegó la hora de marcharse no había encontrado absolutamente nada. Tras dejarle una nota a Rachel, abandonó el edificio y emprendió el regreso a casa.

Lo primero que hizo fue recoger a los mellizos en el centro cultural y escuchar su informe de actividades. En la mesa de la cocina encontró un mensaje de David.

—Hoy es un día de notas y mensajes — masculló mientras los niños procedían a sacar el tablero para jugar al ping pong.

David le decía en su nota que se quedaría a comer en la tienda y que volvería a casa el tiempo justo para ducharse y cambiarse antes de su cita con el profesor Harrison.

Abrió la nevera, frunció el ceño al ver el contenido y la cerró. Luego le tocó el turno al congelador, y esa vez soltó una carcajada al ver el cartón de helado y recordar el episodio de la noche anterior. Lo siguiente que hizo fue contar el dinero que llevaba en el bolso. Tenía suficiente. Un cuarto de hora después un motorista se presentaba con una pizza, para deleite de los mellizos.

A eso de las seis David entró corriendo y se dirigió directamente al dormitorio. Evidentemente se le había hecho tarde. Sandra se

encontró con él en el salón cuando reapareció vestido con unos pantalones grises y una camisa verde claro, el pelo todavía húmedo de la ducha.

—Me voy.

—David, espera un momento, por favor...

—¿Qué pasa?

—Sé que el profesor Harrison quiere hablar personalmente contigo esta noche, pero... bueno, siento que... Lo que quiero decir es que creo tener derecho a...

—Sandra —le dijo David, acunándole el rostro entre las manos—. Te juro solemnemente que te contaré todo lo que hablemos, hasta el último detalle, ¿de acuerdo?

—¿De veras? —inquirió, ya más animada.

—Desde luego. ¿Y sabes por qué? —sonrió—. Porque no tengo intención de soportar otra escena como la del helado de anoche.

—Oh, eso —se echó a reír—. La verdad, no sé qué me pasó...

—Bueno, yo sé lo que me pasó a mí y el helado estaba muy frío. Por cierto, todavía no me has pedido perdón.

—No, porque no pienso pedírtelo —replicó, sonriente.

—Me parece justo. Bueno, se me está haciendo tarde. Adiós —le dio un rápido beso en los labios.

—¿David?

—¿Sí?

—Bromas aparte... ¿no crees que tengo derecho a saber lo que el profesor Harrison pueda hablar contigo?

David se dirigió hacia la puerta, mirando su reloj.

—Claro —contestó con tono ausente—. Sí. Hasta luego.

Sandra oyó cerrarse la puerta y suspiró. Se dejó caer en el sofá. Escucharía un informe completo de lo que se hablara en aquella cena, pensó entristecida, pero sólo porque David no quería que se enfadara nuevamente con él. Y no porque quisiera compartirlo todo con ella.

Seguía sin entender lo que significaba una relación sin secretos.

Capítulo 12

GILBERT Harrison estaba esperando a la puerta del restaurante cuando llegó David, disculpándose por su retraso.

—No hay problema —le aseguró el profesor.

—Espero que no le importe repetir comida italiana —dijo David mientras le abría la puerta del local.

Gilbert se echó a reír.

—Si quieres que te sea sincero, podría comer comida italiana siete días por semana.

—Estupendo.

Los sentaron a una mesa apartada, y cinco minutos después ya tenían pedida la cena. David cruzó los brazos sobre la mesa y lo miró directamente a los ojos.

—¿Podemos ir al grano, profesor? ¿De qué quería hablarme? Gilbert suspiró.

—Bueno, evidentemente no iba a ser capaz de posponer este momento con una charla insustancial.

—Efectivamente, señor.

—David, quiero que sepas que me doy perfecta cuenta de que me estoy metiendo en asuntos que no son en absoluto de mi incumbencia. Es decir que, si en cualquier momento me mandas al diablo, adelante. Me lo habré merecido. Sin embargo, mi conciencia me dice que tengo que hacerlo porque...

—Lo entiendo —lo interrumpió David, frunciendo el ceño.

—De acuerdo, vamos allá —aspiró profundamente—. El otro día, cuando Sandra y Rachel revisaban expedientes en el otro despacho... yo salí de la oficina contigua, donde estaba haciendo unas fotocopias,

y oí que estaban hablando.

David asintió con la cabeza, mirándolo fijamente.

—Pude haberme metido rápidamente en mi despacho —continuó—, pero me quedé allí y escuché lo que decían, sin que ellas advirtieran mi presencia. Ya sé que es una descortesía, pero es que me impresionó mucho lo que oí. Le he dado muchas vueltas a esto, David, pero al final he decidido contártelo.

—Supongo que será consciente de que me está dando el susto de mi vida.

En aquel momento, la camarera se presentó con sus platos.

—Hijo —murmuró Gilbert con voz temblorosa—. Sandra estuvo llorando aquel día porque creía sinceramente que, bueno, que tú... que tú no la amabas. Y que quizá nunca la habías amado.

—¿Qué? —exclamó David—. ¿Qué diablos está diciendo?

—Yo la oí. Estaba destrozada, sollozando sin parar. Ella cree que sigues culpándola por lo de su embarazo, porque no pudiste realizar tu sueño de convertirte en jugador de béisbol profesional.

David sacudió la cabeza, terriblemente pálido.

—Sandra le dijo a Rachel que el asunto del benefactor había sido la gota que había colmado el vaso —prosiguió el profesor—, que tú estabas consumido por la culpa por haber desperdiciado tu beca, pero que la culpa era de ella. Sandra piensa... Oh, David, no sólo está convencida de que no la amas, sino también de que vas a dejarla. Dijo que no podía recordar la última vez que le habías dicho que la querías. Que no se acuerda de haberte oído pronunciar esas palabras.

David se llevó una mano el pecho. El corazón le latía a toda velocidad, enloquecido.

—Sandra... —pronunció, aclarándose la garganta—¿Sandra le contó todo esto a Rachel? —al ver que el profesor asentía, murmuró con tono incrédulo—: Dios mío, no puedo creerlo... ¿Ella cree que no la quiero? Si es mi vida, mi otra mitad, mi... No concibo un futuro sin ella o... ¿Y está convencida de que pretendo abandonarla?

¿Abandonarla? Sandra cree que la culpo por haberse quedado embarazada de los mellizos... Es increíble. Yo la dejé embarazada y, además, no borraría la existencia de Michael y de Molly por nada del mundo. ¿Que no amo a Sandra? Eso es una completa estupidez. Un absurdo.

—¿Cuándo fue la última vez que le dijiste que la amabas, David?
—le preguntó el profesor Harrison con tono suave.

—Bueno, no estoy seguro, pero sí sé que se lo he dicho muchas veces. Bueno, todo el tiempo le digo que... —soltó un suspiro estremecido—. ¿O no? —dudó—. No, por supuesto que sí. Dios mío, no lo sé —se pasó una mano por la cara—. Cielos, ¿qué he hecho? Mi mujer piensa que no la quiero, que voy a abandonarla... y yo no tenía ni la menor idea de lo desgraciada que era... ¿Qué clase de hombre soy?

—Un hombre típico, diría yo —repuso Gilbert con una sonrisa irónica—. Los hombres tenemos tendencia a considerar a nuestras mujeres algo seguro. A suponer que saben lo que sentimos por ellas porque, al fin y al cabo, seguimos a su lado, ¿no te parece? Pero, David, las mujeres necesitan más que eso. Quieren, necesitan escuchar nuestras declaraciones de amor, aquellas palabras que casi nunca nos atrevemos a decir, porque pensamos que ya no son necesarias —se interrumpió, recordando—. Mi Mary, que Dios la tenga en su seno, me explicó todo esto en términos inequívocos y con gran apasionamiento al principio de nuestro matrimonio. Me dijo que no estaba obligado a comprender lo que sentía ella, pero que al menos esperaba que lo respetase. A partir de aquel momento y hasta que la perdí, nos declaramos nuestro amor casi cada día. Y no por rutina, sino con el corazón en la mano, siempre. Y créeme... nos hizo muy bien a los dos.

—Sí, yo he considerado a Sandra algo seguro —murmuró David con la mirada perdida—. Todo lo que hace por mí, los niños... yo simplemente esperaba que siguiera haciéndolo. ¿Sabe una cosa? Me

gusta contemplarla cuando está dormida. Es tan hermosa, tan encantadora y la quiero tanto... Pero no puedo... no puedo recordar la última vez que le dije eso.

—¿No les gusta la comida, caballeros? — les preguntó de pronto la camarera, al ver que prácticamente no habían probado bocado.

—¿Qué? —David alzó la cabeza para mirarla, distraído—. ¿La comida? Oh, la comida. No, está muy buena. Estupenda. Es que no tenemos tanto apetito como pensábamos...

—Puedo calentársela, si quieren —se ofreció la joven.

—No, gracias —repuso Gilbert—. Está bien así.

—Espere un momento... —le pidió David—. Usted lleva una alianza de matrimonio.

La camarera se miró el anillo de la mano izquierda.

—Pues sí. ¿Por qué? —inquirió, extrañada.

—¿Cuándo fue la última vez que su marido le dijo que la amaba?

—¿Perdón? —frunció el ceño.

—Contésteme, por favor —le suplicó David—. Es extremadamente importante.

—Bueno, me lo dijo hoy mismo, en casa, antes de que viniera al restaurante. Y también cada noche. Trabajo de camarera para que él pueda terminar la universidad, y siempre me lo está agradeciendo. Me lo agradece en los momentos más inesperados: me dice que me quiere, hablamos de cómo será nuestro futuro cuando consiga su licenciatura... ¿Responde eso a su pregunta?

—Sí —murmuró David, entristecido—. Felicite a su marido de mi parte. Es un hombre como hay pocos.

—Ya lo sé —repuso ella, riendo—. Bueno, avísenme si necesitan algo más.

La camarera se marchó y David hizo a un lado su plato, consciente de que no podría tomar ni un bocado.

—Está claro que... —empezó Gilbert— que todo lo que he hecho últimamente no ha hecho más que afectarte, desconcertarte... y te

pido disculpas por ello. Primero la noticia del benefactor, y ahora esto. Espero que no te hayas enfadado conmigo por haberme entrometido de esta manera en vuestra relación.

—No, para nada, profesor. Le estoy muy agradecido por haberme contado esa conversación que tuvo Sandra con Rachel. Bueno — suspiró —. Qué desastre. Lo he estropeado todo...

—Toca arreglarlo entonces, David.

—Sí, ¿pero cómo? —abrió los brazos—. ¿Qué le digo a mi esposa? «Oh, por cierto,

Sandra, hasta ahora me he olvidado de decirte que te quiero. Así que te quiero». ¿Le digo eso, así sin más? ¿Y si... y si, por ser tan ciego y tan imbécil, he destrozado el amor que ella me tenía?

—David, tranquilízate un poco y piensa. ¿Lo estaría pasando tan mal ahora mismo si ya no te quisiera, si hubiera dejado de amarte? No, ¿verdad? Habla con ella desde el corazón, dile lo que sientes realmente.

—¿Y por qué habría de creerme?

—Porque las mujeres son criaturas maravillosas que los hombres raramente suelen merecer.

—Ya. ¿Sabe, profesor? Me siento la mayor basura de la tierra — musitó David, sacudiendo la cabeza—. Mire, ¿puede transmitirle un mensaje al benefactor?

—Bueno, sí —respondió, sorprendido por el cambio de tema.

—Dígale que he estado pensando mucho sobre lo de la contraprestación, y que pretendo hacer... algo al respecto. Pero, por favor, déjele claro que en este momento mi esposa, mi matrimonio, es lo primero. Es lo que necesita de toda mi atención. Ése es el mensaje.

—Lo entenderá —afirmó Gilbert, convencido—. Yo se lo explicaré todo... No te preocupes.

—Gracias —David miró su reloj—. No quiero llegar a casa antes

de que los mellizos estén dormidos, pero necesito tiempo para pensar en lo que me ha dicho sobre Sandra. Tengo que marcharme.

—Adelante, David. Y buena suerte.

—Gracias por lo que ha hecho esta noche por mí, profesor —se despidió, estrechándole la mano—. La mayoría de la gente no se habría tomado el tiempo y el trabajo de hacerlo. No tengo palabras para expresarle mi agradecimiento.

Gilbert le apretó la mano entre las suyas.

—Tú siempre has sido muy importante para mí, David. Te deseo lo mejor.

Se marchó por fin. Gilbert se lo quedó mirando hasta que desapareció por la puerta.

—Bueno, Mary —musitó—. He hecho todo lo que he podido. Ahora depende de ellos.

David condujo hasta un pequeño parque situado en medio del barrio, desierto a aquellas horas de la noche. Se dejó caer en un banco, apoyó los codos sobre las rodillas y entrelazó los dedos.

Repasó mentalmente todo lo que el profesor Harrison le había dicho hasta que perdió la noción del tiempo. Se hizo noche cerrada y un millón de estrellas salpicaron el cielo. Zumbaban los mosquitos y se oían los cantos nocturnos de los pájaros, pero David continuaba ajeno a todo.

Finalmente se irguió, apoyó las manos en los muslos y se levantó. Echó a andar hacia la camioneta, pero se detuvo de pronto, estremecido. Se daba cuenta de que estaba asustado, con un miedo genuino. ¿Y si se confesaba con Sandra, le suplicaba que lo perdonara... y ella le contestaba que ya era demasiado tarde? ¿Y si el dolor que le había causado era mayor y más fuerte que cualquier cosa que pudiera decirle para reparar el daño hecho? ¿Y si terminaba perdiendo a su adorada Sandra?

—No —murmuró, echando nuevamente a andar, casi a correr—. No. Por favor, no.

Cuando David entró en el apartamento, encontró a Sandra vestida con su bata favorita, acurrucada en una esquina del sofá con un libro.

—Bueno, el profesor Harrison debe de haberte contado muchas cosas —comentó, sonriente—. Has tardado mucho.

David asintió, con las manos en los bolsillos. Volvió a sacárselas, se cruzó de brazos, los descruzó.

—¿David? ¿Qué te pasa? Estás tenso, y pálido también. Ese maldito profesor Harrison... ¿Qué te ha dicho esta vez para que te hayas alterado tanto? —cerró el libro, lo dejó sobre la mesa y bajó los pies al suelo—. ¿David?

—El... Dios mío, Sandra, me dijo que estuvo oyendo... —se interrumpió. No sabía por dónde empezar.

—¿Que estuvo oyendo el qué? —palmeó el sofá a su lado—. ¿Por qué no te sientas aquí y me lo cuentas todo desde el principio?

David se dejó caer en el sofá con un suspiro.

—Muy bien. Veamos. El profesor Harrison te dijo que había estado oyendo... ¿qué?

—Escuchó la conversación que Rachel y tú mantuvisteis en el despacho enfrente del suyo. Te oyó... te oyó llorar, Sandra. Se quedó en pasillo y escuchó todo lo que hablasteis.

—¿Qué? —exclamó, casi gritando—. ¿Cómo pudo atreverse a hacer algo así? ¿Quién se cree que es?

—Alguien que nos aprecia —le tomó las manos y la miró directamente a los ojos—. Escúchame, ¿de acuerdo?

Sandra asintió.

—Cariño, me he comportado como un imbécil —le confesó con voz emocionada—. Y habría continuado comportándome así si el profesor Harrison no me hubiera contado lo que me contó esta noche. No tengo excusa. Ninguna —se interrumpió—. Gilbert me dijo... me dijo que tú creías que yo ya no te amaba, que te culpaba por no haber podido convertirme en jugador profesional. Me dijo que

estabas incluso convencida de que pensaba dejarte.

—Ese hombre no tenía ningún derecho a... — Sandra intentó liberar las manos, pero él se lo impidió, apretándoselas con fuerza.

—Y también dijo —continuó— que ni siquiera te acordabas de la última vez que te dije que te amaba.

Sandra quiso decir algo, pero los ojos se le llenaron de lágrimas y sacudió la cabeza.

—Llegado ese momento, le contesté al profesor que, por supuesto, yo te lo había dicho, pero... pero de repente no pude recordar cuándo. Lo sabía en mi corazón, lo sentía cada vez que te miraba... pero no me había tomado el tiempo de detenerme y decírtelo con palabras. Por eso te lo estoy diciendo ahora, esperando y rezando para que no sea demasiado tarde. Sandra Westport: te amo con todo mi corazón. Eres mi esposa, mi vida, mi alma gemela, mi media naranja. Te amo.

—Oh, David —estalló en sollozos—. Yo creía... estaba tan segura de que tú... Podías haber sido jugador profesional de béisbol y haberte hecho rico y famoso y... El benefactor volvió a poner toda tu vida delante de tus ojos y... Oh, lo he pasado tan mal...

David le soltó las manos y se sacó el pañuelo del bolsillo. Sandra lo aceptó y se sonó la nariz.

—Por favor, perdóname. Por haber estado ensimismado en lo cotidiano y no haberte dicho cada día lo que siento por ti. Lo agradecido que te estoy por mantener a flote esta familia, funcionando como una máquina bien engrasada, y no haberte expresado mi admiración por ello. Tú nunca te quejabas cuando andábamos cortos de dinero, cuando no podíamos irnos de vacaciones, cuando no podías comprarte ropa bonita o... Nunca te has quejado de nada, y eso que estabas más que legitimada para hacerlo —se interrumpió—. No me imagino mi vida sin ti y sin nuestros hijos. Ojalá tuviéramos más dinero para tener más hijos, porque mi matrimonio contigo y la paternidad es lo mejor que me ha

ocurrido en mi vida, lo que más me llena de orgullo.

—Oh, David, te quiero tanto... —murmuró Sandra, con el rostro bañado en lágrimas—. Saber que me amas, que no piensas dejarme... Sí, a mí también me gustaría tener más hijos, pero... —sonrió—. Supongo que tendremos que esperar a ser abuelos para volver a tener a un bebé sentado en nuestras rodillas. Oh, Dios mío, David, vamos a envejecer juntos, felices y contentos...

—Puedes apostar.

—¿Entonces no te arrepientes de no haberte convertido en jugador profesional?

—No, Sandra, no. Mi padre lo deseaba incluso más que yo. Claro que me habría gustado ganar el dinero que ganan esos tipos, pero habría tenido que viajar de un lado a otro constantemente y... ¿cómo habría podido entonces contemplarte mientras duermes, a la luz de la luna? Habría pasado tantas noches en algún hotel lejano... Y me gusta el Westport's Emporium. Ah, Sandra, lo fundamental es que te amo con todo mi corazón y que soy un hombre muy, pero que muy feliz.

—Yo también te amo con todo mi corazón, pero... David, has estado afectado, dolido, triste desde que el profesor Harrison te contó lo del benefactor, te habló de ese testigo que tenías que pasarle a alguien, de las contraprestaciones...

—Lo sé. Y tengo que hacerlo, pasar ese testigo, encajar la última pieza del puzzle. Lo he estado pensando mucho y... también en eso he obrado mal, porque me convencí a mí mismo de que debía solucionarlo todo antes de hablar contigo porque... porque no quería fracasar ante tus ojos, verme humillado ante ti si mis planes no salían como yo deseaba que salieran. Otra vez la típica actitud del macho que llevo dentro. Lo siento.

—¿Tienes planes, entonces?

—Sí, pero esta noche no merece la pena hablar de ello. Esta noche no —le acunó el rostro entre las manos, enjugándole delicadamente

las lágrimas—. Quiero pedirte algo.

—Oh... lo que quieras.

—Sandra... —miró al techo por un momento, y renunció finalmente al esfuerzo de contener las lágrimas que anegaban sus ojos—. Sandra Westport —continuó con voz emocionada—. ¿Quieres... quieres casarte conmigo?

—¿Cómo?

—Quiero que renovemos nuestros votos matrimoniales. Quiero que tú, los niños, nuestros amigos... diablos, el mundo entero... sepan lo mucho que te quiero, lo mucho que nos queremos. ¿Lo harás? ¿Te casarás conmigo por segunda vez? ¿En la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza... hasta que la muerte nos separe?

—Oh, David, sí —sonrió, con la vista nublada por las lágrimas—. Sí.

—Gracias. Por quererme. Por haberme perdonado y... Creo que añadiremos una frase a esa promesa. Nos comprometeremos solemnemente a declararnos nuestro amor cada día...

—Oh, Dios mío, me voy a poner a llorar otra vez... Todo esto es tan romántico, tan hermoso... Te amo, David Westport.

Se levantó de repente y la alzó en brazos, arrancándole una carcajada.

—Ya no soy el peso pluma que era antes — rió ella, echándole los brazos al cuello—. Haremos el ridículo si terminas lesionándote la espalda.

—Soy duro —replicó, sonriente—. Y no macho. No quiero volver a oír esa palabra. Ya me ha causado bastantes problemas.

—Bueno, y ahora que ya me tienes en brazos... ¿qué planes me tienes reservados?

—Conservarte a mi lado —le rozó los labios con los suyos—. Para siempre. Ése es el plan a largo plazo. Pero en este momento pienso hacerte el amor.

—Oh, estupendo —exclamó, radiante, y lo besó con tal apasionamiento que David tuvo que volver a sentarse en el sofá.

El beso prosiguió interminable, transmitiendo en una y otra dirección mensajes de perdón, de comprensión, de amor puro y verdadero.

La abrazó con fuerza, estrechándola contra su pecho. Fue él quien primero se apartó para susurrar contra sus labios:

—Creo... que será mejor que nos controlemos un poco antes de que alguno de los niños aparezca por aquí para buscar agua o algo parecido.

—Mmmm...

Se levantó de nuevo con Sandra en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Nada más bajarla al suelo encendió la lámpara de la mesilla, que derramó su luz dorada sobre la habitación.

El deseo barrió sus cuerpos como una marea. Se desnudaron precipitadamente. David hizo a un lado las sábanas y se tumbaron en la cama. La atrajo hacia sí y la besó hasta robarle el aliento, despejando todos los miedos de su corazón y de su mente, reduciéndolos a polvo, a nada.

Se tocaron, acariciaron, excitaron, exploraron como si fuera la primera vez. Cuando ya no pudieron soportarlo más, se fundieron en un solo ser. Una entidad perfecta en su dualidad, imposible discernir dónde empezaba uno y dónde terminaba otro. Y se declararon amor eterno.

Sandra se durmió acurrucada en su regazo, con una sonrisa de felicidad en los labios. David se levantó para apagar la lámpara y abrió las cortinas para dejar entrar la luz de la luna, que bañó el cuerpo de su esposa en una cascada de plata.

Volvió a acostarse y, con el corazón henchido de gratitud y de amor, se dedicó a contemplarla mientras dormía.

Capítulo 13

A LA MAÑANA siguiente, Molly entró en la cocina y se detuvo en seco, en pijama, con las manos en las caderas.

—¡Qué asco! —exclamó, frunciendo el ceño—. ¡Ya sois demasiado viejos para hacer esas cosas! —puso los ojos en blanco.

Sandra y David dejaron de besarse, reacios, para mirar a su indignada hija.

—Mi querida hija... —empezó David— tienes que saber que quiero muchísimo a tu madre. Cuando dos personas se quieren, lo normal es que lo exterioricen de diversas maneras. Y una de ellas es besarse.

—No delante de una impresionable niña — replicó la pequeña.

—Pues vete acostumbrando, pequeñaja.

Michael entró en aquel momento en la cocina, desperezándose.

—Michael, acabo de sorprender a papá besando a mamá en la cocina, como en las películas —se apresuró a informarlo su hermano.

—¿Y qué? —inquirió, bostezando—. ¿Qué quieres que le haga yo? Los padres se besan incluso cuando son viejos, tonta.

—Pues a mí no me parece aproximado — declaró Molly, alzando la barbilla. De repente frunció el ceño—. ¿O es que me he equivocado de palabra?

—Se dice «apropiado» —señaló Sandra, riendo—. Y desde luego que es algo perfectamente apropiado entre gente que se quiere. Incluso en presencia de sus hijos, por muy indignados que estén.

—Yo no estoy indignado —precisó Michael—. Estoy hambriento.

—Ése es mi chico —rió David—. Michael tiene sus prioridades bien ordenadas. Me voy a la tienda, familia. Por cierto, si logramos

encontrar una niñera, esta noche vuestra madre y yo saldremos a cenar. Solos. Molly, cierra los ojos, porque estoy a punto de darle a tu madre un beso de despedida.

Sandra pudo conseguir una niñera y llamó a David a la tienda para decírselo.

—Bien —exclamó—. Una romántica cena sin niños de por medio. ¿Te parece que es aproximado?

—No —respondió Sandra, riendo—. Más bien apropiado.

Cuando colgó el teléfono, se llevó las manos a las mejillas. Casi estaba llorando de alegría. Era tan feliz... David la amaba, al igual que ella lo amaba a él. Todas sus dudas y miedos se habían evaporado. Se había estado amargando a sí misma sin ningún motivo.

Aunque, para ser justa, David le había dado motivos para dudarlo al no expresarle debidamente sus sentimientos. Pero no importaba de quién fuera la culpa: todo se había arreglado y todo era maravilloso. Y se puso a arreglar la cocina mientras contaba las horas que faltaban para la cita con su marido.

David no dejó de mirar el reloj durante toda la jornada. El nudo que sentía en el estómago se apretaba por momentos según se iba acercando la hora de la cena romántica con Sandra.

Estaba nervioso, como si se tratara de su primera cita. Pero tenía que mantenerse tranquilo para poder explicarle las cosas de una manera razonable... El problema era más bien otro. ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Cómo se sentiría?

Miró una vez más el reloj.

Sandra eligió un precioso vestido color rosa pálido. Había tomado un baño de burbujas, se había cepillado el pelo y se había perfumado.

David llegó a casa después de dejar a Eleanor Roosevelt Capelli a cargo de la tienda y se fue directamente a la ducha. Poco después aparecía en el salón vestido con un traje gris y camisa azul claro.

—Hola, Ashley —saludó a la niñera.

—Hola, señor Westport —contestó la adolescente.

—¿Lista para irnos, Sandra? Estás preciosa, por cierto.

—Oh-oh —exclamó Molly—. Va a besar a mamá otra vez, lo veo venir. No mires, Ashley. Es muy embarazoso.

—Tonterías —dijo Ashley—. A mí me encantaría que mi padre besase a mi madre. Siempre se están gritando.

—Sí, estoy lista, David, pero cariño... ¿no crees que deberías ponerte antes los zapatos?

—¿Qué? —se miró los pies. Estaba en calcetines—. O, por el amor de Dios... —y se marchó corriendo a la habitación.

Está nervioso, pensó Sandra. ¿Por qué? ¿Qué le estaría pasando ahora por la cabeza? Pero no iba a ponerse paranoica especulando sobre ello. Esperaría a escuchar lo que tuviera que decirle. Eso suponiendo que quisiera compartirlo con ella. Quería, necesitaba que aquella noche fuera muy, muy especial...

— Adelante. Que os lo paséis bien —se despidió Ashley.

«Eso espero», pensó Sandra mientras abandonaban el apartamento. David la había avisado de que no irían a un restaurante italiano, ya que se imponía un cambio de gustos. Había elegido un acogedor restaurante con variados surtidos de carne y pescado.

David pidió carne y Sandra una ensalada de mariscos, todo ello regado con vino tinto.

—Por nosotros —brindó David, alzando su copa.

—Por siempre y para siempre.

Charlaron del tiempo, de la divertida reacción de Molly ante su beso así como de la actitud decididamente más pragmática de Michael. Una vez que hubieron comido lo suficiente para saciar su apetito, David decidió abordar el tema principal:

—Quiero contarte algo importante, Sandra.

—Ah —arqueó las cejas—. ¿Es por eso por lo que estabas tan nervioso que hasta te olvidaste de ponerte los zapatos?

—Sí.

—Soy toda oídos.

—Es acerca del local vacío contiguo a la tienda —apuró su copa de vino—. Ya sabes. El proyecto de comprarlo y ampliar Westport's Emporium. Creo que sería un buen negocio, Sandra. La ampliación podría reportarnos una cierta seguridad económica.

Sandra asintió con la cabeza. David estuvo jugando con el tenedor durante unos segundos antes volver a mirarla.

—El caso es... —continuó— que no quiero hacerlo.

—No te entiendo, David. Acabas de decirme que sería un plan muy bueno... ¿acaso me he perdido algo?

—Ahora vamos a eso. ¿Te acuerdas de la noche que te mentí, cuando te dije que volvería a la tienda y no lo hice?

—¿Cómo podría olvidarla?

—Bueno, pues lo que hice fue conducir hasta los suburbios del otro extremo del North End, los llamados barrios de vecindad. Estuve hablando con los chicos que suelen pasarse el día en la calle —sonrió levemente—. Los Chicos de la Calle, así es como los llamo yo. Dios mío, Sandra, esos críos carecen de todo. No tienen programas de deportes para el verano, ni dinero para comprarse equipos ni actividad recreativa alguna durante el curso. Nada. Y la gente se extraña de que los jóvenes de aquellos barrios sean problemáticos...

—¿Te refieres a los chicos del North End?

—Sí, y eso es lo que da rabia. El North End es el North End. Un barrio de contrastes, con los ricos y los que no tienen nada. Todos los chicos deberían tener las mismas oportunidades, al margen de los ingresos de sus padres.

—Estoy de acuerdo contigo, David, pero sigo sin entender. Tan pronto me hablas de la ampliación de la tienda como me describes la vida de esos chicos del North End. ¿Cuál es la relación? No la veo, pero supongo que tiene que haber alguna.

—Sí que la hay —recogió su tenedor, pero volvió a dejarlo en el plato—. Quiero... quiero convertir ese local contiguo en un centro

deportivo para los chicos del North End. Y para todos los chicos que quieran venir, del barrio que sea, no importa cuál. Eso, Sandra, sería pasar definitivamente el testigo y devolver la deuda que contraje con el benefactor.

—Pero tú... quieres que nosotros nos hipotequemos para comprar ese local con el fin de...

—No, no. Tendríamos que abrir una suscripción popular para adquirir el edificio, el equipamiento, todo. La consecuencia directa para nosotros, para nuestra familia, es que el Westport's Emporium no tendría oportunidad de expandirse y crecer, debido a la ocupación de ese espacio. Siempre andaríamos cortos de dinero, Molly no podría tener su corrector dental de color rosa y...

—David —lo interrumpió Sandra, sonriendo—, nosotros estamos bien tal como estamos. Perfectamente. Los mellizos tienen muchas más cosas que los chicos de los que estamos hablando. Ya es hora de empezar a arreglar un poco las cosas en el North End. Cuentas con todo mi apoyo.

—Ah, te quiero tanto... —se interrumpió—. Costará mucho recaudar todo el dinero que necesitamos. Por eso me busqué sustitutos para los equipos de fútbol y béisbol, para liberar mi tiempo de ocio. Hablaré con las asociaciones de vecinos, formaré un comité de suscriptores y..

—Yo podría publicar la idea en el North End News. Y cubrir el proyecto con mis artículos para el semanario.

—Sí, sería una gran idea. Para el invierno lo tendríamos todo. Imagínatelo: ping pong, ajedrez, gimnasio... y habría sitio para practicar lanzamientos de béisbol, entrenamientos... Incluso una pequeña jaula para batear pelotas. Hay espacio suficiente en ese local. Más adelante, cuando el centro esté bien establecido, podremos formar equipos con uniformes, mantener ocupados a esos chicos de la calle durante los veranos... Ah, cariño, sería maravilloso.

—Sí —sonrió Sandra—. Y yo que estaba tan furiosa con el

benefactor por sus exigencias... De lo que no me daba cuenta es de que es un hombre muy inteligente. Un sabio. Hacía mucho tiempo que no te veía tan entusiasmado con un objetivo, una meta. Un sueño.

—Y lo realizaremos juntos. La familia Westport al completo. Aunque necesitaremos mucho dinero para conseguirlo... —de repente frunció el ceño—. No sé. Quizá no esté siendo realista al imaginarme que podemos recaudar el dinero suficiente para comprar ese edificio. Quiero un buen letrero encima de la puerta que diga Club de los Chicos de la Calle — sacudió la cabeza—. Lo que necesitamos es un hada madrina como la de la Cenicienta. Y muy rica.

—O... —sugirió Sandra, inclinándose hacia él— un benefactor.

—¿Qué?

—Piensa en ello, David. El hombre que te financió la beca de Saunders. Que ayudó también a los otros, aunque todavía a estas alturas no sabemos bien cuántos ni quiénes son. Tiene que ser alguien muy rico. Quizá él pueda comprar el local y donarlo al Club de los Chicos de la Calle.

—Pero si no sabemos quién es...

—El profesor Harrison conoce su identidad. Tú y yo redactaremos una propuesta y se la entregaremos a Gilbert para que se la transmita al benefactor. La propuesta de que adquiera el edificio. Con la descripción detallada de todo el proyecto y la mención expresa de que esa será tu contraprestación por el bien que recibiste.

—Eres sencillamente brillante.

—Ya lo sé —rió, deleitada—. No soy sólo un bonito cuerpo. Tengo cerebro.

—Eres increíble. Pero, Sandra, quiero que reflexiones bien sobre todo esto porque va a suponer un gran impacto en nuestras vidas. Significará que por mucho tiempo no podremos irnos de vacaciones,

ni comprarnos ropa cara, ni lujos de ningún tipo... Y siendo conscientes de que podríamos haber tenido mucho más si hubiéramos comprado el local para ampliar el negocio. Necesito saber con toda seguridad que no te has dejado contagiar por mi entusiasmo y que no te despertarás mañana diciendo que...

—¿Que nunca tendré un Lexus? Olvídalo —extendió una mano para acariciarle una mejilla—. Oh, David, no cambiaré de idea. El Club de los Chicos de la Calle será una realidad, nos cueste lo que nos cueste. Nosotros vamos a hacerlo realidad.

David le tomó la mano y le besó la palma.

—Gracias —le dijo con voz roca por la emoción—. Te amo, Sandra.

El camarero apareció de repente para preguntarles si todo había sido de su gusto.

—Oh, sí. Desde luego —contestó David.

—Muy bien señor —y se alejó.

—Será mejor que comas —le aconsejó Sandra—. Apenas has probado la cena.

—Es verdad —rió—. Ya me pasó lo mismo cuando cené con el profesor Harrison. No pienso desaprovechar este filete.

—¿Sabes? Puede que Kathryn Price tenga experiencia en relaciones públicas, dado su trabajo como modelo, o en abrir suscripciones como la que has ideado. ¿No te parece? Rachel sólo la vio un momento en el campus, pero le bastó para saber que había sufrido una tragedia, dado lo desfigurada que estaba. Debió de ser un trauma horrible para alguien acostumbrado a vivir de su belleza.

—Tal vez tengas razón y posea ese tipo de experiencia. Todo depende del estado emocional en que se encuentre después de haber pasado por ese trauma. Quizá le apetezca abrirse a un nuevo desafío y compartir sus habilidades para organizar eventos y actos sociales.

—Oh, Dios mío, estoy llena de ideas... La cabeza me da vueltas.

—A mí me pasa igual. Pero ahora mismo voy a terminarme este

filete y agradecer al cielo que seas mi esposa y que me ames tanto como yo a ti. ¿Has vuelto a pensar en lo de renovar nuestros votos matrimoniales?

—Sí —respondió Sandra—. Creo que lo haremos cuando llevemos veinte años casados.

—Pero...

—Hablo en serio, David. Saber lo que quieres hacer significa tanto para mí que por el momento no necesito más. Será mejor que concentremos en tu proyecto toda la energía y el dinero que necesitaremos para la ceremonia. ¿De acuerdo?

—¿Y esperar a nuestro vigésimo aniversario?

—Eso es.

—Bueno —dijo David, riendo—, los mellizos ya nos tienen por unos viejos, así que supongo que tendrán que empujar nuestras sillas de ruedas para cuando llegue ese momento. Veinte años, y veinte años más después. Para siempre, Sandra. Los dos juntos.

—Sí. Pero repetiremos esos votos tranquila y discretamente cuando regresemos a casa, David, muy pronto. La primera vez que lo hicimos éramos demasiado jóvenes, íbamos a ser padres, estábamos demasiado concentrados en el futuro que se abría ante nosotros.

—Y esto será casi como si empezáramos otra vez, con nuevos sueños y objetivos. Esta vez daremos nacimiento al Club de los Chicos de la Calle, nos aseguraremos de que los chicos del North End reciban un trato igual, de justicia. De que tengan una oportunidad de realizarse.

—Oh, David, imagínate qué regalo tan hermoso para todos aquellos que posean un talento atlético natural y no tengan medio alguno para desarrollarlo... Tendrán la oportunidad de conseguir algo que jamás antes había estado a su alcance. Será como darles la llave que les abra la puerta a la felicidad.

—Desde luego, cariño. Eso es precisamente lo que mi benefactor tenía en mente. Estábamos tan furiosos con él al principio... pero

ahora todo cobra sentido. Pasar el testigo. Dar una oportunidad a los demás, como me la dieron a mí. Es perfecto.

Sandra asintió.

—Aunque vayamos a dedicar mucho tiempo al proyecto, seguiré yendo a Saunders para ayudar a Rachel, tal y como le prometí. Todavía estamos lejos de averiguar la identidad del benefactor y me comprometí a continuar ayudándola con los expedientes.

—Claro, no hay problema —rió David—. Tengo unas ganas tremendas de que averigües la identidad de ese hombre... pero ahora para estrecharle la mano, en vez de propinarle un puñetazo en la nariz.

—Nuestra actividad, sin embargo, va más allá de descubrir la identidad del benefactor. Rachel está convencida de que el consejo universitario de Saunders está presionando al profesor Harrison por alguna razón, especialmente ese tipo, Alex Broadstreet. Tiene la sospecha de que en esos expedientes podremos encontrar también alguna pista sobre el asunto —se interrumpió—. Y también me gustaría saber quién es ese misterioso desconocido que me dio aquel pañuelo con sus iniciales bordadas, A.W. No puedo sacudirme la sensación de que lo he visto antes, y creo que de alguna manera está relacionado con la reunión. Lo buscaré cuando esté en el campus. Y también a Kathryn. Ni Rachel ni yo hemos vuelto a verla desde aquella primera vez. Dios mío, son tantas cosas de golpe...

—No será una vida aburrida, querida —repuso David, sonriendo.

—Será una vida feliz.

—Oh-oh —señaló con la cabeza al camarero, que se dirigía hacia ellos—. Aquí llega la tentación en su forma más pura: la carta de los postres.

Eligieron sendos postres de chocolate, a cuál más sabroso. Hasta que Sandra se recostó en su silla, incapaz de comer más.

—Oh, creo que me sacrificaré y me terminaré el tuyo —dijo él, acercando su plato.

—¿Te das cuenta, David? Éramos una pareja perfectamente normal, hasta que apareció en nuestra vida un benefactor a través del profesor Harrison. Y de repente estamos rodeados de misterios, de demasiadas preguntas sin respuesta.

—Sí. ¿Quién será ese benefactor? ¿Y por qué está presionando el consejo universitario al profesor Harrison? No puede ser por su manera anticuada de trabajar —añadió mientras terminaba de rebañar el plato—. Por otro lado, ¿le agrada al benefactor nuestra propuesta de que adquiera el local para el Club de los Chicos de la Calle? —sonrió—. ¿Nos perdonará alguna vez Molly el agravio de que le compremos un corrector dental normal en vez de rosa?

—¿Ves lo que quiero decir? —Sandra se inclinó hacia él—. Es como vivir de repente dentro de una novela de Agatha Christie. Son tantas preguntas...

—Con otras tantas respuestas por descubrir. Pero hay una cosa que sí sabemos, tan clara como el cristal.

—¿Cuál?

—Sabemos, señora Westport, que estamos locamente enamorados el uno del otro y que siempre lo estaremos. Sabemos que eso es verdad en nuestros corazones, en nuestras mentes, en nuestras almas. Sabemos que la vida nos ha bendecido con un amor imperecedero y con unos hijos fantásticos. Sabemos que nos amaremos para siempre.

Sandra le sonrió con los ojos brillantes de emoción.

—Sí.

Y no dijo nada más, porque ya todo estaba dicho en la expresión de David... que reflejaba exactamente la suya.

Fin